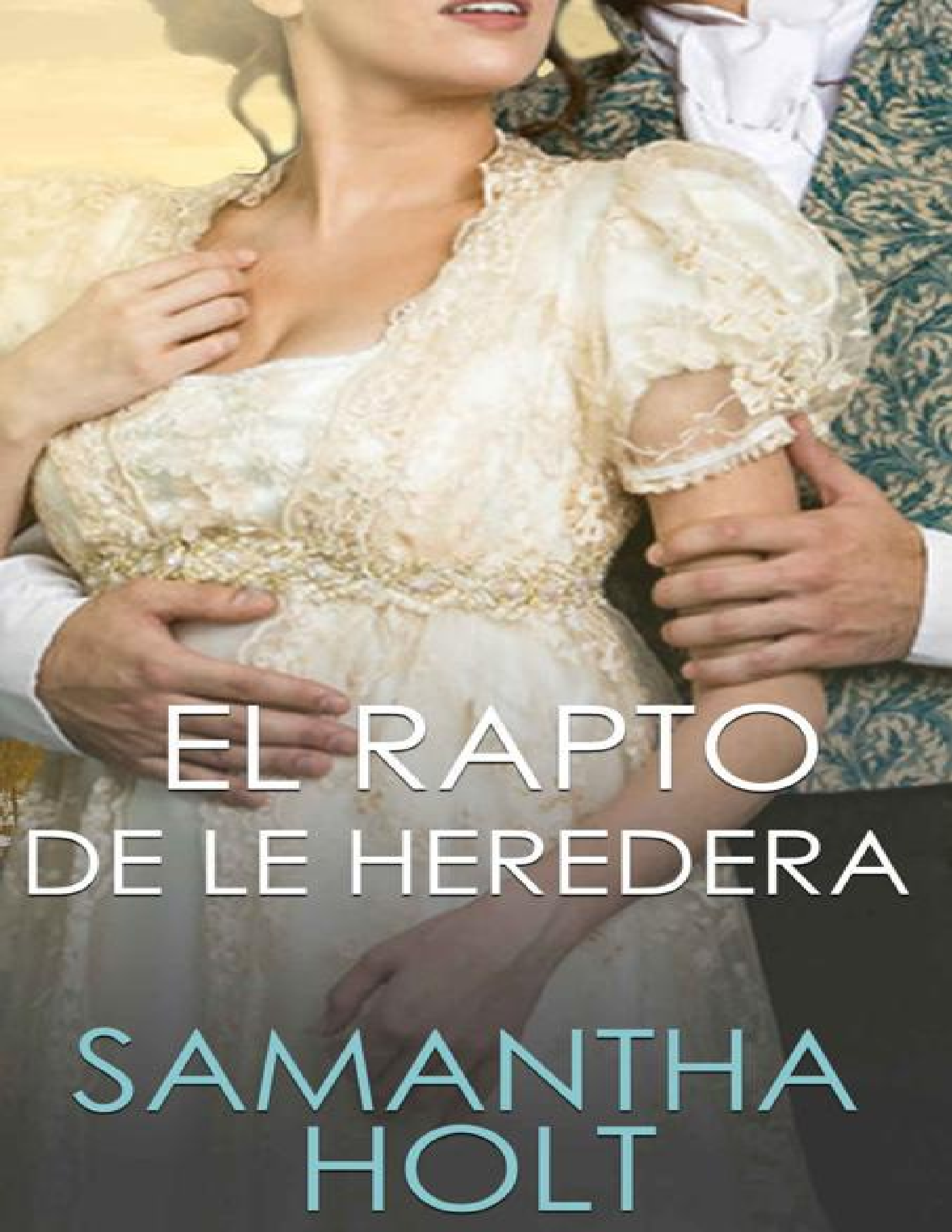




EL RAPTO DE LE HEREDERA

SAMANTHA
HOLT

EL RAPTO DE LE HEREDERA

SAMANTHA HOLT

Traducido por
CONSTANZA FANTIN BELLOCQ

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Acerca del Autor](#)

Un sonido que solo podría describirse como una fuerte pedorreta resonó por la sala de estar. Rosamunde se estremeció y se cubrió brevemente los ojos con una mano. Bueno, podría describir el sonido de peores formas, pero ella era una dama y ciertamente no hablaba de ruidos corporales de esa manera. La tía Petunia se levantó de la silla, sonrojada, y tomó la corneta culpable.

—¿George Hampton, acaso estás detrás de esto? —preguntó.

George, el primo de nueve años de Rosamunde, luchaba por mantener la compostura. Sus mejillas se inflaron hasta que se deshizo en carcajadas, sujetándose el estómago. Su hermana corrió hacia allí, le arrebató la corneta a la Tía Petunia y se la lanzó a George.

—¡Esa fue la mejor hasta ahora, George!

La tía Petunia intentó coger a George por la espalda de la chaqueta, pero él la esquivó y salió disparado de la sala de estar, seguido por su hermana y los dos primos menores. La tía Petunia se dejó caer en su sillón, pero no sin antes asegurarse de que no hubiera nada más que pudiera hacer un ruido tan grosero.

La madre de Rosamunde acarició el dorso de la mano de la tía Petunia.

—Hoy están muy animados.

Como lo estaban siempre. Rosamunde adoraba a sus primos menores y no podía culparlos por su comportamiento. Ella había sido igual durante su infancia en la casa paterna. Los grandes salones de Westham House siempre proporcionaban un maravilloso patio de recreo para los niños. Incluso ahora, preferiría escaparse a la biblioteca y esconderse en la galería superior o caminar en puntillas por el pasillo de los sirvientes, rogando para que no la atraparan. Cualquier cosa antes de sentarse y escuchar a sus cuatro tías y a su madre hablar sobre las perspectivas matrimoniales de Rosamunde.

Dios Santo, ya se había casado una vez. ¿Acaso no era suficiente?

—¿Qué tal Sir Bellmont? —sugirió su madre.

—Oh —asintió la tía Janey—. Es elegible.

—No es lo suficientemente rico —observó otra tía.

Rosamunde arrugó la nariz. La riqueza no era un problema. Sir Bellmont era casi tan anciano como su difunto marido. Si se casaba con él, era probable que quedara viuda por segunda vez y ¿qué clase de reputación tendría entonces?

Frunció los labios. La gente la llamaría La Viuda Negra. O La Viuda Perversa. No, La Esposa Asesina. Sonrió para sí. En realidad, eso no sería tan malo. Incluso podría resultar emocionante. No es que tuviera ningún deseo de enterrar a otro esposo, pero sería bastante emocionante ser conocida como algo más que Lady Rosamunde Stanley, heredera de la fortuna

de su padre, viuda del vizconde Rothmere y tía de demasiados primos traviesos. Miró sus manos. No debería quejarse. Había muchas personas en circunstancias mucho peores que las suyas. Su matrimonio concertado había sido aceptable, aunque increíblemente aburrido. El vizconde siempre la había tratado con respeto, aunque era de suponer que dos visitas al año dejaban poco margen para tratarla de otra manera. Su fallecimiento no fue una sorpresa. Apenas un año después de su matrimonio, la salud mental de él comenzó a deteriorarse y ella perdió toda esperanza de concebir hijos. Fue un milagro que durara cinco años.

Sus primos irrumpieron nuevamente en la sala, seguidos por la hermana menor de Rosamunde, Ellie. George pasó corriendo junto a la delicada mesa que estaba a un lado de Rosamunde y esta se tambaleó peligrosamente. Ella cogió la taza de té antes de que pudiera caer con estrépito y observó cómo George se escondía detrás de las pesadas cortinas de damasco, seguido por el resto de los primos más pequeños.

Tías, tíos, hermanas y primos mayores expresaron su consternación mientras los niños correteaban entre todos ellos por la habitación, como si fuera una pista de carreras de caballos en lugar del elegante salón de una lujosa casa londinense. Varios perros que estaban en la habitación comenzaron a ladrar.

Rosamunde cerró los ojos por un instante. Esas reuniones en Westham sucedían al menos todos los sábados. Era raro que la casa estuviera ocupada solo por sus padres y su hermana. Y aunque adoraba a su familia, a veces sospechaba que sería agradable tener un poco de paz.

¿O no?

No. Tal vez algo... bueno, diferente. Algo que no fuera tomar el té con sus tías y conversar sobre su futuro. Algo que no fuera ver cómo sus primos derribaban el florero Wedgewood cada vez que estaban de visita. Algo que no fuera comer galletas de manteca y tomar té. Miró hacia la puerta abierta y esperó en silencio. Algún día sucedería, estaba segura. Algo diferente y emocionante ocurriría. Un pirata entraría corriendo por la puerta, la señalaría con el dedo y diría: “Sí, ahora sí. Tú te embarcas conmigo en una aventura, jovencita”.

Frunció el ceño. No, eso no estaba bien. Los piratas decían “mi corazón”. Había estado pensando en el fornido escocés que le exigiría que fuera a su castillo en las Tierras Altas de inmediato y le ayudara a repeler el asedio de miles de ingleses. Sin embargo, hoy en día, le apetecía más una aventura en alta mar. Seguramente podría fregar cubiertas como cualquier hombre, pensaba, y era una excelente nadadora, sin mencionar que sabía manejar una espada. Su pirata sería guapo, por supuesto, con dentadura blanca completa y aroma a brisa marina y jabón. Sus ojos serían azules como los mares tropicales de los que había oído hablar, y su cabello tendría un color arenoso, desteñido por el sol. Además, sería terriblemente fuerte y capaz de cargarla en brazos o sujetarla firmemente en la cubierta cuando se desatara una tormenta. Rosamunde suspiró cuando la entrada permaneció vacía y no entró ningún hombre apuesto de brazos fuertes y pelo dorado.

—¿Rosamunde, estás soñando despierta otra vez? —preguntó su madre, inclinándose hacia ella desde el sofá.

—No.

—Sí, lo estabas haciendo.

—Solo estaba pensando, mamá.

Su madre frunció los labios.

—Soñando despierta. Realmente deberías dejar de hacerlo. No es propio de una dama, sobre todo cuando estás con gente.

Rosamunde no mencionó que su familia estaba acostumbrada a sus ensoñaciones y fantasías

y además, estaban demasiado preocupados con las discusiones sobre su futuro como para que les importara si ella prestaba atención o no.

—Eres demasiado parecida al tío Albert —murmuró la tía Janey—. Es una suerte que sea bonita, si no seguiría soltera con la nariz metida en un libro y la cabeza en las nubes.

Rosamunde se contuvo para no alzar los ojos al cielo. Sus tías no eran malas, pero ninguna de ellas sabía callarse la boca. Era una lamentable característica familiar, desafortunadamente. Si alguien pensaba algo, por lo general lo decía en voz alta. Hasta ella misma lo hacía en ocasiones.

—¿Alguien ha tenido noticias del tío Albert? —preguntó su madre.

La tía Janey negó con la cabeza.

—No, pero ya sabes cómo es. Es probable que esté trepando por Scarfell o se haya hecho amigo de algún lord ermitaño.

Rosamunde frunció el ceño.

—¿Nadie lo ha visto esta semana?

Mamá se encogió de hombros.

—Albert suele desaparecer por un tiempo, lo sabes.

—Sí, pero han pasado tres meses. —Rosamunde se acomodó las gafas sobre la nariz. —Es una ausencia larga, incluso para él.

La tía Petunia movió hizo un ademán con la mano.

—Siempre ha sido muy independiente.

Y Rosamunde lo envidiaba por eso. De todos los miembros de su familia, el tío Albert era al que más comprendía. No siempre asistía a las reuniones semanales y a menudo se lo pasaba en el campo o frecuentando su club de caballeros para después regresar con relatos de peleas y apuestas atrevidas. Ella sospechaba que él también era el único que la comprendía. Tenía ese mismo deseo de ver más, de hacer más. Le encantaba viajar por el país y siempre le traía algún pequeño obsequio.

La última vez le había traído de Cumbria una piedra afilada que según alegaba, era una herramienta antigua utilizada por los seres humanos hacia miles de años. Ella había oído de tales descubrimientos, pero no sabía si su piedra era genuina. Pero no importaba. Atesoraba su colección de objetos mundanos, aunque no le importara el valor de los objetos en sí, sino la historia que los acompañaba.

—¿Crees que deberíamos contratar a alguien para buscarlo? —sugirió Rosamunde—. Hace bastante tiempo que no lo vemos.

Su madre negó con la cabeza.

—Pronto regresará, sin duda, con muchas historias fantásticas.

—Pero podría estar herido —protestó Rosamunde—, o en algún tipo de problema. ¿Y si alguien lo ha... no sé... secuestrado?

Mamá se rió.

—¿Por qué alguien querría secuestrar al tío Albert? —Palmeó ligeramente la rodilla de Rosamunde. —Rosie, tienes que dejar de imaginar cosas. Nunca te encontraremos otro esposo si sigues comportándote como una niña.

Rosamunde suspiró, sobre todo porque detestaba que la llamaran Rosie. Le recordaba cuando era niña y le decían que no podía hacer las mismas cosas que los niños.

Oh, no, Rosie, las niñas no nadan en el lago.

No, Rosie, las señoritas no pueden aprender esgrima.

De ninguna manera, Rosie, las mujeres de tu edad no deberían fumar ni beber alcohol.

PFFFT. No entendía por qué. Era tan buena espadachín como los mejores, habiendo aprendido al imitar a su tío Frederick cuando él practicaba. También sabía fumar, aunque en realidad, no era muy agradable y había pasado gran parte de la noche tosiendo después de probar un cigarro. Era una enérgica nadadora y no arrugaba la nariz al beber alcohol, como muchas señoritas jóvenes. Sabía hacer todas esas cosas y las hacía con gusto.

Es decir, las haría, si su familia se lo permitiera.

Pero, no, por lo visto, pasaría el resto de sus días sentada allí, casada con otro anciano.

Miró esperanzada la puerta abierta. Nunca había sido mejor momento para que el noble escocés, *laird* MacFarlane viniera a rescatarla. Incluso aceptaría al señor Hunter, el intrigante arqueólogo que necesitaba desesperadamente su ayuda en Egipto para descifrar los jeroglíficos de una tumba perdida y maldita.

Sus primos menores salieron apresuradamente de la sala en fila, lo que la trajo de vuelta de su ensoñación. Suspiró. Ningún *laird* ni aventurero vendría, lo que significaba que tendría que idear una forma de vivir su propia aventura. El problema era que apenas sabía por dónde empezar. Ninguna de sus amigas tenía los mismos deseos y la mayoría estaban casadas o tenían niños. Ojalá el tío Albert estuviera allí. Seguramente le daría buenos consejos.

—Ah, Rosamunde —dijo la tía Petunia—, ¿vendrías conmigo mañana a casa de la señora Lockwood? Debería ir con Mabel, pero como sabes, está demasiado ocupada con los preparativos de la boda y todos quieren visitarla ahora que está comprometida.

Bueno, no era una aventura, pero le gustaba visitar a la señora Lockwood. La mujer, que era de una notable franqueza, tenía una preciosa casa antigua en el campo y varios perros. Rosamunde envidiaba un poco su vida solitaria.

No había tías que molestaran a la señora Lockwood para que volviera a casarse ni primos correteando por los pasillos. Solo ella y sus perros, y una casa que seguramente albergaba varios fantasmas y pasadizos secretos. A veces, cuando Rosamunde la visitaba, apoyaba los dedos en las paredes con la esperanza de encontrar puertas secretas, pero aún no había encontrado ninguna.

—Estaré encantada de acompañarte, tía.

No viviría una gran aventura al día siguiente, pero a menos podría viajar un poco y escapar a la discusión sobre su próximo matrimonio.

—Oí decir que Lord Woolhurst estará de visita —dijo su madre en un susurro vehemente—. Deberías llamar su atención. Sería un buen esposo para ti.

Rosamunde reprimió un gemido.

Marcus Russel se ajustó el pañuelo sobre la nariz y aferró con fuerza la pistola. Su mano se mantuvo firme, su respiración, lenta y calmada. Cogió las riendas del caballo y miró hacia el camino.

—Ya falta poco —murmuró al caballo.

Siempre y cuando no hubiera animales esta vez, el secuestro debería ir sin problemas. Siempre y cuando no hubiera unos malditos gatos. La última criatura horrenda había arañado el interior del carruaje y dejado marcas en la tela. Poco le importaba la apariencia del carruaje: se utilizaba para transportar mujeres hacia y desde su escondite y bastante gastado estaba ya, pero no necesitaba más gatos horribles arañando el interior.

Resopló por lo bajo. La señorita Beaumont había sido la primera y única mujer que había llevado un gato y él dudaba de que a otra mujer se le ocurriera traer su horrible mascota a un “secuestro”.

Por supuesto, ella ya no era la señorita Beaumont y a Russell le resultaba bastante divertido ver a Nash perdidamente enamorado de la interesante mujer, incluso si tenía el gato más horrible del mundo.

El traqueteo de las ruedas del carruaje en el camino seco hizo que su corazón diera un pequeño vuelco. Respiró hondo y fijó la vista en el camino. Un carruaje cerrado, reluciente y negro como el azabache bajo el sol del verano, con adornos dorados. Sin duda, su objetivo.

—Vamos, Junior —dijo, e instó al caballo a avanzar hacia el centro del camino—. Es hora de actuar.

Sosteniendo la pistola en posición, mantuvo su postura firme. Junior había llevado a cabo muchos de estos secuestros con anterioridad y se mantenía perfectamente quieto. El carruaje se detuvo y el conductor se apresuró a bajar del asiento, pero Russell le apuntó con el arma.

—Quédese dónde está o dispararé —amenazó con firmeza.

El conductor asintió, sujetando las riendas con manos temblorosas. Russell dio la vuelta al carruaje y al mirar por la ventanilla vio a dos mujeres abrazadas. Se centró en la más joven. Morena y bonita, como Guy la había descrito.

Muy atractiva. Russell apretó la mandíbula. La señorita Heston se veía algo mayor que los veintinueve años que él esperaba, pero Guy ciertamente le había restado importancia a su atractivo. Ella lo miró con ojos muy abiertos, luego murmuró algo a su acompañante mayor.

Antes de que él pudiera abrir la puerta, la mujer la empujó, asomó la cabeza y lo fulminó con la mirada. Sin el cristal nublado entre ambos, pudo ver unos labios generosos, una barbilla algo obstinada y lentes con montura de metal que acentuaban unos ojos de un cálido color castaño. Sin embargo, no había nada cálido en su mirada.

Él arqueó una ceja. La mujer era una excelente actriz.

—Venga conmigo. —Mantuvo la voz baja, en caso de que la acompañante no conociera el arreglo que tenían.

—¡Ni por mil demonios!

Él parpadeó ante el exabrupto. Hasta donde sabía, la mujer que estaban secuestrando era de cuna refinada y estaba tratando de escapar de las persistentes atenciones de un caballero. Aun así, tal vez estaba tratando de representar el papel de víctima indefensa ante su compañera.

Muy bien. Ella no era la única que sabía actuar. No por nada él había leído todas las piezas teatrales de Shakespeare.

—Venga conmigo o dispararé —le advirtió, manteniendo un tono vehemente y hostil.

La señorita Heston lo miró de hito en hito y levantó la barbilla.

—Si lo que quiere es dinero, soy muy acaudalada. —Se llevó una mano a un prendedor que llevaba en el escote de su vestido carmesí.

La mirada de Russell siguió el movimiento de ella, sin intención. Solo se dio cuenta de que el escote de la mujer le había llamado la atención cuando ella desprendió el prendedor de oro y rubí. Apartó la mirada enseguida y parpadeó, sintiendo que la imagen de piel suave, sombras oscuras y curvas generosas estaban grabadas a fuego en su mente. Sospechaba que de ahora en más, cada vez que parpadeara, volvería a ver esa imagen.

Qué tontería. Había visto muchos escotes en su vida. Un atisbo de lo que parecía ser un escote excelente no sería su perdición. Si había podido sobrevivir en las calles y forjarse una vida de la nada, ciertamente podía olvidar la imagen de ni siquiera un tercio de un seno.

O dos.

Maldición. Parpadeó un par de veces más y luego frunció el ceño cuando ella le entregó el prendedor.

—Tome, esto vale mucho más de lo que conseguiría por mi rescate.

Él lo ignoró y frunció el ceño aún más. ¿Por qué demonios le daba el broche? Si seguía perdiendo tiempo el conductor podría reunir el valor para luchar con él o vendría alguien y Russell tal vez terminaría con un disparo en el cuerpo.

—Si con eso no es suficiente... —La mujer se levantó la falda, revelando una media pálida alrededor de una pierna bien formada.

La imagen del escote ya no lo perseguiría, lo que ya era algo. Tragó saliva y frunció el ceño mientras ella dejaba a la vista el borde de encaje de la media y la liga que la sostenía. Su mano se movió lentamente hacia la banda y sacó un billete.

¿Por qué diablos esta mujer guardaba billetes en las medias?

Tras sacar el billete, ella cerró los dedos alrededor de otra cosa: un mango adornado con piedras preciosas.

Una maldita navaja.

Ella la sacó rápidamente y la movió hacia él. Russell retrocedió; la hoja pasó junto a su abdomen y se enganchó brevemente en la tela.

—¡Diablos, mujer! —Le cogió la muñeca. La actuación se estaba poniendo demasiado peligrosa. Tenía que ponerle fin ahora mismo.

Ella chilló y la navaja resbaló de entre sus dedos. Aferrándole la muñeca, él la acercó de un tirón y luego le pasó un brazo alrededor de la cintura. La mujer que estaba dentro del carruaje gritó e intentó coger las faldas de la señorita Heston, pero Russell se llevó a su cautiva con facilidad y la subió con él al caballo; sus piernas pateaban contra las enaguas espumosas y con los puños golpeaba el muslo de él. Russell miró a la mujer que estaba atravesada sobre su regazo

y meneó la cabeza.

Nada de gatos esta vez. En cambio, tenía una bestia salvaje que parecía dispuesta a destrozarlo con sus garras.

EL SUELO PASABA a toda velocidad junto a ella y Rosamunde se mareaba. Los muslos del hombre se hundían con fuerza en su estómago y ella pensaba que si no se estuviera zarandeando con tanta violencia, tal vez sentiría el deseo de vomitar. Si tan solo pudiera hacerlo. Quizás entonces su secuestrador la arrojaría lejos, asqueado.

Él se movía rápido y Rosamunde apenas podía respirar, mucho menos luchar para liberarse de la silla de montar. Incluso si lo intentaba, era probable que terminara aplastada. Mucho mejor vivir y tener otro día para luchar. Si tan solo no hubiera dejado caer la navaja, podría haber herido al canalla y eso le habría comprado el tiempo suficiente para escapar.

O tal vez no. El hombre era un excelente jinete y seguramente las habría alcanzado. Maldición, debería haber escondido un cuchillo más grande en su liga.

Él disminuyó la velocidad y ella pudo respirar a bocanadas.

—Déjeme bajar —logró jadear.

El mundo se inclinó y por un momento pensó que él podría haber cambiado de opinión, pero de repente sintió que la arrojaba al interior de un carruaje oscuro que crujió cuando ella aterrizó con fuerza en el suelo.

La puerta se cerró con estrépito y él la amenazó con el dedo índice.

—Quédese allí —ordenó; el cristal amortiguaba ligeramente sus palabras.

Rosamunde frunció el ceño. “Quédese allí”. ¿Qué clase de secuestrador simplemente esperaba que ella se quedara allí? Se levantó del suelo apoyándose en los asientos de terciopelo y arrugó la nariz. El interior olía a perfume. ¿Cuántas mujeres había secuestrado ese hombre?

Rosamunde apretó una mano contra sus costillas magulladas y gimió. Ese bruto seguramente lo hacía todo el tiempo. Ella reconocía la ropa y las telas finas cuando las veía. Sin duda, todas sus pobres víctimas financiaban un estilo de vida fastuoso.

Observó a su secuestrador por la ventanilla, manteniendo un ojo en la pistola que tenía en la mano. Podría haberle disparado antes, pero ella apostaba a su codicia. Aunque...¿le dispararía ahora? Curiosamente, el hombre tenía ojos azules bondadosos, no eran los ojos de un frío asesino. Pero si algo había aprendido Rosamunde de los muchos, muchos libros que había leído era que nunca se debía juzgar a un hombre por su apariencia y mucho menos por un par de ojos intrigantes. Podría dispararle si ella intentaba escapar demasiado pronto.

Enganchó al caballo junto a otro. Rosamunde tenía que admitir que cuando escuchaba hablar de salteadores de caminos, esto no era lo que se imaginaba. Por supuesto, todos ellos eran morenos y encantadores, lenguaraces, halagadores y con sonrisas pícaras. No podía ver si tenía una sonrisa atrevida debajo del pañuelo, pero no había visto ningún destello de diversión ni de coqueteo en sus ojos.

Tampoco había imaginado que un secuestrador fuera a poseer un carruaje. Miró a su alrededor. Con cojines y una manta, nada menos. Tal vez no fuera a dispararle.

El carruaje salió impulsado hacia adelante y Rosamunde cayó hacia atrás en el asiento. Se irguió y se acomodó las gafas. Todo esto era culpa suya. No debería haber estado soñando con aventuras. Tal vez Dios le estaba jugando una broma perversa, dándole lo que había deseado.

—No era esta clase de aventura —refunfuñó, hablándole al techo del vehículo.

Tenía que admitir que había pensado en dejar que muchos hombres se la llevaran, pero

ciertamente no en contra de su voluntad.

Respiró hondo y contempló el paisaje. Se movían a buena velocidad, ayudados por los caminos secos. Si fuera otoño o invierno, sería mucho más difícil moverse a esa velocidad. Todo parecía estar a favor de él.

Excepto que ella no se rendiría fácilmente. Sin duda, estaba acostumbrado a mujeres que se desmayarían de solo ver una pistola. Bueno, pues ella sabía disparar gracias a las lecciones secretas de su tío Albert, y nunca se había desmayado en su vida. Tal vez Dios no le estaba jugando una mala pasada, sino dándole una oportunidad de ponerse a prueba a sí misma. Saldría de esa situación con vida y sin que este miserable obtuviera una sola moneda de su familia.

Empujó la puerta abierta y observó cómo el suelo pasaba, borroso. Dolería, no había duda al respecto. Su mayor problema sería saltar lo suficientemente lejos como para que no la atropellara la rueda de la carroza. Su inútil vestido no ayudaría mucho en ese sentido.

Rosamunde se quitó los zapatos y los hizo a un lado. Por tentador que fuera lanzarlos fuera de la carroza para poder encontrarlos más tarde en caso de que necesitara caminar lejos, hacerlo podría llamar la atención del hombre, por lo que tendría que caminar descalza. Recogió sus faldas de la mejor manera posible, sosteniéndolas con un brazo mientras se aferraba al borde de la puerta con el otro.

La hierba del costado del camino pasaba velozmente. Si pudiera aterrizar allí, evitaría el duro camino y amortiguaría un poco el golpe. Había escuchado que uno debía relajarse al caer para evitar fracturas, pero no estaba segura de poder hacerlo. Sentía todos los músculos tensos. El sonido de las ruedas y el crujido del vehículo competían en sus oídos con el fuerte latido de su corazón.

—Bueno, tengo que intentarlo.

Era saltar o dejar su destino en manos de su secuestrador y él no era un bello pirata ni un fornido escocés. Solo un delincuente común con unos inquietantes ojos azules.

Murmuró una breve plegaria, sujetó con fuerza sus faldas y se lanzó fuera del carruaje.

—¡Maldición!

Russell miró por encima del hombro y frenó. Pensó que imaginaba cosas cuando escuchó el ruido sordo y el golpe de la puerta contra el carruaje. Nada de la captura de la señorita Heston le parecía normal, y estaba nervioso.

Pero no.

La maldita mujer se había caído del carruaje.

O tal vez había saltado.

Descendió de un salto del asiento del conductor y corrió por el camino. Maldijo por lo bajo... repetidas veces. ¿Qué demonios le pasaba a esa mujer? Primero, toda esa actuación, luego casi lo había herido con la navaja. Guy, el líder del club de secuestros, en ningún momento le había dicho que estaría secuestrando a una desquiciada.

Maldijo otra vez cuando la vio caída al costado del camino. Fantástico. Ahora tendría que lidiar con una desquiciada herida.

O peor.

Se arrodilló junto al bulto de enaguas y tela arrugada y tocó la curva de su cuello. Sintió que un pulso latía con fuerza.

No estaba muerta. Algo para agradecer, supuestamente.

El sombrero había salido despedido, y no era más que una mancha color paja enganchada en un árbol a varios metros de allí. Pues bien, no pensaba recuperarlo. La mujer merecía perderlo, por lo que a él le importaba. Detrás de las gafas, sus ojos seguían cerrados; las pestañas oscuras contrastaban con la piel pálida y alguna que otra peca en su nariz.

Russell se inclinó hacia ella. Si se trataba de un truco, era condenadamente buena para fingir. La observó, notando el subir y bajar de sus senos y la curva suave de sus dedos. En su vida había conocido a muchas mujeres a quienes les gustaba fingir. En su mayoría, querían quedarse con su billetera. Pero por qué esta deseaba tornar demasiado real este secuestro, no lo podía imaginar. Cualquiera pensaría que no quería que la secuestraran.

Al menos no daba la impresión de que se hubiera roto nada. Brazos y piernas estaban correctamente flexionados y cuando le pasó una mano debajo del pelo oscuro, sus dedos salieron limpios. Muy probablemente había recibido un buen golpe en la cabeza, pero nada que un poco de descanso no fuera a curar.

O quizá despertara todavía más loca.

Cuando esto terminara, pensaba exigir pago por trabajo de riesgo. Enfrentarse con cocheros armados y matones contratados era mucho menos peligroso que lidiar con esta mujer.

Suspirando, Russel le pasó un brazo debajo de los hombros y el otro debajo de las piernas. Se

preparó para algún estallido de locura de la mujer o tal vez otro cuchillo, escondido en su ropa interior, que revelaría al despertar y con el que lo atacaría, furiosa, pero ella permaneció inerte.

La subió al carruaje y la recostó en el asiento. Se detuvo un instante.

Maldición, maldita sea, por todos los demonios. ¿A quién le importaba que fuera bonita? Ya había secuestrado mujeres bonitas. Hasta hermosas, diría. Lo único que importaba era entregársela a Nash y luego podría liberarse de esa criatura demente.

Volvió con pasos pesados a la parte delantera del carruaje, subió al asiento del cochero y animó a los caballos. Anduvo lento para no sacudirla más de lo necesario. Había una posada para viajeros a unos dos kilómetros por el camino, así que pararía allí hasta que ella despertara. Con suerte, solo le dolería la cabeza y podrían seguir.

Y se libraría de ella.

Cuando llegó a la posada, entró por la verja hasta la entrada para carruajes y abrió la puerta del carruaje. La señorita Heston seguía inconsciente, un manojo acurrucado de seda y encaje. Él la levantó en brazos otra vez y fulminó con la mirada al mozo de cuadra que lo miraba boquiabierto. Con paso rápido, entró por la puerta y se detuvo en la taberna.

—Una habitación. Dese prisa. Mi... uh... esposa está herida.

Con los ojos bien abiertos, el individuo detrás de la barra asintió y le entregó una llave.

—T...tendrá que firmar el registro.

—Más tarde. —El posadero no discutió con él ni intentó detenerlo mientras Russell subía las escaleras hacia la habitación y luchaba por abrir la puerta entre los montones de tela que se enroscaban en sus brazos y le hacían cosquillas en la nariz.

—Podría haber llevado un vestido más sencillo —murmuró. ¿Qué clase de mujer llevaba seda, enaguas y finos broches a un secuestro?

Ah, sí, una loca ¿lo recuerdas?

La acostó en la cama y extendió sus faldas. Se detuvo. Ella respiraba con ritmo regular y no daba indicios de estar dolorida. Pero quizás debería revisarla adecuadamente en busca de heridas.

Aunque eso significaba tocarla.

Sonrió burlonamente. Había tocado a muchas mujeres. Demonios, no era un libertino como solía ser Nash antes de asentarse, pero tampoco era un tembloroso muchacho virgen. Pasar las manos por un poco de seda para asegurarse de que estuviera bien difícilmente podría considerarse algo sórdido.

Se miró la mano.

—Puedes dejar de hacer eso —le ordenó cuando vio el ligero temblor.

No era un muchacho virgen, pero por lo visto, aun temblaba. Qué tontería.

Sacudiendo la cabeza, comenzó desde arriba y deslizó las manos por los brazos de ella, buscando fracturas o hinchazón.

Maldición, debería haber empezado desde abajo. Entonces no estaría intentando echar un vistazo a las sombras seductoras. Loca o no, ciertamente él no debería aprovechar esa oportunidad para babearse y sentir lujuria por ella.

No, lujuria no. Él no se entregaba a la lujuria. De vez en cuando tenía relaciones breves con mujeres para satisfacer sus necesidades básicas, pero nunca iría tan lejos como para decir que sentía lujuria por una mujer. Las apreciaba, de vez en cuando, y eso era todo. Los enredos decididamente no eran para él.

Clavó la mirada en la tela cara de su vestido mientras le palpaba las costillas, siguiendo la curva de una cintura bien formada hasta las caderas que encajaban perfectamente en sus manos.

No. Lujuria no, maldición.

Había pasado bastante tiempo, eso era todo.

Cuando llegó a sus piernas, la dificultad ya no radicaba en mirar hacia abajo, sino hacia arriba. Había visto ese destello de muslo por encima de la liga y había notado las piernas bien formadas cuando ella había blandido el cuchillo y aun entonces, había sentido intriga. Ahora ella estaba allí, desplegada e indefensa, y el esfuerzo por no mirar la sombra entre sus muslos le hacía sentir cerrazón en el pecho.

Cerró la mano alrededor de un tobillo. Ninguna fractura allí. Subió a la pantorrilla. Allí tampoco. Ella se movió y emitió un suave gemido cuando él subió la mano.

Santo Dios. Casi sonaba como si disfrutara del contacto.

Retiró la mano rápidamente. Si ella despertaba, podría decirle si sentía dolor en alguna parte. Él no era un caballero de cuna, pero no quería tocar a una mujer sin su permiso.

Ni con su permiso tampoco, se recordó.

El Club del Secuestro tenía una regla. No tocaban a las mujeres que raptaban.

Bueno, Nash había tocado a la última y había terminado casándose con ella.

Russell no pensaba dejar que eso sucediera. El matrimonio no era para él. El amor, mucho menos.

Y bajo ninguna circunstancia iba a sentir deseo ni lujuria por esta mujer.

ROSAMUNDE SONRIÓ. Hacía tiempo que no soñaba con un héroe nuevo. Este tenía pelo oscuro y revuelto, un poco largo, tal vez, pero a ella le gustaba, y penetrantes ojos azules. Su imaginación era algo realmente espectacular, modestia aparte. ¿Quién habría pensado que podría inventarle a su héroe una pequeña cicatriz en la frente y otra línea pálida junto a la oreja? O la sombra de barba en el mentón. De hecho, esta tenía que ser la ensoñación más vívida que había tenido en mucho tiempo.

Se estiró e hizo una mueca de dolor. Cielos, qué dolor de cabeza. ¿Qué demonios...?

Ah.

El carruaje.

La caída del carruaje.

El suelo que se le venía encima, un golpe seco y luego la oscuridad.

Ah.

¡El secuestrador! Parpadeó varias veces y clavó la mirada sobre el hombre.

El hombre que estaba sentado a horcajadas sobre ella.

Santo Dios, ¡la había secuestrado para forzarla!

—¡Suélteme! —le ordenó, sin aliento. El peso de él la aplastaba sobre la cama de algún lugar desconocido. —¡Suélteme! —insistió, retorciéndose debajo de él.

—Quédese quieta, ¡maldición! Se ha golpeado la cabeza.

Ella abrió la boca y la cerró. ¿Por qué le importaría que se hubiera golpeado la cabeza si solamente la había raptado para forzarla?

Empujó contra un pecho firme.

—Puede tomar mi cuerpo, pero jamás poseerá mi alma.

—¿Qué?

Al ver que él no se movía, Rosamunde alargó el brazo para intentar rasguñarlo, pero él le sujetó la mano y se la inmovilizó junto a la cabeza. Lo intentó con la otra mano, pero él hizo lo mismo, dejándola vulnerable e inmovilizada contra el colchón.

El corazón le latía fuerte y respiraba agitadamente. No importaba que fuera apuesto, no

importaba si su fuerza física hacía que algo vibrara dentro de ella. Esto no era una fantasía, se recordó. No sería gentil con ella ni le haría el amor y declararía luego que necesitaba su ayuda para encontrar un tesoro oculto en Sudamérica.

Era un delincuente. Un villano. Lo peor de la sociedad. Y tampoco importaba que oliera a jabón y un poco a jengibre, ni ella debía dejarse confundir por el hecho de que sus labios generosos resultaran atractivos para besar ni que sintiera sus músculos fuertes contra las costuras de la chaqueta.

—Suélteme —susurró, retorciendo las caderas mientras trataba de liberar las piernas de los confines de sus faldas. Si solo pudiera levantar una rodilla, podría golpearle los genitales y seguramente la liberaría ¿no? Había escuchado que a los hombres les resultaba insoportablemente doloroso un golpe en esa zona y había imaginado utilizar ese método cuando tuviera que rescatar a su pirata o ayudar al arqueólogo a escapar de la banda de rufianes que deseaban robarle las antigüedades.

—¿Quiere quedarse quieta de una vez? —dijo él con un gruñido—. Se ha golpeado la cabeza, mujer. Tiene que quedarse quieta.

—¿Para que se aproveche de mí? Creo que no.

—No tengo deseo alguno de aprovecharme de usted —masculló él, pero un destello extraño en sus ojos hizo que el corazón de ella diera un vuelco.

—Miente. Lo sé. Me doy cuenta cuando la gente miente.

—No estoy mintiendo, ¡maldición! —dijo él entre dientes—. Ahora, quédese quieta.

—No. Nunca. Nunca me quedaré quieta. Lucharé y lucharé hasta mi último aliento. —Se retorció y movió las piernas y brazos hasta que casi no pudo respirar bajo el peso de él y lo ajustado de su corsé. Se inmovilizó y tomó aire. —No ha ganado. Es solo que necesito descansar.

Qué tontería admitir eso ante su secuestrador.

—Sí, es cierto, lo necesita. —Él mantuvo las manos alrededor de sus muñecas y el cuerpo sobre el de ella, pero aflojó ligeramente la presión.

Rosamunde tragó saliva al encontrarse con su mirada. Sus ojos se oscurecieron y el aire a su alrededor pareció espesarse, como si la habitación se hubiera llenado repentinamente de agua y ella no pudiera respirar ni moverse. En sus fantasías, sus héroes tendían a tener facciones poco definidas. No había nada poco definido en este hombre. Su cara era una combinación de ángulos pronunciados; sus cejas, líneas feroces sobre un entrecejo fruncido. Lo único blando eran esos labios. Labios que ella no podía dejar de mirar.

Cuando volvió a mirarlo a los ojos, vio que él estaba haciendo lo mismo. Sus ojos se posaron sobre la boca de ella y luego volvieron a subir.

Santo cielo, ¿no pensaba permitir que su secuestrador la besara, verdad?

Él se inclinó para que ella sintiera la tibieza de su aliento. Rosamunde frunció el ceño. Olía a menta. ¿Qué clase de secuestrador masticaba hojas de menta antes de forzar a su prisionera?

Levantó la barbilla. Estaban a pocos centímetros de distancia. Si cerraba los ojos, tal vez él lo haría.

No. No, no, no. Esto no era una fantasía. Era una situación peligrosa y real.

Liberó abruptamente sus manos de las de él y lo empujó hacia atrás. Luchando contra sus faldas, trató de zafarse de debajo de él, pero la volvió a inmovilizar, y esta vez llevó la mano debajo de su falda.

—Jamás poseeré mi alma —murmuró ella.

—¿Qué hay? —dijo él—. ¿Otra maldita navaja? ¿Otra arma escondida en su liga?

Ella abrió los ojos y lo fulminó con la mirada. Él recorrió las ligas con la mano, debajo de su

falda.

—No hay más navajas —admitió.

Retiró la mano y soltó el aire.

—Qué bien. No accedí a hacer esto para que me apuñalara, señorita Heston, por más que le agrade esta representación.

Rosamunde se incorporó sobre los codos.

—Señorita Heston.

—Quédese quieta —le ordenó él—. No debería moverse, en su estado.

—Pero es que no soy la señorita Heston. —Meneó la cabeza e hizo una mueca cuando sintió un dolor sordo en las sienes. —¿No lo entiende?

Él la soltó, bajó de la cama y cruzó los brazos.

—¿Entender qué?

—¡Ha secuestrado a la mujer errónea!

—Si esto es parte de su juego...

—¿A qué podría estar jugando? —Se bajó las faldas con fuerza, se irguió y se acomodó los lentes. —¿Qué clase de juego creía usted que era este? Porque debo decirle, señor, que no lo encuentro divertido.

Russell se pasó la mano por la cara. Se había equivocado de mujer. Se había equivocado de mujer, ¡maldición! A menos que ella estuviera realmente loca y le resultara divertido engañarlo. Observó a la mujer de mejillas rosadas y apretó el puño al recordar brevemente la sensación del muslo suave contra sus dedos.

Ella era algo de lo que había creído que sería. Sí.

Había luchado contra él como una maldita loba. Sí.

Se había arrojado del carruaje sin preocuparse por su propia vida. Sí.

Ah, y a no olvidar que casi lo había apuñalado.

Lo que significaba que la pequeña gata salvaje tenía toda la intención de hacerle daño y no había estado fingiendo.

La miró con los ojos entornados.

—¿Quién es usted, exactamente?

Ella levantó el mentón.

—Lady Rosamunde Stanley. Vizcondesa viuda de Rothmere.

¡Con un demonio! Al infierno con todo, maldición.

—Jo... —Se interrumpió. —¡Jolines! —masculló.

—Creo que la primera palabra era más adecuada. —Ella se levantó de la cama y se enderezó la parte superior del vestido.

Ahora que estaba de pie, él pudo ver mejor su figura. Cuando no estaba tirándole cuchillos o arrojándose al suelo, tenía el porte de una vizcondesa: espalda altiva, senos generosos y erguidos. No pudo resistir recorrer su cuerpo con la mirada y notar la curva de la cintura y la cadera. A pesar de que las enaguas disimulaban sus piernas y nalgas, él tenía una buena idea de lo que había debajo de ellas.

Una idea demasiado clara y precisa.

Le había metido las manos debajo de la falda a la mujer equivocada. Había estado tendido sobre ella, cuerpo con cuerpo. Había podido sentir todo.

Russell inspiró entre dientes. Él era como un camello. Podía estar sin compañía femenina durante meses, hasta años. Ciertamente había soportado la carencia de buena compañía femenina cuando había estado luchando en Francia y había sobrevivido. ¿Entonces por qué demonios se sentía como si estuviera en medio de un desierto y ella fuera el único oasis?

—¿Quién es usted, exactamente? ¿Y por qué quería a mi prima?

—¿Prima?

—La señorita Heston. Es mi prima.

Él maldijo. En voz alta esta vez. Luego hizo una mueca de pesar.

—Perdóneme, miladi.

Ella ladeó la cabeza.

—Considerando que es usted un secuestrador, pensaría que no le adjudicaría demasiada importancia a obtener mi perdón. —Se acercó unos pasos y levantó la mirada hacia él.

Él le sostuvo la mirada, manteniendo una expresión serena, a pesar de que sentía como si ella hubiera encendido un fuego bajo sus pies. Estaba metido en un lío monumental y ni siquiera su mente ágil podía pensar en una forma de arreglarlo.

—¿Por qué no me amenaza? ¿Ni me ata ni nada de eso?

Él suspiró.

—Porque no tenía intenciones de hacerle daño a su prima ni tampoco pienso hacérselo a usted.

—Entonces...¿puedo irme?

—Sí.

¿Qué otra cosa iba a hacer? Encerrarla y obligarla a guardar secreto sobre los movimientos de él? ¿Convencerla de algún modo que tenía buenas intenciones para con su prima y que en realidad, había querido ayudarla?

Sabía cómo se veía. Demasiado alto, demasiado rudo. A pesar de las ropas finas, nada podía disimular que había sido un soldado aguerrido y un huérfano de las calles. La vida dura había dejado marcas en su cara, su acento y sus modales.

La vizcondesa viuda se acercó a él. Lo inspeccionó con atención, como si estudiara un cuadro e intentara ver las pinceladas individuales. Pues allí no había ninguna obra de arte. Solo un hombre que se ganaba una moneda ayudando a las mujeres a escapar de lo que el destino les deparaba. Por desgracia para él, había metido la pata de la peor manera y era probable que su participación en el Club del Secuestro llegara a su fin. Al fin y al cabo, no podía fingir ser un secuestrador ahora que alguien lo había visto.

—Esto de secuestrar no se le da muy bien, ¿verdad? Se ha equivocado de persona.

—Pues no se suponía que estaría usted en ese carruaje. No puedo hacerme responsable por el cambio de planes de la señorita Heston.

—Vaya, eso es cierto. Tomé el lugar de mi prima. —Frunció la nariz. —¿Por qué quería usted secuestrar a Mabel?

El miró dentro de sus ojos oscuros. Ahora que no estaba luchando contra él, Russell percibió inteligencia en esa mirada. Era rica, sí y probablemente se sentía con derechos, pero no era tonta. Podría intentar inventar alguna historia, pero no imaginaba nada que fuera a satisfacerla.

—Porque ella quería que la secuestraran.

Rosamunde parpadeó varias veces.

—¿Ella quería que la secuestraran?

—Sí.

—¿Pero, por qué?

—Tendría que preguntárselo a ella, pero entiendo que tenía que ver con una proposición matrimonial.

Rosamunde se llevó una mano a la boca.

—¡Santo Cielo, Mabel creía que la obligarían a casarse con el señor Dixon! —Meneó la

cabeza. —Pero ayer el señor Gosford le propuso matrimonio y ella ha estado enamorada de él desde hace siglos.

—Pues habría sido útil saberlo —dijo él entre dientes.

Lady Rothmere puso los brazos en jarra.

—Entonces, perdone si parezco confundida, pero todavía me duele la cabeza...¿Mi prima quería que la secuestraran para no tener que casarse con el señor Dixon?

—Así es.

—¿Pero por qué haría usted algo así? ¿Y por qué tomarse tanto trabajo?

Él se encogió de hombros.

—Porque me pagan por ello. Nada más.

ROSAMUNDE NO SE LO CREÍA. Tal vez fuera una tonta romántica, pero había más en esa historia que un hombre al que simplemente le pagaban para ocultar a una mujer. Ni siquiera su imaginación podía inventar algo así.

Y necesitaba saber más.

Estiró el cuello para estudiarlo. Debía admitir que nunca había imaginado a un hombre como él, pero sin duda haría un buen pirata. Tenía una mirada dura debajo de sus deslumbrantes ojos azules, y su pelo revuelto combinado con su alta estatura le añadía un aire de misterio. Aunque ella había sentido la fuerza de su cuerpo, era más esbelto que ancho y sus prendas hechas a medida le calzaban perfectamente.

Y tenía una historia.

Rosamunde necesitaba desesperadamente escucharla.

Le dolía un poco la cabeza y él la miró con preocupación cuando se llevó la mano a la nuca. Efectivamente, se le estaba formando un considerable chichón. Rosamunde se sacó las horquillas de la masa despeinada pelo, luego tiró de la peineta engarzada y dejó caer sobre la mesa cercana.

—¿A propósito, dónde estamos?

Él se tomó un momento para responder mientras ella sacudía su cabello. Dio un respingo como si hubiera estado perdido en sus pensamientos.

—En una posada. Pensé que era prudente asegurarme de que descansara antes de continuar nuestro camino.

Rosamunde se acercó a la ventana que daba al camino. ¿Estaría su tía buscándola? ¿Preocupada, fuera de sí? Rosamunde necesitaba darle un final a esa aventura y asegurarse de que su familia supiera que estaba a salvo. Pero primero tenía que saber más.

Se volvió hacia él.

—Cuando dice que le pagan para secuestrar personas por encargo de ellas mismas, ¿a qué se refiere, exactamente?

Él hundió las manos en los bolsillos del pantalón y miró el suelo durante unos segundos.

—No estoy seguro de poder revelárselo, miladi. Digamos que hoy no sentía ningún deseo de secuestrar a una mujer en contra de su voluntad.

Ahora sí que la tenía intrigada. ¿Por qué tanto secreto si su prima deseaba que la secuestraran?

—Señor... hum, ¿cómo dijo que se llamaba?

—No se lo he dicho.

Ella enarcó una ceja.

—Russell. Marcus Russell.

—Señor Russell, ¿puedo suponer que desea mantener este incidente en secreto? ¿Que secuestrar damiselas no es algo por lo que desea hacerse conocido?

—Puede suponerlo, sí.

—En tal caso, quiero saberlo todo. —Se sentó sobre la cama, entrelazó los dedos sobre su regazo y se inclinó hacia adelante. —Hasta el último detalle.

Él frunció el ceño.

—Me encantan las historias —dijo ella.

Podría jurar que lo oyó soltar un gemido. O mascullar otro impropio entre dientes. Era difícil saberlo.

—Si me lo cuenta, guardaré este incidente con el mayor sigilo. Les diré que luché y usted huyó y que no vi nada.

—¿De verdad piensa que creerán que luchó y se liberó?

—Pues es poco probable que crean que lo convencí de soltarme. Además, podría tener otra navaja oculta en mi liga.

—No es así —afirmó él.

Sí, claro. Él había explorado minuciosamente su persona. Rosamunde se ruborizó al recordar hasta qué punto las manos de él habían subido debajo de sus faldas.

—¿Además, por qué llevaba una navaja allí?

—Precisamente para un caso como el de hoy. ¿Quién sabe cuándo uno puede necesitar defenderse?

Él enarcó una ceja oscura.

—¿Ha tenido muchas ocasiones de utilizarla?

—En realidad, esta fue la primera vez. —Hizo un ademán displicente. —Pero no tiene importancia. Me interesa más por qué usted, señor Russell, juega a los secuestros.

—Russell —la corrigió él—. Nadie me llama señor.

—En cuyo caso —y sobre todo en vista de que hoy me secuestró— pienso que puede llamarme Rosamunde. Pero por favor, deje de intentar mostrarse evasivo.

—¿Intentarlo? Estoy casi seguro de que *estoy* mostrándome evasivo.

—Oh, sí, tiene un aire, sin duda.

Él soltó un suspiro.

—No se deja disuadir fácilmente ¿verdad, *miladi*?

—Rosamunde —lo corrigió ella—. Y la respuesta es no.

—Muy bien. —Se pasó los dedos por el pelo, lo que explicaba por qué estaba tan revuelto. Rosamunde apostaría a que era un hábito para él. —Soy parte de un grupo de hombres que ayudan a mujeres a escapar.

—¿A escapar?

—De matrimonios, situaciones delicadas, cualquier cosa que torne imperativa su desaparición, sea temporaria o permanente.

—¡Santo Cielo!

Era un tipo extraño de servicio, pero Rosamunde podía imaginar que resultara muy necesario. Había tenido suerte de nunca haber quedado atrapada en una situación terrible, pero no ignoraba las dificultades de muchas mujeres de la nobleza.

—Así que secuestra a estas mujeres. ¿Pero, por qué? ¿Por qué simplemente no las ayuda a huir, sacándolas a escondidas?

Los labios de él se curvaron en una sonrisa.

—Uno pensaría que eso sería más fácil, sí. Sin embargo, descubrimos que era necesario que

las mujeres se mantuvieran inocentes en sus acciones. De esa manera, si las descubrían o necesitaban regresar a casa, no habían cometido ninguna falta.

—Sin duda todo el mundo supondría que también las habrían deshonrado —reflexionó Rosamunde—. Imagino que eso espantaría a algún que otro pretendiente.

—Seguramente.

Qué interesante. Ella siempre había pensado que Mabel era algo caprichosa, pero esto era bastante ingenioso. Ella podría haber regresado a su casa, tras haber sido secuestrada y potencialmente deshonrada, a esperar que su verdadero amor le propusiera matrimonio en lugar de ceder a la presión de comprometerse con un hombre que no le agradaba. Rosamunde casi deseaba haber conocido la existencia de ese servicio cuando se había casado cinco años atrás. Si bien su matrimonio había sido completamente aceptable, aunque algo aburrido, un secuestro habría sido mucho más emocionante.

—Permítame ver si lo entiendo. ¿Un grupo de vosotros lleva a cabo estos secuestros?

—Sí.

—¿Y os pagan por el servicio?

—Así es.

—Pues entonces, Russell, me gustaría mucho contrataros.

No. No, no, no, no. No existía ninguna posibilidad de que fuera a secuestrar a esta mujer. Tenía escrito en la frente que causaría problemas. Incluso si no hubiera sacado un cuchillo y se hubiera lanzado desde un carruaje en movimiento, él igualmente se habría dado cuenta. No se dejaba engañar por el dulce mohín de su boca ni por las inocentes pecas dispersas sobre su nariz.

—No voy a ayudarla a escapar de su marido —dijo.

—Oh, todavía soy viuda.

No debería sentirse aliviado por eso. De hecho, debería irritarlo más. Significaba que no había estado pensando en los senos de una mujer casada ni preguntándose cómo se sentirían sus muslos suaves contra los labios de él.

—Pues no la ayudaré a escapar de lo que sea que desee escapar.

Aunque realmente, deseaba ayudarla.

Por todas las razones equivocadas.

Russell evitaba los vínculos. Demonios, apenas tenía amistades. Guy y Nash, los otros dos miembros de El Club del Secuestro eran prácticamente sus únicos amigos y estaba conforme así. Aun así, no se abría demasiado con ellos. No estaba en su naturaleza y nunca lo estaría. Ellos tampoco esperaban más de él.

Pero, de alguna manera, intuía que esta mujer podía arrebatarse todo a un hombre. No se dejaba engañar por las pequeñas gafas elegantes que descansaban sobre su nariz ni por las pecas que danzaban justo debajo de los marcos de metal. Tenía el atractivo, la figura y la audacia para envolverse alrededor de un hombre y apoderarse por completo de él.

No era para él.

No, gracias.

Decididamente no.

—En realidad, no necesito escapar —aclaró ella.

—Está usted pidiéndole ayuda al hombre erróneo.

Rosamunde se levantó de la cama,ladeó la cabeza y levantó los ojos hacia él.

—Pues parece ser el hombre perfecto.

Cuán equivocada estaba. Él también. Por pensar en ella, claro.

Se sentía tentado. Y Russell no se dejaba tentar. Había aprendido de la manera más difícil que los hombres que cedían a los deseos del corazón quedaban expuestos y vulnerables. De acuerdo, tal vez no era tanto su corazón el que estaba hablando, sino que había mucho deseo involucrado en toda la situación.

—Puedo pagarle —insistió ella.

—No necesito su dinero.

Era cierto, pero no podía negar que la palabra dinero siempre le llamaba la atención. Cuando uno había sido huérfano en la calle, y había sentido dolor de estómago por el hambre, era difícil no parar la oreja ante la mención de una moneda. Incluso habiendo acumulado dinero —a estas alturas, más del que necesitaría en su vida— siempre lo atraía la idea de más. De esa forma no había riesgos de que alguna vez volviera a pasar hambre.

—Ni siquiera sabe para qué quiero contratarlo.

—No importa. —Levantó una mano y extendió un dedo. —En primer lugar, no trabajo solo, por lo tanto, no puedo tomar este tipo de decisiones por mi cuenta.

Ella hizo un ruidito displicente.

—¿Se doblé ante otros hombres? Lo dudo.

No estaba demasiado equivocada. Si bien ciertamente no tomaría por su cuenta decisiones que pudieran afectar a Guy o Nash, tampoco podía decir que estaba pendiente de las palabras de ellos. Guy y Nash habían sido amigos desde la universidad y se habían criado en el mismo círculo social. No era difícil para Russell sentirse la persona de afuera, así que mantenía su independencia y evitaba compartir demasiados aspectos de su vida con ellos.

—En segundo lugar, ofrecemos un servicio muy específico. —Extendió otro dedo. —No somos simples matones contratados.

Rosamunde alargó el brazo y le flexionó los dedos. Él apartó la mano abruptamente. Era una locura que el mero contacto de la mano de ella —enguantada, además— lo hiciera sentir algo, pero así había sucedido. Por el amor de Dios, le había metido las manos debajo de las faldas. El contacto con los guantes no era nada.

—No necesito la ayuda de matones contratados, ni de hecho, del resto de tu club. Lo necesito a usted.

Lo necesito a usted.

Gimió para sus adentros. Tal vez se había equivocado con ella. Tal vez las gafas y las pecas eran su verdadero reflejo y no tenía idea de lo que provocaba en un hombre.

Lo necesito a usted.

Intuía que aun después de que la llevara de regreso a su casa y se quedara tranquilo de que jamás volvería a ver a Lady Rosamunde Stanley, esas palabras lo perseguirían por las noches.

Era inútil. Necesitaba salirse de esa situación. Y rápido.

—Lady Rothmere.

—Rosamunde.

El suspiró.

—Rosamunde, solo puedo pedirle perdón por el malentendido de hoy, pero no puedo ofrecerle ayuda. Lo único que puedo hacer es devolverla a su casa y a su familia sana y salva.

—Pero en realidad, está en deuda conmigo.

Él enarcó una ceja.

—Pensé que usted podía pagar.

—Claro que puedo. Y con mucha generosidad. Y lo haré. —Sus labios se curvaron. —Pero hoy usted me asustó, Russell. Pensé que me iba a secuestrar y... ¡y deshonrar!

Él se pasó una mano por el pelo. Había tenido razón. Las gafas y pecas eran falsas. Debajo de ellas había una mente brillante y manipulativa.

—Una pensaría —continuó ella—, que se sentiría usted un poco obligado a brindarme ayuda.

—Bueno, pues está equivocada. Soy un secuestrador. No tengo honor.

—Rapta mujeres para ayudarlas. Eso me parece honorable.

—No —volvió a decir Russell.

Ayudaba por dinero. Lisa y llanamente. Cuando el conde de Henleigh se le acercó, él estaba buscando algo nuevo, una forma más interesante de ganar dinero, así que aprovechó la oportunidad. Invertir en acciones, negocios y especulación se había vuelto aburrido y francamente, demasiado fácil. Siempre le pareció ridículo lo fácil que era ganar dinero cuando se tenían grandes sumas. ¿Cómo se suponía que el hombre promedio debía levantarse del barro cuando los más ricos lo acaparaban todo? Él había sido uno de los pocos afortunados.

—Estoy en muy buena posición. Soy una heredera, en realidad —insistió ella—. Mi familia es acaudalada y mi marido me dejó con considerables ingresos.

—Tiene suerte.

—Me refiero a que no solo puedo pagarle generosamente, sino que puedo asegurarme de que no se vuelva a hablar de este rapto y que no sufra... consecuencias no deseadas a causa de este malentendido.

Él bajó la mirada hacia ella y dejó escapar un pequeño sonido.

—¿Me está amenazando?

PARECÍA RIDÍCULO AMENAZAR a este hombre tosco que se elevaba como una torre por encima de ella. Hasta demencial tan solo pensar en ello cuando estaba sola con él y técnicamente secuestrada. Pero no podía contenerse. Aquí estaba su oportunidad. Podría ayudarla a buscar al tío Albert y bueno, hasta tal vez ella pudiera vivir una pequeña aventura al hacerlo.

El problema estaba en que a nadie le llamaba la atención la desaparición del tío Albert. Ese mismo día, la tía Petunia había descartado los temores de ella, haciendo a un lado su preocupación como si solo fuera una de sus habituales fantasías. Sí, tenía tendencia a ser muy imaginativa, pero hacía demasiado tiempo que él se había ido y, cuando menos, sería prudente intentar encontrarlo.

Tragó saliva con fuerza y lo miró a los ojos.

—Sí, creo que sí.

Se obligó a permanecer inmóvil y controlar un temblor que amenazaba por subirle desde los pies a la cabeza. No podía decir si era porque jamás había amenazado a un hombre antes o porque él era mucho más alto que ella y estaban solos en una habitación, o tal vez porque no podía dejar de pensar en cuán firme se había sentido el cuerpo de él sobre el suyo.

Tal vez era una combinación de todo eso.

Russell soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—No puedo ayudarla.

—¿Ni siquiera sabe para qué quiero contratarlo!

—No tiene importancia. No puedo ayudarla.

—¿Ni siquiera si amenazo con delatarlo?

Él la miró.

—No creo que vaya a hacerlo.

Rosamunde irguió los hombros.

—No me conoce.

Él apretó los labios.

—La conozco. Conozco a muchas mujeres como usted. Es rica, malcriada, y ha tenido una vida fácil. Cree que puede conseguir todo lo que desea. Pues, bien, Lady Rothmere, no puede tenerme.

Pero ella lo necesitaba.

Oh. Cielos. No de esa manera, se recordó. Casi no lo conocía y no era la clase de mujer que tomaba amantes. Su única experiencia con hombres había sido con su difunto marido y por cierto, no había estado a la altura de ninguna fantasía. Para ser franca, no creía que ningún hombre fuera a estarlo.

De modo que se había mantenido relativamente inocente para haber sido una mujer casada. A veces se sentía algo tonta. Le resultaba casi infantil ser una mujer adulta de veinticinco años con tan poca experiencia, pero incluso si un hombre coqueteaba con ella, no sabía cómo reaccionar. Uno de los efectos secundarios desafortunados de haberse casado a los dieciocho era que tenía muy poca experiencia con el sexo opuesto.

Sin embargo, comprendía algunas cosas sobre este hombre. No se parecía en nada a los miembros de la clase alta. Y eso la intrigaba sobremanera.

—Señor Russell, por favor, escúcheme. —Levantó una mano antes de que él pudiera responder. —Trabaja usted como secuestrador. O como sea que quiera llamarlo. Y yo conozco a alguien que creo puede haber sido raptado. Me gustaría mucho pagarle por su experiencia.

—No me interesa.

—Mi tío Albert —prosiguió Rosamunde, sin prestarle atención—, lleva desaparecido varios meses. Por lo general, vuelve a casa para esta época, pero temo que algo le haya sucedido. ¿Podría tal vez tratarse de un secuestro?

—¿Su tío desaparece a menudo?

—Sí, desgraciadamente. —Frunció la nariz. —Es algo... excéntrico.

—Entonces quiere que persiga a un hombre que piensa que ha sido raptado pero que desaparece a menudo, o sea que en realidad, es probable que no haya sido raptado.

Ella sabía que sonaba descabellado, pero no era necesario que él fuera tan grosero. Cruzó los brazos contra el pecho y se esforzó por no hacer pucheros.

—Conozco a mi tío y sé que no se habría ido tanto tiempo sin al menos una carta.

—Como dije, no la puedo ayudar. No sé qué clase de fantasías...

—Esto no es una fantasía. —Extendió el brazo y le golpeó un dedo contra el pecho. —Pero señor, usted está en deuda conmigo. Me secuestró, me aterrorizó, me lastimó.

—Se lastimó sola...

—Me hizo perder mi navaja. Y no hablemos del susto que le dio a mi pobre tía. —Volvió a golpearle el pecho con un dedo. —Usted...está...en...deuda...conmigo.

Él se masajeó el pecho donde ella lo había golpeado.

—Lady Rothmere...

—Rosamunde.

—Rosamunde, su tío es un hombre adulto y estoy seguro de que...

—No. Yo estoy segura de que usted me ayudará. No soy tonta, piensen lo que piensen. Tiene razón en cuanto a que soy rica y es probable que me hayan malcriado. Mi vida ha sido relativamente protegida. Pero también sé —lo siento en mis entrañas— que mi tío necesita ayuda y que usted me ayudará.

Él se quedó mirándola durante varios segundos; Rosamunde sentía que el corazón le latía en los oídos. Tenía que ayudarla, tenía que hacerlo.

—Si no me ayuda, intentaré encontrarlo yo misma —añadió, por si acaso, aunque no sabía por qué pensaba que a él podría importarle lo que le sucediera.

Tal vez fue porque debajo de sus modales toscos ella había vislumbrado a un hombre honorable. A pesar de que lo negaba, tenía algo de honor. Ningún hombre arriesgaría su vida para ayudar mujeres solamente por dinero, ¿no?

Él aflojó ligeramente los hombros. Se pasó ambas manos por el pelo y la miró como si le estuviera causando un profundo dolor.

—Bien —dijo por fin.

—¿Bien?

—Bien, la ayudaré. Sin duda estará escondido en algún sitio, o en algún club y en un par de días usted ya podrá quedarse tranquila.

Rosamunde no pudo contener la sonrisa que se dibujó en su boca. Le arrojó los brazos alrededor del cuello.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Russell se liberó de sus brazos y la apartó con firmeza.

Ella bajó los brazos a los lados del cuerpo, sintiendo que se ruborizaba. Tendría que comportarse de manera mucho más profesional ahora que lo había contratado. Esto era importante y podría ser peligroso. Ciertamente no era momento de abrazar a su secuestrador contratado.

—¿Entonces, por dónde comenzamos?

—En primer lugar, la devolveré a su casa. Podrá contarme sobre su tío en el camino. Luego, haré averiguaciones.

—¿Y después?

—Después la buscaré.

—¿Con discreción?

Él frunció el ceño.

—Entiendo que su familia no siente la misma preocupación que usted por su tío.

Ella negó con la cabeza.

Russell soltó un suspiro pesado.

—La buscaré. Con discreción. —Esbozó una sonrisita socarrona. —Aunque no lo crea, Lady Rothmere, se me da muy bien la discreción.

—¿Cómo demonios secuestraste a la mujer errónea?

Russell se quitó el sombrero, se pasó una mano por el pelo y dejó el sombrero sobre la mesa de la posada. Paseó la mirada por el salón vacío antes de sentarse frente a Guy. Se echó hacia atrás en la silla y se encogió de hombros.

—Coincidía con la descripción. Ni qué decir que estaba dentro del carruaje indicado.

Guy sacudió la cabeza.

—Maldición, Russell, a este ritmo tendremos que cerrar el club.

Nash se acercó a la mesa, llevando tres cervezas y las dejó sobre la mesa.

—No es culpa de él si la mujer cambió de idea.

Russell no necesitaba que Nash lo defendiera, pero de todos modos, lo valoraba.

—Oye —le dijo a Guy—, yo tampoco estoy satisfecho con lo sucedido.

Sobre todo porque ahora estaba obligado a ayudar a una mujer de pecas bonitas y piel suave.

—Pero Lady Rothmere no dirá nada —prosiguió—. Comprende la necesidad de que nuestro servicio se mantenga secreto y tampoco revelará las intenciones de su prima.

Guy soltó el aire y alargó el brazo hacia la cerveza.

—Todo esto habría podido evitarse si el mensaje de la señorita Heston me hubiera llegado a tiempo.

—Por cierto, no me resultó demasiado agradable raptar a la mujer errónea.

—¿Estás seguro? —Nash sonrió. —Si mal no recuerdo, Lady Rothmere es muy bonita.

—Tú ni siquiera deberías estar pensando en quién es bonita —respondió Russell, tajante—. Tu esposa es la única mujer bonita a la que deberías mirar.

—A Grace le parecería completamente lógico que yo notara que una mujer es simétricamente proporcionada y atractiva —respondió Nash, petulante.

Russell soltó un gemido.

—Con cada día que pasa hablas más como ella.

—Lo sé. Y me gusta. —Levantó el jarro de cerveza y bebió.

Russell miró a Nash. El descarado lord era muy hábil con las mujeres y su actitud no había cambiado, pero su última cautiva, Grace, había ejercido una influencia estabilizadora sobre él. Russell nunca había visto a Nash tan... satisfecho, supuso. En algunos sentidos, le envidiaba esa sensación de paz, pero no era para él. Él estaba siempre en movimiento. Siempre. Era la única manera de existir que conocía. La idea de estabilizarse ya le hacía sentir un hormigueo en los pies allí mismo donde estaba sentado.

En cuanto a Guy, él sí que no había cambiado, ni siquiera después de la última aventura en la que habían tenido que cuidar de Grace. El taciturno conde de cabello oscuro, seguía mostrándose

tremendamente serio respecto de todo. Es más, hacía que Russell casi pareciera un cascabel. Él entendía la necesidad ocasional de seriedad. El conde estaba a cargo de las operaciones del grupo y se dedicaba a ayudar a las mujeres desesperadas tras haber salvado a una prima de un matrimonio cruel. Pero, ¡demonios!, nunca se quitaba la expresión sombría del rostro.

—Pues no lo disfruté —dijo Russell.

No disfruté el contacto con sus muslos. No, señor. Y mucho menos de la sensación de tener el cuerpo de ella debajo del mío. No disfruté de contemplar sus pecas ni tampoco admiré su valor. En absoluto. Nada. Claro que no.

Era todo realmente muy inconveniente.

—Hemos tenido suerte de que haya podido regresar a su casa y cubrirte —dijo Guy—. Si hubiera hablado de ti...

—Lo sé. —Russell se acercó el vaso de cerveza fría. —Ya estaría fuera del negocio.

—Todos lo estaríamos —lo corrigió Guy—. No te culpo, Russell, pero sería demasiado peligroso continuar.

—Ah, entonces él mete la pata y puede quedarse, ¿pero yo meto la pata y casi me echas? —Nash se repantigó en la silla y entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

—Tú no metiste la pata, Nash. Te acostaste con la mujer a la que teníamos que ayudar —observó Russell.

—Sí, ¿pero puedes culparme? Además, hice todo lo que pude para resistirme, pero ella puede ser muy persuasiva.

Russell alzó los ojos al cielo. Sabía que Nash se había esforzado por resistirse, pero desde el principio había notado que se estaba enamorando de Grace. En aquel entonces le había resultado divertido.

Ahora lo comprendía todavía más. Entendía muy bien cómo uno podía estar viviendo su vida tranquilamente y que de pronto todo volara en pedazos por una mujer.

Levantó el vaso y bebió hasta terminar la cerveza, cerrando los ojos mientras dejaba que el alcohol le entibiara el cuerpo. No, su vida no había volado en pedazos. No iba a permitirlo. Preguntaría un poco por allí, averiguaría dónde estaba el tío de Lady Rothmere, seguiría su camino y olvidaría que la había conocido. Ciertamente no iba a hacer como Nash y terminar acostándose con ella o aun peor... casándose con ella.

No era que pensara que una dama de la alta sociedad fuera a querer relacionarse con él. Debajo de su ropa fina, no era nada más que un huérfano ilegítimo que se había vuelto muy hábil para imitar todo lo que hacía la nobleza. Simplemente porque se movía y hablaba como ellos no significaba que mereciera una mujer como Rosamunde.

Tampoco quería tenerla, claro. Había aprendido unas cuantas cosas en la vida.

Primero: cuando hay comida, comes.

Segundo: no te quedes dormido en las calles.

Tercero: no formes lazos afectivos.

Cuarto: no formes lazos afectivos, ¡maldición!

Y que ese sea también el quinto y el sexto punto.

Que fuera el juramento que se habría tatuado en la piel junto a las feas marcas de su infancia. O que grabaría en su lápida, tal vez. Nada de apegarse a una persona.

Los lazos afectivos hacían que un hombre fuera vulnerable y débil, algo que nunca más quería volver a ser.

—Entonces ¿qué sigue ahora, Guy? —preguntó Nash, bajando los brazos e inclinándose hacia adelante—. Grace quiere ayudar.

Guy negó con la cabeza.

—Nada. Tú vuelves con tu esposa y sigues reconstruyendo tu propiedad en el campo y Russell... Russell hará lo que sea que hace Russell.

—Sí, ¿qué es lo que haces, Russell? —dijo Nash—. Ni siquiera sé dónde vives.

—Y así seguirá siendo —respondió él.

—Qué buen amigo eres —refunfuñó Nash—. No me invitas con un trago.

—¿Quién dijo que eras mi amigo? —dijo Russell con una sonrisa.

—Ay, me has herido. —Nash se llevó una mano al pecho.

Russell empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

—Caballeros, tengo asuntos de los que ocuparme. Hazme saber si necesitas mi ayuda. Sabes dónde encontrarme —le dijo a Guy.

—¿Qué asuntos? —quiso saber Nash, pero Russell no le prestó atención.

Cuanto menos supieran sobre él, mejor. Cuanto menos supiera alguien sobre él, mejor. Incluyendo a Lady Rothmere.

ROSAMUNDE DEJÓ CAER la navaja con estrépito e hizo una mueca cuando esta aterrizó sobre el recipiente de porcelana. Su prima Mabel entró como una tromba en el dormitorio, con las mejillas casi del mismo tono rojo que el vibrante color de su vestido. Rosamunde observó el recipiente. Al menos no se había rajado por el impacto. Recuperó la navaja y la ocultó en la mano.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó su prima, mirándole la mano.

—Oh, eh... solo... —¿Fingiéndome defendiendo de un atacante? No, eso sonaba absurdo, aún a sus oídos. —Ya sabes... leyendo correspondencia. —Hizo un gesto vago hacia la habitación, sabiendo que no había correspondencia a la vista.

Mabel depositó sobre la cama el perrito que sostenía en un brazo. Rosamunde no se tomó la molestia de hacer comentarios mientras el perro se revolcaba sobre la manta aterciopelada. La mayoría de sus familiares tenían perros y no era raro que las visitas trajeran los propios y los dejaran sueltos. Casi no pasaba un día sin que encontrara pelos de perro en su persona. Le encantaban, pero a veces no le molestaría tener un solo perro por vez.

—Quería asegurarme de que estuvieras bien —dijo Mabel, mientras corría hacia ella y le echaba los brazos alrededor de la cintura.

Rosamunde bajó la cabeza para mirar a su diminuta prima y se encontró con un tocado de plumas. Empujó a Mabel hacia atrás antes que las plumas terminaran dentro de su nariz.

—Estoy bien —le aseguró.

Mabel se dejó caer sobre la cama y el perro trepó a su regazo; le apoyó las patas delanteras en los hombros y le lamió la cara.

—Lo siento tanto, tanto —dijo Mabel entre lamidas—. Si hubiera sabido que Mamá iba a pedirte que la acompañaras, habría dicho algo. Por lo visto, la carta que envié a los hombres en cuestión no llegó a tiempo. —Apartó al perro y frunció el ceño. —Y eso que le pagué generosamente al mensajero.

—No tienes por qué disculparte. Estoy bien.

Más que bien. Estaba... entusiasmada. Había pasado una semana desde su “rapto” y todavía no había tenido noticias del señor Russell. Sin embargo, eso no evitaba que pensara en él. Se preguntaba si estaría merodeando por algún sitio, vigilándola, quizá, esperando para ponerse en contacto en el momento adecuado. Ella intentaba continuamente estar sola, pero no era algo fácil

con su familia.

Estaba ansiosa por verlo otra vez.

Por su tío, claro. No por ningún otro motivo. No sabía prácticamente nada del señor Russell y no tenía sentido dejar que su imaginación se disparara. Aun si de vez en cuando se preguntaba qué habría sucedido si le hubiera permitido seguir revisando su persona en busca del cuchillo. O si hubiera luchado, lo hubiera derribado y lo hubiera besado con fuerza.

—Debes de haberte sentido aterrorizada —dijo Mabel—. Yo estaba nerviosa de solo pensar en el secuestro y eso que sabía lo que sucedía. —Suspiró. —Si no fuéramos tan parecidas...

—No somos tan parecidas. Es solo el pelo castaño.

—Supongo que para un hombre lo somos, sin embargo. —Mabel se inclinó hacia ella. —¿Sentiste mucho miedo? Mamá dijo que lo amenazaste con un cuchillo.

—Sí, estaba asustada, pero no tuve demasiado tiempo para pensarlo.

Mabel sonrió.

—¡Eres tan valiente, Rosie! Ojalá fuera como tú. Por supuesto, todos piensan que luchaste y lo obligaste a huir y ahora están decididos a que te cases antes de que te vuelvas demasiado independiente.

Rosamunde elevó los ojos al cielo.

—Por qué les parecería mal que luche y me defienda de un secuestrador, no lo entiendo.

—Ay, ya sabes cómo son en esta familia. No están contentos a menos que haya una boda en puerta. —Mabel ladeó la cabeza. —Además ¿no quieres volver a casarte? Hace ya un año que has enviudado y sé que te aburría muchísimo tu matrimonio con George. —Batió las palmas. —¿Y si te casaras con uno de los amigos de Hugh? De ese modo podríamos pasar todavía más tiempo juntas.

Rosamunde cerró los ojos por un instante. Adoraba a Mabel, pero existía un límite para la cantidad de tiempo que deseaba pasar con ella. O con los amigos de Hugh. Era un hombre encantador, pero demasiado dulce para ella y no esperaba que sus amigos fueran muy distintos. Ella prefería hombres con cierta rudeza. Hombres que discutieran con ella y la desafiaran.

Hombres como el señor Russell.

No, no tomes por ese camino, Rosamunde.

—Pues tenemos por delante tu boda. —Se sentó sobre la cama junto a su prima y el perro Pomerania se le acercó y le empujó la mano con su hocico húmedo. Ella cedió y le acarició la cabeza. —Aunque lamento que hayas creído que era necesario contratar los servicios de estos hombres. Sabes que podrías haberme pedido ayuda a mí.

—Lo sé. —Mabel se miró las manos. —Temía que tendría que casarme con el señor Dixon y parecía que Hugh nunca me propondría matrimonio. Entonces escuché rumores sobre estos hombres de boca de Lady Ellis y me pareció la solución perfecta. Podría escapar por un tiempo y darle tiempo a Hugh de echarme de menos y para cuando regresara, seguramente me propondría matrimonio.

Rosamunde hizo una mueca. No era el mejor motivo para arriesgarse a quedar arruinada y poner a su familia en esa posición angustiosa, pero aunque adoraba a Mabel, su prima no siempre pensaba las cosas detenidamente. Si alguien tenía motivos para casarse era Mabel. Era como si necesitara que alguien la cuidara.

Razón por la cual a ella no le apetecía volver a casarse. Podía cuidarse sola, muchas gracias, y no necesitaba de un marido para eso.

Lo único que necesitaba ahora era mejorar mucho, muchísimo en el arte de luchar con un cuchillo.

Russell la miraba desde cierta distancia, sintiéndose, curiosamente, como un intruso. Lo que era ridículo. Lady Rothmere estaba sentada en un banco, mirando el Lago Serpentine en Hyde Park. No se podía decir que fuera un lugar secreto. Los senderos estaban concurridos con gente y carruajes mientras que los niños jugaban sobre el césped, disfrutando del cálido clima de verano. Sin embargo, intuía que Rosamunde no estaba contemplando a los niños ni a los transeúntes.

Ella ladeó la cabeza hacia el sol y aunque Russell no podía ver su expresión, adivinaba lo que haría. Tendría los ojos cerrados.

Lo sabía porque no era la primera vez que la veía en el parque. Ni la segunda. Hacía tres días que iba allí, tras descubrir que a ella le gustaba visitar el parque a solas. Tres días y todavía no se le había acercado.

Lo que sucedía detrás de esos ojos cerrados, no lo sabía. Ni quería saberlo.

No. Decididamente no. Cuanto menos supiera sobre Lady Rosamunde Stanley, mejor. Ya había hecho algunas averiguaciones. Provenía de una familia numerosa y acaudalada, de alcurnia, en la que se habían hecho muchos matrimonios muy convenientes. Su padre era el Marqués de Hopsbridge y ella tenía varios tíos políticos con títulos nobiliarios. Heredaría una cuantiosa suma a la muerte de su padre y la familia era dueña de gran parte de la riqueza del país.

Lo último que deseaba hacer era mezclarse con gente como ellos. Los que acumulaban y acumulaban, dejando que las personas como él tuvieran que luchar por recoger las migajas.

Entrelazó las manos detrás de la espalda y se balanceó sobre los talones. No era que actualmente tuviera migajas. Su patrimonio podía competir con la de varios miembros de la alta burguesía, pero él no había nacido rico ni lo había obtenido a través del matrimonio. Había trabajado para ganarse cada centavo. Había persuadido a muchas personas, había planeado y había trabajado hasta dejarse los dedos en carne viva. Había levantado, acarreado y empujado hasta sentir dolor en todo el cuerpo. Por fortuna, ya no necesitaba hacer esas cosas, pero nunca se quedaría tranquilo. Un solo error podía hacerle perder todo y no podía dejar que eso sucediera.

Jamás se permitiría volver a ser pobre.

Sentía un escozor en las entrañas. Había comenzado cuando había raptado a Rosamunde. Y él confiaba en sus entrañas. Ese instinto lo había ayudado a sobrevivir en las crueles calles londinenses de niño. Lo había ayudado a escapar de los barrios bajos.

Ese error bien podría ser Lady Rothmere, le decía su instinto.

De manera que hoy finalmente se acercaría a ella y le diría con firmeza que no la ayudaría. Tendría que buscar al tío por su cuenta. Después de todo, un hombre tenía derecho a su privacidad. El solo hecho de que no hubiera podido encontrar ningún rastro de él no significaba

demasiado. Ciertamente, Russell tenía una gran habilidad para buscar gente y se había sorprendido de que ninguno de sus contactos en el país supiera nada del paradero del tío, pero aun así, no significaba nada.

Se irguió y fue directamente hacia el banco. Ya basta de esperar. Simplemente le diría: *lo siento, Lady Rothmere, pero no puedo ayudarla. Soy un hombre ocupado y estoy seguro de que su tío aparecerá pronto.*

Se detuvo detrás del banco y contempló las facciones de ella, apenas visibles bajo el ala del sombrero. Las pestañas oscuras se abrían en abanico sobre las mejillas pálidas, pero no podía divisar las pecas debido a que el sol se le reflejaba en las gafas.

Tonto.

¿Por qué quería volver a verlas, siquiera? Si alguien le preguntara cuál era su rasgo preferido en una mujer, podría decir los senos o la cintura. Si se sintiera como un caballero, tal vez diría la boca o los ojos. Nunca antes le habían interesado las pecas.

Sacudió la cabeza y carraspeó.

—¡Oh! —Rosamunde dio un respingo, se irguió y se giró en el banco para mirarlo. —¡Oh!

—Lady Rothmere. —La saludó con una breve inclinación de cabeza.

—Comenzaba a creer que no volvería a saber de usted. —Se puso de pie y fue hacia él. —He estado esperando noticias.

—No me diga que ha estado esperándome aquí.

Ella se sonrojó.

—Pues... dijo usted que me buscaría y yo no sabía cuándo ni dónde, por lo que decidí que querría reunirse conmigo a solas, en un sitio concurrido, así que me pareció sensato venir al parque y asegurarme de que pudiera establecer contacto.

—¿Sensato? —repitió él. Hasta donde podía ver, no había nada de sensatez en ese plan.

—Es mejor que nos vean aquí ¿no es así? Donde nadie podría preguntarse por qué estamos juntos.

Él frunció el ceño.

—No soy un caballero con título de nobleza, pero dudo que alguien pudiera acusarme de intentar escandalizarla, miladi. Al fin y al cabo, nadie sabe quién soy.

—No, eso no fue en absoluto lo que quise decir. —Le sonrió. —Es solo que si algo le ha sucedido a mi tío, debemos guardar sigilo ¿no es cierto? No me gustaría que ninguna persona nefasta se enterara de que lo estoy buscando. —Susurró esa última parte, inclinándose hacia él como si fueran dos espías intercambiando secretos de guerra.

Russell se irguió. Al menos ella no se avergonzaba de que la vieran con él, un hombre común y sin reputación, ni de libertino, ni de caballero ni de nada.

—Pues... verá, Lady Rothmere...

—Debe llamarme Rosamunde, de verdad —insistió ella.

—Rosamunde —se corrigió él—. Sucede que...

—Realmente, le estoy muy agradecida por ayudar. Cuénteme qué ha averiguado. —Se inmovilizó y frunció el ceño. —Cielos, intuyo que me va a dar malas noticias. ¿Es algo terrible? ¿Cree que debería sentarme? Ay, pobre tío Albert. Era el mejor de los hombres, de verdad. —Se llevó una mano a la boca y se le humedecieron los ojos. —No sé qué haré sin él.

Russell soltó un suspiro pesado. No podía imaginar un lazo afectivo así con un tío, pero, claro, nunca había tenido un tío con quien formar lazos afectivos. No obstante, no quería que Rosamunde llorara.

Maldición. Lo único que debía decir era un rápido: lo siento, no puedo ayudarla. ¿Qué tan

difícil era?

Una lágrima rodó por la mejilla de ella.

Por todos los demonios.

—Sólo quería decirle que la ayudaré —dijo, sin poder contenerse.

Por dentro, gimió. Qué tonto era.

ROSAMUNDE YA SABÍA que Russell no era la clase de hombre que apreciaría que una mujer le arrojara los brazos alrededor del cuello o le sonriera con expresión beatífica, así que se obligó a mantenerse impávida. Al fin y al cabo, si ella no demostraba sentirse cómoda con lo que imaginaba que era el mundo bastante hermético de Russell, él nunca le permitiría ayudar.

Hacía días que se sentaba en ese banco y miraba pasar a la gente, mientras esperaba una señal de él para comenzar con la investigación. El día anterior, al ver que no se había puesto en contacto con ella, comenzó a perder las esperanzas. Pero ahora estaba allí, por fin, y podrían comenzar la búsqueda del tío Albert.

—Muchas gracias —murmuró—. Sabía que sería usted la respuesta a mis problemas.

Él la miró con una expresión consternada que ella no comprendió.

—Bien, ¿por dónde comenzamos?

—¿Comenzamos? —repitió él—. No...

—Ay... —Rosamunde lo cogió del brazo y tras arrastrarlo detrás de un árbol, se apretó contra el tronco.

—¿Qué demonios...?

Ella le aferró el brazo con más fuerza y tiró, obligándolo a acercarse. Russell trastabilló, apoyó la mano contra el tronco y la miró desde arriba.

Rosamunde tragó saliva y estiró el cuello para mirarlo a los ojos. Los separaban unos cinco centímetros, nada más. Lo había hecho acercarse demasiado, pero no tenía opción. Si no lo hubiera hecho, los habrían visto.

Él la miró, frunciendo el entrecejo con expresión confundida. Rosamunde abrió la boca para explicar, pero las palabras desaparecieron. No podía negar que parte de esos días pasados sentada en el banco viendo pasar las horas habían estado ocupados por el recuerdo de cuando la había inmovilizado en la cama. ¿Qué habría sucedido si ella hubiera reaccionado de otra forma? Si tal vez hubiera levantado la cabeza y le hubiera rozado la boca con sus labios. ¿Si hubiera logrado escapar gracias a la seducción?

Suspiró. Pero no había sucedido y le convenía mantener los pensamientos donde debían estar: centrados en encontrar a su tío. Todos siempre le decían que daba rienda suelta a su imaginación y no podía hacer eso con Russell. Sería demasiado peligroso.

Peligroso. La palabra rebotó en su mente hasta quedar alojada allí.

Dios, todo en Russell hablaba de peligro. Desde las pequeñas cicatrices, hasta la barba incipiente y hasta el pelo revuelto que no encajaba con su ropa refinada. Y ni hablar de su cuerpo fuerte y musculoso. Ah, y no podía olvidar la oscuridad en sus ojos que contrastaba tan cautivadoramente con el color azul brillante. Sus pupilas estaban agrandadas ahora y su expresión era inescrutable.

La manera en que la miraba la hacía sentir el pecho cerrado y picazón en las manos debajo de los guantes. Ciertamente no debería gustarle de ninguna manera la manera en que la hacía sentir. Ciertamente no debería sentirse emocionada ante la idea del peligro. Era consciente de la facilidad que tenía para dejarse llevar por las fantasías y no era momento para ello. Tenía que

demostrar que estaba en lo cierto respecto de su tío, que no había desaparecido simplemente por alguna aventura y no serviría convencerse de que Russell era como el pirata o el arqueólogo y no podía vivir ni respirar sin ella.

Rosamunde inspiró lentamente. Él apartó la mirada y se separó de ella.

—¿Por qué nos estamos escondiendo? —preguntó.

—Mi tía Effie —explicó ella, ligeramente sin aliento—. No podía permitir que me viera.

Él enarcó una ceja.

—Es usted viuda ¿no? Y dijo que nadie cuestionaría por qué estamos aquí juntos.

—Oh, no se trata de eso. —Rosamunde frunció la nariz. —Mi familia no está de acuerdo conmigo en que el tío Albert podría estar en peligro. Piensan que es... bueno, una fantasía mía.

—Ya.

—Pero no lo es —se apresuró a agregar—. Siempre me envía noticias cuando se embarca en alguna de sus aventuras. Nunca deja de escribirme. Nunca —declaró con firmeza.

—Ya.

—Usted también cree que es mi imaginación. —Se miró los pies.

—Intenté encontrar alguna pista sobre él no lo logré. —Le tocó la barbilla con un dedo, obligándola a levantar la mirada hacia su expresión inescrutable. —Podría no ser nada, pero debería haber algún rastro de él.

—¿Entonces me cree?

Él se quitó el sombrero, se pasó la mano por el pelo y asintió.

—Le creo.

—¿Y va a ayudarme?

—Dije que lo haría ¿no es así?

—Sí. —No pudo contenerse y esbozó una enorme sonrisa.

Russell frunció el ceño aún más. Ella sabía que no era la clase de hombre que apreciaría que una mujer le dedicara una ancha sonrisa. Se enderezó y se acomodó el vestido. No era el momento para emoción infantil ni sonrisas tontas. Necesitaba mostrarse sensata y centrada. Con suerte, existiría una explicación sencilla para la desaparición de su tío, lo encontrarían y ella se quedaría tranquila de que estaba a salvo.

Y Russell podría volver a raptar mujeres y hacer las otras cosas que hacía ese hombre misterioso.

—Bien —dijo, y batió las palmas—. ¿Qué hacemos primero?

—Hablamos con su familia. Y luego yo sigo las pistas.

—No.

—¿No?

—Mi familia piensa que soy una tonta, y yo estoy decidida a ayudar.

Él se pellizcó el puente de la nariz.

—Lo más sensato es comenzar por su familia y no necesito su ayuda, miladi. Usted me contrató para que la ayudara a buscar a su tío y soy perfectamente capaz de hacerlo solo.

—Y sin embargo, no encontré ninguna pista durante estos días.

—Hice unas pocas averiguaciones rápidas, nada más.

—Pero yo conozco a mi tío mejor que nadie. Mis conocimientos serán invalores.

Él se quedó mirándola unos segundos, luego aflojó los hombros.

—De acuerdo. Puede ayudar. Pero hará lo que le diga. Nada de meterse en problemas.

Ella abrió ojos enormes.

—¿Cree usted que habrá problemas?

—Claro que no. Pero de todos modos, no quiero que se involucre en ellos.

—Sé cuidarme.

—Rosamunde —dijo él entre dientes.

—Me mantendré lejos de los problemas.

—Y necesitaremos hablar con su familia.

Ella hizo una mueca. Era probable que él tuviera razón. A pesar de que ella había tratado de hablar con su familia sobre el tío Albert, no le habían dado demasiada información y ninguno de ellos podía especificar cuándo lo habían visto por última vez. Quizá si Russell aportaba su imponente presencia, le darían información real.

—Muy bien. Pero le advierto: les gustan los perros.

Les gustan los perros. No había exagerado. En cuanto tiró del cordel de la campanilla de la amplia residencia londinense, se inició una cacofonía de ladridos. La puerta se abrió y una joven a la que casi confundió con Rosamunde salió a la carrera. Fue solo cuando miró hacia atrás que se dio cuenta de que un perro se había escabullido delante de ella. La muchacha levantó la pequeña bola rojiza e hizo una mueca de pesar.

—Disculpe al Señor Pompadour. Se entusiasma cuando hay visitas. —Lo miró de hito en hito, entornando los párpados al detenerse en su cara y exclamó: —Usted debe ser el investigador del que habló Rosie.

¿Investigador? Vaya, pues esa era una manera de describirlo.

—Soy yo. —No dio su nombre. Evitaba darlo, debido a su participación en el Club del Secuestro. Era mucho mejor para él moverse por los márgenes de la alta sociedad que correr el riesgo de que alguien lo reconociera de manera accidental.

—¡Pase! —declaró la joven y lo cogió del brazo para arrastrarlo más allá del mayordomo.

Russell apenas si tuvo tiempo de quitarse el sombrero y los guantes y lanzárselos al mayordomo antes de que lo arrastraran a un amplio salón. Los ladridos continuaron y varias mascotas se le enredaron alrededor de las piernas, mientras que un enorme perro blanco y negro le apoyaba las patas sobre el pecho. Él parpadeó y le dio una palmadita.

—Hum...hola, muchacho.

—Abajo, Rusty —ordenó una mujer.

Él miró más allá del perro y vio que Rosamunde trataba de arriar a todos los perros hacia sus varios dueños.

Varios dueños que tenían la mirada fija en él, y estaban inmóviles, con las tazas en camino hacia los labios o una galleta en la mano paralizada. Russell estudió la habitación que contenía varios sofás y sillones —todos diferentes— y se esforzó para que su mueca interior no quedara a la vista. Debía de haber por lo menos una docena de mujeres allí, pero ningún hombre. Desde algún otro salón se oían las risas de niños. ¿Cuántos familiares tenía Rosamunde, exactamente?

Inclinó la cabeza.

—Disculpad mi intromisión.

Rosamunde lo miró y él llegó a la conclusión de que su expresión debía de revelar el pánico que sentía.

—Tal vez debería hablar con el señor Russell...

—Ah, siéntese, señor Russell. —La joven se dirigió a un sillón y palmeó el sitio a su lado.

Bien, hasta allí había llegado su anonimato. Rosamunde se había mostrado muy en contra de que él conociera a su familia, pero evidentemente, había renunciado rápidamente a la idea de que

fuera algo secreto. Supuso que después de esto, ya no sería necesario ocultarse detrás de los árboles.

Una pena, realmente.

No. No, nada de eso. Era lo mejor. Lo último que necesitaba era volver a encontrarse apretado contra ella, mirándola y tratando de contarle las pecas o preguntándose cómo sabrían sus labios.

Él no se involucraba en romances ni en relaciones. ¿Cuántas veces iba a tener que recordárselo a sí mismo?

Mucho menos se involucraba con mujeres ricas de familias numerosas que tenían demasiados perros.

Vaciló y paseó la mirada alrededor del salón. El asiento que le ofrecían estaba ocupado ahora por otra bola de pelo, esta vez blanca y algo rizada. Un solo sillón quedaba libre, así que se dejó caer en él. Un fuerte sonido que solo podía describirse como una expulsión de gas sacudió la habitación. Él se puso de pie de un salto y un niño entró a la carrera.

—¡Ese fue el mejor! —El niño levantó el almohadón, sacó una corneta aire y la agitó delante de Russell. —Usted debe de ser pesado, señor, porque nunca hace un ruido tan fuerte con mis tías.

—¡George! —lo regañó Rosamunde—. Tía, dile que no debería hacerles eso a los invitados.

—Es solo una broma. Estoy segura de que el señor Russell debe de haber hecho muchas bromas cuando era niño —dijo una de las damas mayores agitando una mano.

En realidad, no las había hecho. No había tenido tiempo para bromas ni juegos en su niñez. Había pasado gran parte de su infancia preguntándose de dónde saldría su próxima comida y ya más de adulto, de dónde saldría su próxima moneda.

Rosamunde se sonrojó y le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

—Ya no debería correr peligro.

Russell se sentó lentamente, aliviado de no oír más ruidos corporales provenientes del sillón. Rosamunde se sentó junto a la joven que tenía un gran parecido con ella.

Él paseó la mirada por el salón y vio que todos lo observaban. Esto había sido un error. Un gran error. Gigantesco. No recordaba la última vez que había estado en una habitación con tanta gente, sobre todo mujeres adineradas. Su idea de socializar consistía en reunirse con los otros miembros del Club del Secuestro a tomar una cerveza. Diablos, hasta había evitado asistir al desayuno de celebración del matrimonio de Nash y Grace; se había quedado en el fondo de la iglesia y luego, una vez que ellos habían hecho sus votos matrimoniales, se había escabullido sigilosamente.

—Rosie dice que está usted investigando el paradero del tío Albert —dijo la jovencita con.. ¿el Señor Pompadour?

—Así es.

—No es necesario —declaró la dama a su derecha—. Está perfectamente bien. Le encanta desaparecer de un momento a otro. Siempre ha sido así.

Otra mujer asintió.

—Así es. Es su comportamiento habitual.

—Lady Rothmere no opina lo mismo —interpuso él.

—A Rosie nunca nada le parece normal —dijo la mujer mayor que estaba en el sillón junto a Rosamunde.

—Mamá —la reprendió ella en un susurro.

—Pero es cierto —insistió su madre—. No creo que Rosie haya tenido un pensamiento

normal en su vida. —Abrió grandes los ojos, ojos que eran muy parecidos a los de Rosamunde, aunque algo descoloridos por la edad. —No es que quiera decir que es débil mental ni nada de eso, señor Russell. —La madre se inclinó y palmeó la mano de Rosamunde. —Tiene una imaginación muy vívida y muchos hombres me han dicho que les encantan las mujeres con imaginación.

Russell se puso rígido. La madre de Rosamunde no se daba cuenta de lo que decía, pero la imaginación de él no podía más que trasladarse al dormitorio, donde hasta él, que últimamente evitaba al sexo opuesto, no podía dejar de pensar en cómo una imaginación activa podría resultar beneficiosa para un hombre.

—Mamá —dijo Rosamunde entre dientes.

—En fin, señor Russell, suficiente con este asunto de Albert. —La madre de Rosamunde se inclinó hacia adelante. —Háblenos de usted. ¿De dónde proviene su familia? ¿A qué se dedica su padre? ¿Es usted terrateniente?

CADA VEZ que su madre hablaba, Rosamunde sentía morir una parte de sí. Pronto sería un cascarón sin alma. Solo una funda marchita y arrugada, sostenida apenas por huesos.

No ayudaba que Russell tuviera esa constante expresión de incomodidad. Tampoco ayudaba que su primo hubiera escondido una corneta debajo de su sillón. Si solo se hubiera dado cuenta...

Esto había sido un error monumental. Ella podría haber interrogado a su familia por su cuenta. Debería haberlo hecho. En cambio, su madre lo miraba como a un potencial pretendiente. Para ser franca, casi no podía culparla. Russell podía tener una cierta aspereza en algunos sitios, pero su ropa hablaba a gritos de riqueza y era sumamente guapo. Hasta se había afeitado para la ocasión.

No era que ella notara esas cosas.

Miró hacia la puerta del salón. Si solo se hubiera puesto firme y se hubiera negado con firmeza a reunirse con su familia. Debió de creer que Russell tendría mejor suerte para sonsacarles información. Cada vez que conversaba con sus tías, la conversación invariablemente giraba hacia matrimonios o si estaba comiendo bien o si se había quedado al sol demasiado tiempo... cielos, ¿cómo una joven tan bonita podía tener pecas?

Nadie podía negar que Russell imponía su presencia. Rodeado por sus tías y primas en variados tonos femeninos y por los tenues tonos pastel del salón, parecía un alto roble rodeado de flores primaverales que arrojaba su sombra y atraía la atención de cada una de ellas. Hasta Mabel se veía algo turbada y Rosamunde no creía que nadie pudiera hacerle desviar la atención de su amado novio.

—No tengo familia —respondió Russell, tajante.

Oh. Ella sintió una punzada de compasión. Por más que su familia la llevara al borde de la locura, no imaginaba la vida sin ella.

—Lo siento —murmuró.

Él se encogió de hombros y le dirigió una rápida mirada.

—No tiene importancia.

La madre de Rosamunde se irguió ligeramente.

—¿Entonces está solo? ¿No tiene... mujer ni hijos?

Santo Cielo. Rosamunde contuvo el impulso de hundir la cabeza entre las manos.

—Mamá —dijo, apretando los dientes.

—Soy solo yo —respondió él.

—Interesante. —La madre de Rosamunde se llevó los dedos a los labios. —¿Le apetecería una taza de té, señor Russell? ¿O pastel? Tenemos en abundancia.

Él negó con la cabeza.

—No, gracias, miladi. Realmente debo pedirle que...

La tía Effie intervino, luego otra de sus tías y hasta la prima Emily comenzaron a hacerle preguntas. Él las evadió todas y reveló muy poco sobre sí mismo. Rosamunde no lo culpaba por esquivar las preguntas, pero tenía que admitir que despertaba su curiosidad.

¿Cuánto tiempo había vivido sin familia? ¿Se había casado alguna vez? Tenía edad suficiente como para haber tenido esposa alguna vez. Ella no sabía qué edad tenía exactamente, pero deducía que estaría cerca de los treinta años. Tal vez tenía alguna historia trágica en la que había perdido su familia en un naufragio y ahora no podía siquiera mirar el mar que tanto solía gustarle.

No. Qué absurdo. Estaba lleno de gente sin familia y sin historia trágica.

No obstante, era innegable que había despertado su curiosidad.

—Esto es atroz —le murmuró a Mabel.

—Les agrada —respondió Mabel—. Y eso no es malo.

Rosamunde negó con la cabeza.

—No necesito que les caiga bien. Necesito que respondan a sus preguntas.

Y Russell lo intentó. Por cada pregunta que esquivaba, les devolvía otra, pero nadie pudo decir cuándo había visto a Albert por última vez o había sabido algo de él. Parecía probable que Rosamunde fuera la última que había hablado con él y habían pasado tres meses.

—Es muy guapo, de una manera algo ruda —observó Mabel—. Entiendo por qué te gusta.

—¿Gustarme? —dijo Rosamunde por lo bajo—. No me gusta. Es decir, no me disgusta, pero no está aquí para que me guste. Me está ayudando a investigar.

—¿De verdad crees que tu tío Albert está en apuros?

—Sí.

—Pues pienso que si alguien podría encontrarlo, sería el señor Russell. Se lo ve muy decidido.

Rosamunde no pudo resistir echar una mirada a su mandíbula firme y sus fuertes hombros. “Decidido” era una manera de describirlo. A ella le venían a la mente continuamente palabras como *atractivo*, *impactante*, *intrigante*. Tal vez hasta *gallardo*. Dudaba de que Russell apreciara que se lo llamara gallardo, pero podía imaginarlo llevando a cabo hazañas heroicas con facilidad, como correr a salvar a su amada o blandir la espada para defenderse de una horda de enemigos.

Russell logró quedarse más de una hora antes de poner una excusa para marcharse. Todos los perros comenzaron a ladrar y bajaron de los sillones para saltarle a las piernas. Rosamunde se abrió paso para acompañarlo hasta la puerta y lo siguió hasta la calle.

—Lamento que no haya podido conseguir más información. —Entrelazó las manos delante del cuerpo. —Y le pido disculpas por mi familia. A veces pueden resultar intimidantes.

Una sonrisita se dibujó en los labios de él.

—Me he topado con cosas peores.

—Pues me gustaría escuchar esa historia algún día.

Él la miró durante un instante, luego pareció volver abruptamente al presente.

—No es una historia para los oídos de una dama —dijo, tajante, y la sonrisa desapareció.

—No soy...

—No fue una pérdida completa de tiempo, de todos modos. Una de sus tías mencionó el

Alfred Club.

—Ah, sí. Es un club de escritores. Solo para caballeros. Aunque el tío Albert siempre decía que era más lo que se bebía y se jugaba a las cartas que lo que se conversaba.

—Creo que sería buena idea visitarlo y hablar con algunos de sus conocidos. Tal vez les dijo dónde pensaba ir.

Ella asintió.

—Me parece una idea excelente. ¿Cuándo le parece ir? ¿Esta noche?

—Iré mañana. Solo. Por si lo ha olvidado, Rosamunde, usted ciertamente no es un caballero.

Ella abrió la boca y luego la cerró.

—Le haré saber lo que averiguo.

—Pero yo podría...

—Me pondré en contacto con usted.

Dio media vuelta y se alejó por la calle; sus piernas largas lo alejaron tan rápidamente que aun cuando ella lo llamó, no le pareció que la oiría.

—Ah, bah —refunfuñó.

Un club de caballeros. Qué interesante sería. Si solo pudiera pensar en la manera de entrar. Tal vez podría buscar una entrada de servicio o trepar por una ventana. ¿Pero entonces, cómo haría para conseguir información? Se llevó un dedo a los labios. Tenía que existir una forma de que pudiera participar. De ninguna manera pensaba permitir que Russell hiciera toda la investigación por su cuenta.

—Vas a tener que ajustarlo más.

Mabel dio un paso atrás y observó a Rosamunde con ojo crítico.

—Puedo ajustarlo todo lo que desee pero no hay manera de disimular tus... bueno, tus atributos.

Rosamunde exhaló y se miró en el espejo de pie. Una ajustada tela blanca le aplastaba los senos, pero igualmente se curvaban hacia afuera.

—No hay forma de que pueda hacerme pasar por un hombre.

—Lo intentaré de nuevo —se ofreció Mabel.

Rosamunde asintió y se preparó. Mabel tiró con fuerza de los extremos de la tela y Rosamunde hizo una mueca de dolor al sentir la presión contra la piel.

—Jamás creí que maldeciría el hecho de tener curvas —se quejó.

—¿Estás segura de que deberías hacer esto? ¿No hay que ser miembro del club para poder entrar?

—Se permite la entrada de familiares de miembros. Solo daré el nombre del tío Albert.

Mabel levantó la mirada hacia ella.

—Realmente no sé si te ves lo suficientemente masculina. Ni siquiera con la ropa de mi hermano.

—Sigue ajustando.

—Si tu madre se entera que he participado en esto...

—Nadie lo sabrá —le aseguró Rosamunde—. Me colaré por la entrada de servicio mientras el personal está cenando.

—¿No puedes simplemente dejar que el señor Russell haga su trabajo? —sugirió Mabel con suavidad.

—¿Y que sea el único que se divierte? Ni lo pienses.

—No sé qué tiene de divertido aplastarse los senos y colarse en un club de ancianos —murmuró Mabel.

—Tengo que hacerlo, Mabel. Tengo que encontrar al tío Albert.

—Pensaba que la idea de contratar a alguien era justamente para que no tuvieras que hacerlo tú.

—Contraté al señor Russell por sus conocimientos. Además, no puedes negar que la ayuda de un hombre te abre algunas puertas.

—Abre las puertas de clubes de caballeros, y ¡por eso no entiendo por qué estamos haciendo esto!

—Más ajustado —insistió Rosamunde.

—Nunca me dijiste dónde encontraste al señor Russell. Es sumamente guapo. No es de extrañarse que tu madre estuviera encantada con él.

Rosamunde hizo una mueca de pesar. Debería haberlo mantenido lejos de su familia de dementes. Al parecer, su madre había decidido que el señor Russell tenía suficiente dinero y era lo bastante guapo como para ser adecuado para su hija y ahora no dejaba de hablar de él. O tal vez su madre se había cansado de que Rosamunde no prestara atención a los hombres y creía que esto era tan buena manera de conseguir que se casara de nuevo como cualquier otra. En ambos casos, su madre se equivocaba. Russell podía ser rico, pero no parecía la clase de hombre que fuera a casarse.

—El señor Russell iba a ser tu secuestrador.

Mabel ahogó una exclamación.

—Ay, cielos. —Metió los extremos de la tela dentro de los pliegues y dio un paso atrás para admirar su trabajo. —Así está mejor, creo.

—Casi no puedo respirar, así que mejor que tengas razón.

—No sé cómo me hubiera sentido si me hubiera raptado el señor Russell.

Rosamunde frunció el ceño.

—Sabías que sucedería. ¿Por qué tendrías que haber sentido algo?

—Bueno, pues tiene ese aire algo oscuro y peligroso ¿no? Creo que habría sido de lo más atemorizador.

—Sí, lo fue, supongo—. Y algo emocionante y vigorizante.

—De todos modos les pagué, y también envié un largo mensaje de disculpas, pero igual me siento muy mal por el cambio de planes.

—Imagino que hay muchas otras mujeres para raptar.

—Me pregunto cómo un hombre se mete en algo así. —Mabel le alcanzó una camisa y la ayudó a meter los brazos en las mangas.

Rosamunde luchó con los botones y soltó un sonido de frustración.

—¡No sé cómo hacen los hombres con esto! ¡Están al revés!

—No lo hacen —le recordó Mabel—. Tienen valet.

—Dudo que Russell tenga uno. Me parece más bien independiente.

Y ahora lo imaginaba vistiéndose, poniéndose la camisa sobre los brazos fuertes y el pecho musculoso. Si ya le estaba costando respirar, Mabel se lo había puesto peor.

Mabel la ayudó con los botones y el pañuelo y luego con el resto de la ropa. Rosamunde se recogió el pelo en un rodete tenso, lo sujetó con una peineta simple y añadió el sombrero.

—¿Y si tienes que quitarte el sombrero?

Rosamunde se miró en el espejo e hizo una mueca al ver su imagen.

—Ojalá hubiera tenido tiempo de comprar una peluca. Se inspeccionó con atención y levantó la barbilla. Se veía masculina, sí, aunque muy joven. A la luz de las farolas del club ¿seguramente podría pasar por un hombre?

—Tal vez deberías dejarle todo esto al señor Russell.

—Nunca.

—No tiene nada de malo permitir que un hombre te ayude, sabes —dijo Mabel, mientras le alcanzaba los guantes.

—No necesito ayuda.

—Entonces, ¿por qué lo contrataste?

Rosamunde soltó un suspiro. Mabel jamás lo entendería. Adoraba a los hombres y adoraba depender de ellos. Cuando Rosamunde pensaba en tener hombres en su vida, se parecían a su tío

Albert. No por mayores ni algo rellenos, desde luego, sino porque la respetaban y también respetaban su opinión. Ciertamente no se casaban y luego pasaban la menor cantidad posible de tiempo con ella. La consideraban un par y deseaban su ayuda.

No, *necesitaban* su ayuda.

Russell no lo sabía todavía, pero iba a necesitar su ayuda, de eso estaba segura. Y aunque pensaba respetar la experiencia de él y las puertas que podría abrirle por ser hombre, no pensaba dejar que fuera el único que se divertía.

RUSSELL HIZO UNA MUECA. La mujer tenía que estar desquiciada. Era la única explicación posible.

Vestida con ropa de hombre, caminaba de un lado a otro por la entrada del club. Él sacudió la cabeza. Cómo no la habían echado de allí todavía, no lo sabía, pero no había manera de que pasara por un hombre. Ni siquiera por un muchacho, para el caso. Sus curvas estaban disimuladas bastante bien, pero era imposible confundir esa cara bonita, aun detrás de gafas más grandes de las que llevaba habitualmente.

Fue hasta ella y la cogió del brazo. Ella soltó un chillido decididamente femenino.

—¿Qué hace aquí? —murmuró él.

Ella abrió grandes los ojos al ver que se trataba de Russell. Lo miró de hito en hito.

—Se lo ve muy elegante.

No era la respuesta que esperaba; él nunca pensaba en cómo se veía con ropa formal ni si les resultaba atractivo a las mujeres. Vestía ropa elegante porque en un tiempo no había tenido nada. Apenas si había tenido zapatos de su talla, ni qué hablar de prendas de calidad. El hecho de que usara esa ropa no tenía nada que ver con causar buena impresión en nadie.

Pero una parte extraña de su ser se alegraba de que ella pensara que se veía bien.

—Salgamos de aquí antes de que alguien se dé cuenta de quién es usted y quede envuelta en un escándalo —dijo.

—Nadie me ha visto todavía. —Intentó resistirse a la fuerza con que tiraba de su brazo hacia la puerta.

—Créame, alguien se fijará en usted muy pronto. Como hombre, es desastrosa.

—Pero...

—Ya he hecho averiguaciones. No hay necesidad de que esté aquí.

—Pero...

—Venga. —Tiró de su brazo y ella suspiró y dejó que la guiara hacia las calles oscuras.

Russell le soltó el brazo y ella resopló y se acomodó el chaleco. Él le miró el tórax con el ceño fruncido.

—Le pedí a mi prima que me vendara el pecho —explicó Rosamunde.

Él levantó la mirada de inmediato. Diablos. Lo habían pillado.

—No estaba pensando...

Ella se apretó la chaqueta contra el cuerpo.

—¿Cómo logró entrar? No es socio ¿verdad?

Él sonrió con expresión burlona.

—¿No cree que soy lo suficientemente listo?

Rosamunde frunció el ceño.

—No. No me parece la clase de hombre que disfruta de la compañía de otros hombres.

Russell buscó una respuesta. Ella no se equivocaba.

Un carruaje se detuvo afuera de la puerta del club y dos caballeros descendieron del vehículo, que volvió a ponerse en movimiento. Los hombres saludaron con un movimiento de cabeza y uno de ellos miró a Rosamunde con expresión confundida.

Russell la cogió del brazo y la llevó hacia las sombras del edificio.

—¿En qué estaba pensando? —exclamó—. No puede hacerse pasar por un hombre.

—Me pareció que me veía muy bien. —dijo ella, levantando la barbilla.

—Es demasiado bonita.

—Ah.

—Para no mencionar que es imposible disimular algunas cosas.

—¿Algunas cosas?

—Sus, hum... —Dibujó unas curvas con las manos. —La chaqueta es demasiado corta para ocultar... hum.

—¡Ay! —Rosamunde se cubrió la cara con las manos. —Solamente me miré de frente. —Frunció el entrecejo. —Demonios. ¿Por qué Mabel no me dijo nada?

—Si lo hubiera hecho, ¿la habría escuchado?

Ella no pudo reprimir una sonrisa.

—Supongo que no.

Russell la llevó más hacia las sombras cuando un hombre salió del edificio, silbando. Protegidos como estaban contra la parte lateral del edificio, él podía distinguir la expresión de Rosamunde, pero nada más.

—Debería regresar a casa enseguida, antes de que alguien la vea. ¿Tomó un carruaje para venir aquí?

Ella negó con la cabeza.

—Vine andando.

—¿Andando? Por Dios, mujer, está más loca de lo que creía.

Ella cruzó los brazos.

—No estoy loca. Mi casa no está lejos de aquí y diría que una de las ventajas de ser un hombre es que todos te dejan en paz.

—Hasta los hombres son víctimas de robos.

—Apostaría a que usted nunca lo ha sido.

—Tuve bastantes situaciones desagradables cuando era más joven.

—Pero no ahora que es mayor.

Él se encogió de hombros.

—Creo que no. —Hizo un ademán hacia ella. —Pero aun si alguien creyera que usted es un hombre, a mi juicio, sería un hombre muy diferente de los demás.

Muy. Tenía expresión ingenua y juvenil. Sus labios se curvaban demasiado, su nariz era demasiado pequeña. Su piel demasiado tersa. Y además, él no podía olvidar ese trasero. Todas las mujeres deberían usar pantalones, pensó. Ver cómo la tela se adhería a sus nalgas era mucho más atractivo que cualquier vestido. Inspiró hondo y se obligó a concentrarse en la cara de Rosamunde.

—La acompañaré a su casa —suspiró.

—No es necesario, realmente.

—Sí que lo es.

—Supongo que podrá contarme lo que averiguó.

—No mucho, me temo.

Le ofreció su brazo y ella estuvo a punto de tomarlo, pero ambos debieron de recordar que se

suponía que ella era un hombre y pusieron algo de distancia entre ambos. Echaron a andar lentamente. Las calles todavía estaban concurridas por carruajes que pasaban cada pocos minutos. Había menos transeúntes de los que se verían de día, cosa que lo alegraba. Menos posibilidades de que alguien reconociera a Rosamunde.

—Hablé con varios conocidos de su tío, pero ninguno pudo decirme demasiado, solo que hacía tiempo que no lo veían.

—Tal vez se ha metido en problemas. —Rosamunde se mordió el labio. —Espero que esté bien.

—Lo encontraré —le aseguró él.

—Lo encontraremos —lo corrigió ella.

Antes que Russell pudiera protestar, Rosamunde ahogó una exclamación y lo cogió del brazo. Él apenas si tuvo tiempo de preguntarse qué sucedía cuando Rosamunde lo empujó contra la pared. Se quitó el sombrero y la peineta, que cayeron al suelo y le arrojó los brazos alrededor del cuello.

—¿Qué demo...?

Ella apretó sus labios contra los de él. Con fuerza.

Russell trató de comprender qué sucedía. Pero en lo único que podía pensar era en que ella apretaba la boca contra la suya. Y que sabía muy dulce. Y que lo único que él necesitaba hacer era deslizar las manos hacia abajo y apoyarlas sobre ese trasero que lo tenía tan obsesionado.

De manera que hizo lo que haría cualquier hombre de sangre caliente; tras deslizar las manos hacia abajo, le apretó las nalgas. Ella gimió contra su boca y él utilizó la oportunidad para saborear más profundamente esa dulzura.

Dios bendito, qué dulce sabía. Y qué tibia...

Ella se movió contra él, apretando el pecho extrañamente firme contra el suyo. Él la sujetó con fuerza y ella enredó los dedos en el pelo de Russell, que asomaba debajo de su sombrero. Volvió a gemir cuando él apartó la cabeza y le mordió suavemente el labio inferior antes de volver a besarla con ardor. Ella ladeó la cabeza para que el beso fuera más profundo y él soltó un gemido.

Ardía de deseo. Podría jurar que nunca había ardido de esa manera. Apretó las caderas de ella con más fuerza, hasta que chocaron contra las suyas. Era una ventaja que no estuviera la barrera de faldas voluminosas. Se frotó contra ella, apartó los labios de su boca y le mordió suavemente el cuello. Sintió cómo ella se estremecía.

Rosamunde le palmeó el hombro e inspiró temblorosamente.

—Creo que se han ido ya.

Él levantó la cabeza y miró hacia la calle. Una pareja joven caminaba del otro lado de la calle, centrados en no mirarlos.

—¿Quiénes?

—Una amiga —respondió ella—. Temía que pudieran reconocerme.

Él la soltó, sintiendo como si le hubiera arrojado un cubo de agua helada. Había estado tratando de ocultarse. *Por eso lo había besado.*

—¿ENTONCES creyó que esta era la mejor manera de ocultarse?

—Bueno, pues nadie quiere mirar a una pareja que se está besando ¿verdad?

—Sí. Claro.

—Creo que funcionó. —Rosamunde le sonrió. —Tuve que tomar una rápida decisión.

Él se acomodó la chaqueta y recogió el sombrero y la peineta, lo que le dio un momento para inspirar el aire fresco de la noche. Se acomodó los pantalones antes de volverse hacia ella, pero no era mucho lo que podía hacer para disimular su excitación, sobre todo en vista que ella la había sentido contra su cuerpo hacía escasos segundos.

Le entregó el sombrero y la peineta.

—La llevaré a su casa antes que sienta la necesidad de volver a besarme.

Ella parpadeó y frunció el entrecejo por un instante.

—Por supuesto —dijo alegremente—. ¿Investigamos la casa de mi tío mañana?

—¿Nosotros?

—No pensó que lo dejaría ir solo ¿verdad?

Claro que no lo había pensado. Pero había albergado un poco de esperanzas. De esa manera, podría recuperar la compostura y no pensar en la sensación del cuerpo de ella contra el suyo y ciertamente no preguntarse si volvería a tener una oportunidad de besarla.

Rosamunde alzó la pesada bolsa sobre su hombro. Russell observó el incómodo objeto con gesto adusto.

—Puede dejarlo en el carruaje —le dijo.

Ella apretó la bolsa contra su costado.

—Dios mío, no. Podríamos necesitarlo.

Por qué necesitarían una bolsa que parecía estar hecha con una alfombra descolorida pisoteada por muchas, muchas botas embarradas, no lo sabía, pero no iba a discutirlo. No hoy. De hecho, si pudiera evitar toda conversación con ella, sería mejor. Incluso, si pudiera evitar mirarla, también sería perfecto. Así tendría la oportunidad de no sentir absolutamente nada por ella. Qué maravilloso sería. Volver a moverse por la vida sin sentir nada por una mujer.

Bueno, no cualquier mujer. Una mujer desquiciada, pecosa, curvilínea y hermosa que tocaba alguna fibra sensible que él no sabía que poseía y que lo hacía querer hacer por las que nunca antes había sentido interés.

Como... conversar, por amor de Dios.

Se estremeció mientras rodeaban la casa del tío de Rosamunde por un costado. Las pocas amantes que había tenido anteriormente sabían poco de él y él sabía menos de ellas. Así le gustaba que fuera.

Dios. Sacudió la cabeza. Ella no era su amante. Tampoco lo sería nunca. Los enredos no eran para él. No los deseaba y sabía muy bien que se manejaría muy mal en un enredo, especialmente con alguien como Rosamunde, que merecía mucho más.

—Seguramente no ha estado en casa desde hace un tiempo —murmuró ella, mirando a Russell, que la seguía. Pateó un gran diente de león. —Mire, él nunca dejaría que su jardín estuviera así.

—¿No tiene un jardinero, acaso?

Ella negó con la cabeza y se puso de puntillas para espiar por la ventana ligeramente empañada del costado de la casa.

—Solo tiene un mayordomo y un cocinero. El tío Albert siempre decía que no hay nada como tierra entre los dedos para sentirse humano.

Russell se sentía inclinado a discrepar. Había pasado demasiados días sucio, sentado en las calles. Aunque su ocupada agenda y su incapacidad para permanecer en un solo lugar durante mucho tiempo significaban que a menudo no se afeitaba y su pelo crecía demasiado, siempre estaba limpio. Odiaba pasar sin lavarse.

—¿Y el mayordomo y el cocinero, dónde están?

—En casa de mi tía Petunia. Dividen su tiempo entre las dos casas cuando el tío Albert no

está. Lo cual ocurre con frecuencia.

—Deberíamos hablar con ellos si esto no nos lleva a ninguna parte.

Ella asintió.

—Ya lo había pensado, pero mi tía Petunia es la que más escéptica se muestra en todo este asunto.

—¿Escéptica? —preguntó Russell.

—Cree que debería haber vuelto a casarme tan pronto terminó mi período de luto y piensa que paso demasiado tiempo soñando con algo diferente y que carezco de sentido práctico. —Arrugó la nariz. —A mi tía Petunia nunca le caí del todo bien.

—Bueno, puedo ir solo —se ofreció él. La tal tía Petunia no podría acusarlo a él de carecer de sentido práctico, eso estaba claro. No creía que alguien alguna vez lo hubiera acusado de ser otra cosa que realista, e incluso a menudo lo acusaban de ser demasiado cínico.

—No quisiera imponerle a mi tía Petunia.

—Si eso le evita tener que enfrentarse a ella, no me importa. —Encogió los hombros. —En mi vida he enfrentado cosas mucho peores que una tía con cara de amargada.

—Eso es muy galante de su parte. —Rosamunde soltó una risa ligera. —Y mi tía Petunia tiene una cara excesivamente amargada y se sabe que asusta a muchos hombres.

No había intentado ser galante. En gran parte, quería mantener alejada a Rosamunde por un tiempo, para poder respirar un poco. Incluso ahora, mientras merodeaban alrededor de la parte trasera de la casa, en dirección a la puerta, la sentía demasiado cerca. Percibía su fragancia a vainilla y no podía dejar de mirarle el trasero mientras recordaba lo suave y delicioso que se había sentido.

Cerró los ojos por un instante, inspiró hondo y concentró su atención en la puerta. Una puerta simple, aburrida y monótona. Negra con un picaporte dorado. Nada emocionante aquí. Algunos arañazos como si un gato o un perro hubieran intentado entrar. Verdaderamente aburrido. Nada que pudiera no hacerlo pensar en Rosamunde.

Y en sus nalgas.

Demonios, otra vez con lo mismo.

Probó el picaporte.

—Está cerrada con llave. ¿Tiene una llave?

—Un momento. —Rosamunde abrió la bolsa y su brazo entero desapareció dentro de la fea tela. Él vio que movía el brazo y algo tintineó. Rosamunde sacó un pequeño objeto de metal dentado.

—Aquí está.

Russell lo inspeccionó.

—¿Una ganzúa?

Ella asintió y le indicó que se apartara.

—He estado deseando utilizarla.

Él parpadeó mientras ella se arrodillaba y empujaba la ganzúa en la cerradura. Sus labios se fruncieron en concentración mientras la movía rápidamente hacia arriba y hacia abajo.

—Rosamunde, tal vez debería...

Se oyó un ligero chasquido y la puerta se abrió. Ella se levantó, sonriente y volvió a guardar la ganzúa en la bolsa.

Russell sacudió la cabeza y la siguió dentro de la casa.

—¿Cuándo demonios aprendió a abrir cerraduras?

—Oh, bueno, hace un tiempo ya. Me parecía una habilidad útil, pero esta es la primera

oportunidad que tengo de usarla.

Él volvió a negar con la cabeza y la siguió hacia el salón. La casa ciertamente parecía haber sido habitada por un excéntrico soltero. Una copa de brandy vacía reposaba junto a un desgastado sillón; la mancha marrón en el fondo de la copa indicaba que había pasado tiempo desde que había contenido alguna bebida alcohólica. La mayoría de los muebles no hacían juego y estaban deteriorados. Russell pasó el dedo por la fina capa de polvo en la estantería más cercana.

—Ciertamente ha pasado tiempo desde que estuvo en casa.

Rosamunde asintió.

—Todo parece normal. No hay señales de violencia.

Russell levantó una botella de vino vacía, abandonada frente a una fila de libros.

—Francés —murmuró—. Difícil de conseguir después de la guerra.

—Sí, es su vino favorito.

—Lo probé en Francia. No me impresionó demasiado, pero aquí se vende caro.

—¿Estuvo usted en la guerra?

Él asintió.

—¿Me lo contaría?

Russell se puso tenso e inspeccionó más de cerca los títulos en la estantería, sintiendo la mirada de ella sobre él.

Cielos, tal vez no debería haber preguntado. Tenía primos y un tío que habían luchado en la guerra y contaban historias sombrías. Quizás Russell había pasado por alguna experiencia traumática.

—Perdóneme por entrometerme.

Él negó con la cabeza.

—No importa. La guerra es guerra. Violenta, caótica y confusa.

Ella asintió.

—Puedo imaginarlo.

—Espero que nunca tenga que experimentarlo —dijo él, con expresión sombría.

—¿Por qué dejó el ejército?

Russell le dirigió una mirada. Ella entendió perfectamente. Era una mirada que veía con frecuencia cuando hacía demasiadas preguntas. Cállate, Rosie. Deja de hacer preguntas, Rosie. Ya basta, Rosie. Por qué su ruidosa familia pretendía que se comportara de manera diferente, no lo sabía. Después de todo, ellos tampoco eran precisamente tímidos.

—Debería ir a ver si ha empacado algo de ropa. Así sabremos si se marchó por su propia voluntad.

Una sonrisa se dibujó en los labios de él.

—A la mayoría de las personas no las raptan, ¿sabe, Rosamunde?

—Si me pasó a mí, puede pasarle a cualquiera —respondió ella con una sonrisa, antes de guiarlo hacia el primer piso.

Las escaleras sinuosas crujían bajo sus pies y el primer piso estaba ligeramente inclinado, haciendo que uno quisiera abrazarse la pared. Ella pasó por las habitaciones de invitados hasta llegar a la principal; giró el pomo de la puerta y luego empujó. La puerta no se movió. Frunció el ceño.

—Debe estar cerrada con llave.

Russell se colocó delante de ella y probó la puerta él mismo.

—No hay cerradura y si hay un cerrojo por dentro, habría tenido que salir por la ventana o

algo así.

Aunque su tío se jactaba de ser aventurero, ella no podía imaginárselo escalando por la ventana. Últimamente sufría dolores en las articulaciones y había engordado un poco con la edad.

—No creo que fuera a hacer tal cosa.

Él movió el pomo de la puerta y luego empujó con el hombro.

—Está atascada. Puedo entrar, pero podría romper la puerta.

Rosamunde lo pensó durante un momento. ¿Le molestaría a su tío volver a casa y encontrar una puerta rota?

—Hágalo. —Si alguien lo entendería, sería él, sobre todo si realmente estaba en problemas como ella temía.

Con la mano en el pomo de la puerta, Russell retrocedió unos pasos y luego empujó con fuerza con el hombro. La puerta se astilló y un crujido agudo resonó en la silenciosa casa. Russell puso un dedo en el marco de la puerta rota, del que colgaba un trozo de metal.

—Un cerrojo.

Tal vez su tío Albert realmente se había ido por la ventana. Rosamunde abrió lentamente la puerta y entornó los ojos en la habitación sombría. Las cortinas estaban cerradas, al igual que la ventana.

—¿Tío Albert —llamó suavemente en la oscuridad, aunque no veía señales de ocupación humana.

Dio un paso adelante. O al menos, tuvo intención de hacerlo. Russell alargó un brazo y la sujetó por la cintura.

—¡Espere!

Russell la detuvo bruscamente y ella fue vagamente consciente de un ruido metálico en el momento en que sus manos se apoyaron sobre el pecho de él. El corazón de Russell latía con fuerza contra la palma de su mano y ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué...? —logró articular en un suspiro.

Él la sostuvo por un momento, envuelta en sus brazos. Uno de ellos rodeaba su cintura, mientras que el otro la sujetaba por los hombros. Aunque ella quisiera mantener cierta distancia, no podía hacerlo. Rosamunde dejó que sus ojos se posaran brevemente sobre el mentón de él, con barba de un día, mientras inhalaba el aroma de jabón y un poco de humo de leña. Ahora se daba cuenta de que sabía muy poco sobre este hombre. Podía hablar de las cicatrices en su cara o de cómo se sentía su cuerpo contra el de ella. Hasta podía describir cómo besaba.

Y vaya si besaba bien.

Pero no era mucho más lo que podía decir de él. Desconocía dónde vivía y si se dedicaba a otra cosa además de secuestrar mujeres para ganarse la vida, o si tenía amigos. Lo único que podía decir sobre él era que su cuerpo se sentía absolutamente perfecto contra el de ella y que no había podido dejar de pensar en aquel beso.

¿Quién podría culparla, en realidad? Era la clase de beso que una imaginaba desde que era adolescente. La clase de beso que la hacía temblar de solo pensar en él. La clase de beso del que una les hablaba a las amigas y todas suspiraban.

Por supuesto, no se lo había contado a nadie. Supondrían que estaba teniendo una aventura y si se lo permitía, ella misma podría imaginarlo y eso sería verdaderamente una tontería. Dudaba que un hombre como Russell pasara demasiado tiempo pensando en besos o la sensación que le provocaban. Es más, dudaba de que un beso le provocara una sensación extrema, ni siquiera el de ella.

Había tratado de quitarle importancia al hecho de haber estado en sus brazos y necesitaba seguir así. Se habían besado porque ella necesitaba ocultarse, nada más.

Russell la miraba con expresión inescrutable. Ella posó los ojos sobre su boca y recordó lo suave que la había sentido contra la suya. Él esbozó una sonrisa, como si ella le resultara divertida y luego la soltó. De no haber sido por la pared que estaba a sus espaldas, Rosamunde podría haber caído al suelo. Apretó ambas manos contra el entelado de la pared e intentó disimuladamente recuperar el aliento. Levantó la mirada hacia Russell y sintió que se le retorcían las entrañas.

—No me mire así —dijo, tajante.

Él frunció el ceño.

—¿Así, cómo?

—No lo sé. De una manera desconcertante; me hace sentir... bueno, desconcertada.

Él sonrió.

—Lo intentaré, miladi.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No se burle de mí.

—Jamás —le aseguró él, y sus ojos volvieron a oscurecerse.

—Lo está haciendo otra vez.

Él se enderezó ligeramente e hizo un ademán hacia el dormitorio en penumbra.

—Estuvo a punto de perder un pie.

Ella miró hacia donde Russell señalaba y ahogó una exclamación. Había una oxidada trampa de metal delante de la puerta cuyos dientes filosos se habían cerrado con fuerza.

—Madre mía. —Casi había olvidado que el debió sujetarla contra él por un motivo, no porque simplemente hubiera sentido la necesidad de volver a besarla.

Ojalá la hubiera besado.

Sacudió la cabeza y miró dentro del dormitorio, cuidándose de no entrar.

—El tío Albert no tenía enemigos, pero le gustaba sentirse intrigante. —Hizo un ademán hacia la trampa. —Esto no me sorprende demasiado, pero tal vez encontremos alguna pista de por qué podría haber armado la trampa.

Él puso un brazo delante de ella antes de pudiera cruzar el umbral.

—Deje que eche un vistazo —ordenó—. No sería una buena idea que perdiera un pie, sobre todo en vista de que logré devolverla sana y salva tras un secuestro fallido.

—A penas sana y salva —observó Rosamunde antes de que Russell pudiera entrar en la habitación.

Él miró la trampa para animales. Un segundo más y habría estado sujetando a Rosamunde mientras alguien le amputaba la pierna destrozada. Sintió que se le revolvían las entrañas. Estúpido. Tonto. Debería haber estado prestando más atención y pensando menos en besarla o arrastrarla hasta la cama para hundirse en su aroma y su suavidad.

Por supuesto, ella se refería a que se había golpeado la cabeza al saltar del carruaje.

Russell se giró para mirarla.

—¿Por qué saltó del carruaje? Podría haberse matado.

Ella levantó la barbilla.

—Mejor que ser capturada viva por un secuestrador.

—¿En serio?

—Al fin y al cabo, no sabía que usted no era realmente un secuestrador.

—¿No tuvo miedo?

—Claro que sí. Pero me daba menos miedo el salto que usted. —Una sonrisa le dibujó arrugas alrededor de los ojos. —Puede resultar muy intimidante, Russell. Sobre todo, enmascarado.

Él sonrió, sin poder contenerse.

La mujer estaba loca, de eso no había dudas. Había quedado inconsciente tras golpearse la cabeza saltando de un carruaje en movimiento y no se arrepentía. Jamás había conocido a una mujer como ella.

—Sabe, en ningún momento se mostró arrepentido.

Él parpadeó.

—¿Por qué?

—Por secuestrarme, por supuesto.

Él frunció el ceño y pensó en aquel día. Recordaba haberla tocado. Mucho. Recordaba la sensación del cuerpo de ella bajo el suyo, la suavidad de sus muslos. La determinación en su mirada, el valor en su lucha. Sin embargo, no recordaba haberse disculpado más que de una manera muy rápida.

—Pues... supongo que lo lamento profundamente, entonces.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—No está hecho para humillarse, Russell.

—Nunca me he humillado en mi vida.

—No lo dudo.

—Aunque podría decir que el hecho de que me esté ayudando ahora casi alcanza como disculpa.

—Me paga usted por ello —le recordó él.

—Entonces significa que sigue en deuda conmigo.

Él se lamentó para sus adentros. No quería deberle nada. Jamás había tenido una deuda en su vida y lo que menos necesitaba era un motivo para seguir involucrado en la curiosa vida de Rosamunde. Ya la había experimentado demasiado para su gusto. Si no tomaba recaudos, comenzaría a gustarle y ¿dónde lo dejaría eso? ¿Ansiando algo que jamás tendría? Sacudió la cabeza. Cuando antes encontrara al tío, mejor. Entonces podría volver a su vida nómada de secuestrador.

Entró cautelosamente en la habitación y miró a su alrededor. Una tenue nube de polvo danzaba en la rendija de luz que se filtraba por las cortinas. Alzó la mirada, esperando que algún instrumento de tortura medieval colgara desde el techo o que flechas flamígeras surgieran de los costados del dormitorio, pero ninguna otra trampa se reveló. Hizo un gesto para que Rosamunde lo siguiera.

—Tenga cuidado —le advirtió.

Con un golpecito del pie, ella apartó la trampa.

—El tío Albert posee muchas pertenencias preciadas, pero no logro entender qué podría necesitar proteger en su dormitorio.

Russell cerró la puerta y palpó el pestillo roto.

—Ni siquiera parece estar fijado correctamente. Pudo haberse soltado de manera accidental.

—No creo que la trampa haya sido dejada allí por accidente, sin embargo.

—No —asintió él.

Rosamunde deambuló por la habitación; pasó el dedo por el marco de un cuadro, rozando con la mano la repisa de la chimenea, escudriñando cada esquina.

—¿Qué busca? —preguntó él.

—El vizconde tenía varias puertas secretas en su casa.

—Dudo que una casa de este tamaño tenga una ¿no cree?

Ella se encogió de hombros.

—Algunas casas más pequeñas tenían escondites para sacerdotes, por la proscripción de los curas católicos.

Él se tensó al oír un clic. Rosamunde esbozó una sonrisa triunfal y abrió con suavidad un panel en la pared, apenas lo suficientemente grande como para que cupiera un niño.

—¿Ve? —Su cabeza se perdió dentro del hueco. —No puedo creer que mi tío nunca me haya mostrado esto. —Su voz tenía eco. —Está un poco oscuro.

Russell abrió las cortinas.

—¿Mejor?

—Mejor. —Retiró su cabeza. —Puedo meterme dentro. Solo ayúdeme un poco.

—No es necesario que entre.

—Bueno, pues difícilmente cabría usted ¿verdad? —Señaló con el pulgar hacia el hueco. — Y me pareció ver algo.

Él soltó un suspiro.

—De acuerdo.

Rosamunde volvió a meter la cabeza por la pequeña abertura y Russell la sujetó de las piernas; el trasero de ella quedó apoyado su hombro, mientras se acomodaba dentro. Él fijó la mirada en el paisaje mal pintado a su derecha, frunciendo el ceño al ver las feas manchas verdes

que pretendían ser árboles, al tiempo que hacía lo posible por ignorar la sensación de tener el trasero de ella tan cerca de su rostro. Rosamunde emitía pequeños sonidos de esfuerzo mientras se retorció para abrirse paso y él cerró los ojos.

Mala idea.

Abrió enseguida los ojos. Tras sus párpados cerrados, era demasiado fácil imaginar que esos sonidos eran para él. Demasiado fácil imaginar cómo la cargaría sobre los hombros, la dejaría sobre la cama y le levantaría las faldas para poder contemplar ese trasero en todo su esplendor. También la saborearía. Le abriría las piernas y...

—Ay...

De repente, las piernas de Rosamunde se soltaron de sus manos y ella cayó en el hueco. Russell asomó la cabeza por la abertura y la encontró tendida en el fondo de un hoyo de más de un metro de profundidad. Ella se retorció y logró ponerse de pie.

—¿Se encuentra bien?

Asintió y se acomodó las gafas en la nariz.

—Solo un poco despeinada.

—Despeinada —repitió él, distraído. Le gustaba cómo lucía despeinada. Hacía que sus dedos ansiaran despeinarla aún más. Sacudió la cabeza.

—¿Qué hay allí dentro?

Ella se inclinó y recogió un montón de cartas.

—Solo estas cartas y unas cuantas botellas y adornos. —Levantó una botella. —Más vino francés.

—Llévese los papeles. Los examinaremos adecuadamente en breve.

Ella los dobló y los guardó en el escote del vestido, luego extendió las manos para que él las agarrara. Russell miró dónde habían desaparecido los papeles y tragó saliva.

—¿Qué pasa?

—¿No podría haber encontrado un mejor lugar para ellos? —cuestionó.

—Bueno, siempre está mi liga —respondió ella.

Él resistió el deseo de hundir la cabeza en las manos. ¿Qué iba a hacer con esta mujer?

—¿Todavía tiene un cuchillo allí?

—Uno nuevo, sí —afirmó ella, sosteniéndole la mirada—. Usted me hizo perder el último.

Con un suspiro, Russell la cogió de los brazos y la sacó a medias del agujero. Una vez que estuvo casi libre, la tomó de la cintura y la puso de pie.

—¿Qué voy a hacer con usted? —masculló.

—Se me ocurren algunas cosas —respondió ella.

Oh, no. No había querido decir eso en voz alta. Tal vez él no la había oído.

No. Por la ceja arqueada, estaba claro que la había oído. Russell retiró las manos de su cintura como si hubiera estado tocando fuego.

Lo cual no estaba muy lejos de la verdad. Cada parte de ella se sentía ardiente, como si la hubiera estado sosteniendo sobre las llamas. Rosamunde sopló un mechón de pelo de su rostro, inspiró una gran bocanada de aire y la contuvo durante unos momentos.

También había mentido. No se le ocurrían solo algunas cosas. Oh, no, se le ocurrían muchísimas. Quizás cientos si tuviera tiempo para reflexionar al respecto. Podía besarla, por ejemplo. Tocarla de nuevo, en segundo lugar. Llevarla a la cama, en tercer lugar. Tal vez quitarse la chaqueta y la camisa, en cuarto lugar.

Bueno, esto no ayudaba con el calor que se precipitaba por sus venas. Soltó el aliento y se acomodó el vestido.

—Es decir... hum...

—¿Qué ha encontrado? —preguntó él bruscamente.

—Ah, sí. —Ella sacó los papeles del escote y los desplegó. —Parecen ser cartas. Deberíamos leerlas en busca de pistas.

—Puede leerlas usted. —Russell miró detrás de ella. —¿Hay algo más?

Rosamunde negó con la cabeza.

—Nada que parezca importante. Algunas botellas de vino, una caja de madera y joyas antiguas. Seguramente pertenecieron a mi abuela, pero no parecía que tuvieran valor.

—Casi no valía la pena colocar una trampa por esto —reflexionó Russell.

—Quizás haya algo en estas cartas que nos pueda decir por qué decidió poner la trampa.

Él arregló las mangas de su chaqueta.

—Léalas y nos reuniremos mañana.

—Todavía queda toda la tarde para investigar.

Los labios de él se curvaron en esa extraña y esquiva sonrisa que ella comenzaba a reconocer. No aparecía con frecuencia, pero era casi tan misteriosa como esa mirada en sus ojos.

—Tengo otras cosas que hacer, Rosamunde, pero estoy seguro de que es usted capaz de leer unas cuantas cartas viejas por su cuenta.

—¿Qué otras cosas?

La sonrisa de él se ensanchó.

—¿Acaso debo revelarles cada uno de mis movimientos?

—Bueno, le estoy pagando.

—¿Así que supongo que ahora le pertenezco?

Qué idea. No le molestaría en absoluto. Le ordenaría que hiciera muchas cosas.

No. Se dio un sacudón mental. Había oído hablar de mujeres que hacían ese tipo de cosas, pagarles a jóvenes y apuestos hombres para que fueran sus amantes, como cortesanas. No tenía ningún deseo de hacer eso. Si Russell alguna vez... hiciera el amor con ella, no quería que fuera porque ella le había pagado.

No es que él fuera a hacer tal cosa y pensarlo era una tontería. Una vez más, había dejado que su imaginación se desbocara. Lo que lo mantenía aquí era el trabajo, nada más.

—No quise decir eso —murmuró.

—Espero que no. —Su mirada se volvió oscura, su postura casi amenazadora. —No volveré a pertenecerle a nadie.

—¿Volver? —Rosamunde parpadeó. —¿Se refiere a cuando era soldado?

—Algo así.

Ella abrió la boca para preguntar más, pero la postura amenazadora no había desaparecido, así que la cerró. Por lo visto, lo que estaba en el pasado de este hombre esquivo se quedaría allí, pero, Santo Cielo, vaya si despertaba su curiosidad. Qué historias tendría para contar. Sin duda, eran cien veces más emocionantes que las historias de su tío Albert.

—¿Dónde nos encontraremos? —logró decir, en lugar de hacer las cientos de otras preguntas inadecuadas que ardían en su mente.

—En algún sitio tranquilo.

—Entonces en mi casa no, ¿verdad? —dijo ella con una sonrisa.

—No. —La postura de Russell se relajó y sus labios se curvaron ligeramente.

Rosamunde pensó un instante.

—Tal vez en la biblioteca de suscripciones Harris en Piccadilly. Estará agradable y tranquilo allí. Siempre pensé que sería un buen lugar para un... —Se mordió los labios.

—¿Un qué? —preguntó él.

—Un encuentro —dijo Rosamunde en voz baja y se preparó, esperando una reprimenda.

—Un encuentro —repitió él—. ¿Tiene usted una necesidad frecuente de encuentros secretos? Ahora no sabía cómo responder. ¿Estaba insinuando que ella tenía amantes? ¿O algo más?

—Nunca la he usado para encuentros —se apresuró a explicar—. Es decir, en realidad, no me reúno con nadie. —Sopló un mechón de pelo de su rostro. —Bueno, por supuesto, me reúno con algunas personas. Pero no de manera secreta, claro. Especialmente no con hombres. —Cerró la boca de golpe.

Señor, ahora había empeorado las cosas diez veces más. Tal vez debería ir a meter el pie en esa trampa para animales y terminar con todo. Una buena amputación seguramente pondría fin a esta conversación. Que importaba si había si había tenido amantes. Era viuda. Mientras fuera discreta, no importaría. Dudaba que a Russell le importara, de todos modos.

Levantó la barbilla.

—Si quisiera, podría hacerlo.

Él le sostuvo la mirada durante tanto tiempo que Rosamunde se quedó sin aliento. El tic-tac de un reloj resonaba en alguna otra habitación y afuera, los pájaros gorjeaban.

—No tengo ninguna duda de que podría —dijo él finalmente—. Ninguna duda.

—Bien.

—Bien.

Ella apretó los labios.

—Entonces...

—Mañana, entonces.

—Ah, sí, mañana. En la biblioteca. ¿Al mediodía, digamos?

Él asintió.

—Al mediodía.

—Perfecto.

—Excelente.

El hizo un gesto hacia la puerta.

—Después de usted, entonces.

—Claro, sí. —Rosamunde se movió rápidamente por la casa y estuvo a punto de tropezar al bajar las escaleras; salió al aire fresco, inhaló varias veces, deseando que desapareciera el calor de sus mejillas. Este hombre tenía la habilidad de hacerla sentir inestable, como si estuviera parada en un bote de remos, a punto de caer al lago Serpentine. Y lo más tonto era que, si no fuera por su ridícula incapacidad para controlar su lengua, bien podría gustarle esa sensación.

Necesitaba ponerle fin a esto lo antes posible. Lo que también significaba encontrar a Albert lo antes posible.

Russell entrelazó las manos detrás de la espalda y caminó junto a las estanterías, contemplando las letras doradas sobre lomos rojos, verdes y azules. El aroma a pergaminos y algo de polvo flotaba en el aire. Se detuvo para mirar un título y lo retiró; abrió cuidadosamente el cuero rígido y pasó un dedo sobre el título de la página interior. Interesante. Tendría que ver si podría conseguir una copia propia.

Lo cerró abruptamente cuando la puerta de la biblioteca se abrió con un crujido, sintiéndose culpable incluso por haber tomado un libro. Soltó un suspiro. No era necesario que se sintiera de ese modo. Leía perfectamente bien. De hecho, leía más rápido que la mayoría de los hombres que conocía y con una mayor comprensión del texto, pero eso no evitaba esa incómoda sensación en su estómago que le recordaba que un hombre como él no debería haber sido capaz de leer, mucho menos de disfrutar de los libros. Solo gracias a su determinación, de niño se había alfabetizado por su cuenta.

Gracias a ella y a algunos libros cuidadosamente seleccionados que habían terminado en su poder mediante lo que se podría considerar medios ilegales.

En fin, los había robado. Pero no se arrepentía en absoluto. En su opinión, la educación debería ser accesible para todos, sin importar la riqueza.

Rosamunde le hizo un pequeño saludo con la mano y se apresuró a acercarse, con una sonrisa demasiado encantadora en su rostro.

Oh, sí, era necesario terminar con esto.

Sobre todo porque la sonrisa de ella le hacía sentir cosas extrañas por dentro. ¿Quién hubiera pensado que un hombre como él podría emocionarse por una simple sonrisa?

—No sabía si ya estaría aquí. Pensé que tal vez tendría que darle acceso —dijo ella, mientras se desataba el lazo del sombrero. Russell se distrajo con el movimiento rápido de sus dedos y luego con el brillo de los rizos oscuros bajo la luz tenue de la lámpara.

—Conozco a algunas personas.

Ella lo miró y dejó el sombrero sobre la mesa más cercana.

—¿Personas?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que algunas personas me conocen. O al menos han oído hablar de mí. Eso me facilita el acceso a ciertos lugares.

Rosamunde sacudió la cabeza y sonrió.

—Para alguien que se comporta de manera tan misteriosa, eso me resulta sorprendente.

—¿Misteriosa?

—Ya sabe, todo este aire sombrío y reservado que lo rodea.

—No me considero sombrío.

—Un poco, sí. Además, revela la menor cantidad de detalles posibles sobre sí mismo y es bastante... bueno, furtivo, supongo.

Él arqueó una ceja.

—No esperaba una disertación completa sobre mi personalidad. —Hizo un ademán hacia el salón. —Pensé que quería hablar de nuestro plan.

—Créame, Russell, aún no he descifrado su personalidad, por lo que sería imposible disertar sobre ella.

Él no pudo evitar acercarse un poco. Solo porque la luz de la lámpara era tan tenue, por supuesto. No porque quisiera mirar más de cerca sus ojos o recordar esas pecas que brincaban en su nariz.

—¿Por qué querría hacerlo?

Ni esa sonrisa que danzaba en sus labios.

—Oh, a estas alturas ya debe saber que me encantan las buenas historias. Y usted, señor Russell, sin duda tiene una.

—No es una historia interesante.

—Lo dudo.

Él negó con la cabeza y se permitió una leve sonrisa. No había escapatoria: la mujer estaba loca. Ninguna otra mujer había mostrado interés en su historia. Ciertamente, no querían escuchar sobre su vida en las calles o en el ejército. Ninguna siquiera llegaba a darse cuenta de que probablemente era más rico que la mitad de las personas que ellas conocían. Lo cual era perfecto. Le gustaba así. Si no lo conocían, no crearían lazos afectivos y él tampoco lo haría.

—¿Empezamos? —Sacó una silla para Rosamunde.

—Por supuesto. —Rosamunde se sentó, puso las cartas sobre la mesa y palmeó la silla a su lado. —¿Quiere sentarse? Ya es bastante difícil ladear la cabeza para mirarlo cuando estoy de pie, mucho más desde una posición sentada.

Él se movió rápidamente y se sentó en la silla junto a ella; frunció el ceño cuando la pierna de Rosamunde rozó la suya a través de las faldas. Un chispazo de calor lo recorrió. Era pura locura. Un simple roce de piernas y se sentía como un joven que veía por primera vez el muslo de una mujer.

Inspiró profundamente y se arrepintió de inmediato. Ella olía a azahar combinado con la fragancia limpia del jabón. Seguramente se había bañado esta mañana y...

Maldición, ahora la imaginaba en el baño, toda enjabonada y mojada, con el cabello oscuro sobre la piel húmeda. Apretó los dientes y se concentró en la superficie brillante de la mesa de caoba. No era un jovencito a merced de su recién descubierta libido, ni un novato desesperado por tocar a una mujer. Él era Marcus Russell, huérfano convertido en soldado, luego en empresario y controlaba cada aspecto de su vida, incluidos sus deseos.

—Resulta que algunas de estas cartas eran un poco... hum, subidas de tono. —Las mejillas de Rosamunde se sonrojaron bajo la tenue luz.

Señaló con el dedo una línea en la carta superior y las palabras “pecho”, “sabor” y “lamer” llamaron la atención de Russell.

Soltó un sonido de protesta.

—¿Qué pasa? —Rosamunde lo miró de reojo. Parecía preocupado y tenía el ceño fruncido.

—Nada. —Russell sonrió. —Solo espero que esto nos dé una pista.

—Pues creo que sí la da. Estas cartas son de una amante de mi tío. Nunca me mencionó nada al respecto, lo cual es curioso.

Russell se quedó mirándola.

—¿Su tío acostumbra contarle los detalles sórdidos de sus amoríos?

Ella se quitó las gafas, las limpió contra su manga y se las volvió a poner.

—Bueno, para ser franca, no sabía que tuviera un amorío, pero por lo general no me oculta nada. —Él la miró con escepticismo. —Soy viuda, Russell. Una mujer adulta. Estoy bastante al tanto de cómo funcionan los amoríos y no necesito que me protejan de esa clase de conocimiento.

—No me lo recuerde —murmuró él.

—¿Perdón?

Russell señaló la fecha en la parte superior de una de las cartas.

—Estas son de hace quince años.

—Sí, pero mi tío las tenía escondidas. Me pregunto por qué.

—Quizás la mujer estaba casada.

—Ella no menciona a un marido.

—No es precisamente romántico escribirle a un amante sobre su marido ¿verdad?

—Es cierto. —Rosamunde se llevó un dedo a los labios. —¿Cree que un marido celoso tuvo algo que ver con su desaparición? ¡Dios mío, y si le han hecho daño o lo han retado a duelo? Es buen tirador, pero su vista no es mucho mejor que la mía.

—No nos dejemos llevar. Esto podría no ser nada. Si no encontré cartas más recientes, seguramente la relación no continúa.

—Solo estaban estas. Se extienden a lo largo de un año. —Desplegó las cartas.

—Vale la pena seguir investigando. ¿Ha descubierto quién es la dama?

—Sí y no. Se llama Mary, pero no hay apellido. Sin embargo, su dirección está escrita en el exterior de la mayoría de estas cartas. —Volteó una para mostrársela.

—Es en la zona oeste de Londres.

—Así que no está lejos de aquí.

—Por supuesto, no significa que ella todavía viva allí. —Russell cogió una carta y la inspeccionó. —Parece ser... una, eh, aventura apasionada.

Rosamunde asintió. Le resultaba algo extraño pensar que el tío Albert estuviera envuelto en ese tipo de relación, pero en un tiempo había sido un hombre apuesto y tenía mucha personalidad. Tenía sentido que esa mujer estuviera tan enamorada de él. También le daba un poco de envidia.

—¿Qué pasa? —preguntó Russell. Su mirada se posó en ella y la dejó ligeramente sin aliento.

—No es nada.

—Rosamunde... —insistió él.

Bueno, la estaba presionando, así que supuso que podría decirlo.

—Me preguntaba cómo sería tener una aventura amorosa apasionada.

—Ah. —La miró con atención. —Supongo que su matrimonio no fue de ese tipo.

—Estuvo... bien. —Encogió los hombros. —Mejor de lo que la mayoría de las mujeres podrían esperar de un marido mayor, supongo. Él era bastante agradable, pero no pasábamos mucho tiempo juntos y creo que yo lo aburría.

—Es más probable que él no tuviera energía para usted.

Rosamunde frunció los labios.

—¿Lo cree?

—Sería difícil para mí ignorar a una esposa hermosa como usted, a menos que hubiera una buena razón. Y no es usted precisamente del tipo sedentario.

—Creo que no.

No debería hacerlo, pero no pudo evitar aferrarse a las palabras de él. La consideraba hermosa. Y eso le gustaba. Demasiado. La habían llamado bonita o atractiva, pero generalmente eran familiares y eso no significaba nada. Después de todo, tenían sus propias preferencias. Pero viniendo de Russell, no podía evitar creerlo. No tenía motivo para decir algo así y no parecía la clase de persona que repartiera cumplidos a diestra y siniestra.

—En cierta manera, siento lástima por su marido.

Ella arrugó la nariz.

—¿En serio?

—Atrapado con una mujer hermosa pero sin saber qué hacer con ella.

—Bueno, estoy segura de que él... —Sintió calor en las mejillas. No era una mojigata, pero ciertamente no esperaba estar hablando de las habilidades de su difunto esposo en materia de dormitorio, o la posible falta de ellas.

—Lamento que la hayan descuidado. No debería haber sucedido. —Los ojos de él adquirieron esa mirada oscura e insondable, como si ella estuviera mirando dentro de un pozo profundo de oscuridad y no pudiera ver el fondo, por más que se inclinara hacia él.

Si no tenía cuidado, se inclinaría demasiado y caería, pensó Rosamunde. El corazón le latía con fuerza ante las palabras no dichas que parecían flotar en el aire.

Yo no te descuidaría.

Él sería un amante excelente. Incluso con su falta de experiencia, Rosamunde sentía esa certeza latiendo en su cuerpo. Él se movía con mucha confianza, hablaba como si nunca hubiera tenido que preocuparse por si estaba equivocado o no. Además, la había besado con tanta habilidad que si cerraba los ojos, podía recordarlo y sentirse excitada y lista para escabullirse a su dormitorio de nuevo.

—Russell... —logró murmurar, sin siquiera estar segura de por qué necesitaba decir su nombre.

Él retrocedió un poco.

—Deberíamos ir a este lugar, entonces. —Señaló la dirección. —Pero también necesitamos una lista de los demás lugares que le gusta visitar a su tío, por si no encontramos nada.

Ahí estaba. Se había inclinado demasiado y había caído al pozo solo para aterrizar en el fondo con un chapoteo frío y húmedo. El mero hecho de que se imaginara besos y algo más detrás de las palabras elogiosas de él no significaba que algo de eso existiera. ¿Cuándo aprendería? La vida no se parecía en nada a sus fantasías. Y Marcus Russell no la deseaba. No la deseaba ahora ni la desearía nunca, probablemente.

Russell ayudó a descender a Rosamunde del coche de alquiler y pagó al cochero. Era un alivio que ella hoy no hubiera tenido acceso al carruaje familiar, ya que se habría sentido como un auténtico impostor en ese lujoso vehículo. Además, encontrarse lejos de la casa de Rosamunde significaba que podía evitar a su familia y su naturaleza inquisitiva. Por qué estaban interesados en él, no tenía idea.

Tampoco tenía mucha idea de si todas las familias eran así. Podría preguntarle a Guy o Nash, pero ninguno de ellos tenía mucho contacto con sus propias familias. Nash, últimamente, tenía aún menos contacto, aunque su relación con su padre estaba en etapa inicial.

Si no fuera que lo presionaban para sacarle información, probablemente encontraría divertidos los modales bulliciosos y alborotados de la familia de Rosamunde.

Probablemente.

La verdad era que no sabía cómo sentirse respecto de ellos. Ni siquiera sabía si deseaba sentir algo. Desde luego, no ayudaría en absoluto en lo referente al deseo desmesurado que sentía por Rosamunde. Desde ayer en la biblioteca, tras enterarse de la negligencia de su esposo, no podía dejar de pensar en ella.

Pensar en ella no era algo inusual últimamente, se dijo con ironía, pero ahora era peor. Ahora no podía dejar de pensar en qué desperdicio había sido su matrimonio. No podía dejar de imaginarla, sola, inexplorada. Apretó los dientes. No era virgen, pero por lo que parecía, estaba bastante cerca de serlo. Lo suficiente para volver loco a cualquier hombre.

Ella se llevó una mano al sombrero y levantó la mirada hacia la alta casa adosada de color crema. Él también lo hizo. Aunque no se encontraban en la parte más codiciada de Londres, la calle Grosvenor era respetable, con aceras limpias y acceso a un pequeño parque al otro lado de la calle.

—Espero que todavía viva aquí.

Él también lo esperaba. Y que la mujer pudiera llevarlos hasta su tío Albert, para que él pudiera volver a hacer lo que mejor sabía hacer: secuestrar mujeres y ganar dinero en lugar de estar demasiado involucrado en la vida de una mujer pecosa que blandía un cuchillo.

Y, tonto como era, también esperaba que ella no viviera aquí.

Russell tocó la campanilla y se apartó, indicándole a Rosamunde que avanzara delante de él, mientras el sonido de la campanilla resonaba en toda la casa.

—Usted se ve menos amenazadora que yo.

—No diría que se ve amenazador —murmuró ella—. Más bien... intimidante.

—¿Y eso es mejor?

—Tal vez.

La puerta se abrió lentamente y un hombre con unas cejas blancas y pobladas, espesa barba blanca y unos pocos mechones de pelo adheridos a la cabeza apareció en la rendija. Entornó los ojos cansados, manteniéndose encorvado.

—Ciertamente no es Mary —murmuró Russell entre dientes.

—¿Sí? —gruñó el hombre y el volumen de su voz hizo que Rosamunde diera un respingo.

—¿Aquí vive Mary? Perdone la molestia...—dijo Rosamunde.

El hombre frunció el ceño.

—¿Modestia? ¿Qué modestia? —gritó el hombre.

—¡Mary! —Rosamunde elevó la voz—. Busco a Mary.

La puerta se abrió más y una atractiva mujer de senos generosos y pelo de un rubio pálido y descolorido les sonrió.

—Soy Mary. ¿En qué puedo ayudaros?

—Ah, qué bien. —A Rosamunde se le iluminaron los ojos. —Estamos buscando a Sir Albert Wood. Pensamos que podía conocerlo.

—¿Sir Albert Wood? —dijo ella en voz baja, dirigiendo una mirada al anciano.

—Sí. —Rosamunde entrelazó las manos. —Es mi tío —explicó.

—Creo que será mejor que demos un pequeño paseo. —Mary tocó el brazo del anciano. —Ve adentro, solo conversaré con esta dama.

—¿Rama? ¿Dónde hay una rama? —dijo el anciano.

Mary sonrió y movió la cabeza.

—No puedes perder todo el tiempo tu corneta para escuchar. Sé que lo haces adrede.

—No lo hago adrede —masculló él—, pero la perdería menos si dejaras de ordenar todo el tiempo.

Mary cruzó los brazos.

—Ah, cuando quieres escuchas bien, veo.

—Sí, soy feo. —El anciano guiñó un ojo a Rosamunde y se metió dentro de la casa.

—Disculpadlo —dijo Mary—. Le gusta hacerme bromas. Lo mantiene divertido.

Rosamunde hizo una mueca.

—No sabíamos que estaba casada.

Mary se rió.

—No, es mi padre. Vino a vivir conmigo tras la muerte de mi madre. La mayor parte del tiempo es buena compañía. —Cogió un chal de detrás de la puerta, se lo pasó por sobre los hombros y cerró la puerta. —Miró a Rosamunde con atención. —¿Así que es usted la sobrina de Albert?

Ella asintió.

—Veo un aire de familia. —Mary miró a Russell. —¿Y este es su marido?

—No —se apresuró a responder él.

Ella arqueó las cejas.

—Pues si estuviera en su lugar, lo remediaría cuanto antes —le dijo a Russell—. No conseguirá joven más bonita y si en algo se parece a Albert... pues digamos que nunca se aburrirá.

Santo Dios, ¿todas las mujeres vinculadas con la familia de Rosamunde eran tan descaradas? Se miró los pies para esquivar la mirada curiosa de ella.

—Venid —ordenó Mary—. No me apetece hablar sobre mi amante aquí. Conociendo a mi padre, seguro que ha encontrado su corneta y la está sosteniendo contra la puerta.

Siguieron obedientemente a Mary hasta el pequeño parque. Aunque era un día precioso,

había poca gente; seguramente preferían dirigirse a Hyde Park para hacerse ver.

—¿Así que usted es la amante de mi tío? —preguntó Rosamunde.

Mary la miró.

—Es usted muy joven. No sé si debería escuchar esto.

Rosamunde levantó la barbilla.

—Soy viuda.

Mary emitió un ligero sonido.

—Las mujeres casadas casi nunca saben lo que es tener un romance. Sabe Dios que sus maridos son inútiles. Por eso nunca me casé. —Suspiró. —Podría haberme casado con su tío si me lo hubiera pedido.

—¿Cuándo lo vio usted por última vez? —quiso saber Rosamunde.

—Ay, cielos... —Frunció el ceño. —Debe haber sido hace unos quince años, tal vez.

—Ah.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Mary—. ¿Está en problemas? Y, debo preguntaros, ¿cómo me habéis encontrado? —Miró a Russell. —¿Es usted un investigador o algo así? Tiene aspecto muy sagaz.

Rosamunde no pudo más que sonreír al ver cómo Russell miraba a Mary. No sabía cómo tomarse su cumplido.

—Hum...

—El señor Russell me está ayudando a encontrar al tío Albert —explicó—. Hace meses que está desaparecido.

Mary frunció la nariz.

—Tenía tendencia a desaparecer por un tiempo.

Rosamunde asintió.

—Pero nunca por tanto tiempo, y además, siempre me escribía. Esta vez no he recibido ni una sola carta.

—¿Cuál sobrina es usted? —Mary se detuvo para mirarla con atención.

—Lady Rosamunde Stanley.

—Rosamunde —repitió ella—. Ah, sí, la niñita de frondosa imaginación. Recuerdo que él la adoraba. —Mary sonrió. —Albert era todo un hombre. —Una sonrisita se dibujó en sus labios. —Sabía cómo hacer que una mujer se sintiera... bueno, divina.

Rosamunde observó a la atractiva mujer mayor e intentó imaginar a su tío como un seductor descarado, pero no lo logró. El tío Albert tenía su encanto y una personalidad magnética, pero también tenía una nariz grande, barriga redonda y rodillas doloridas.

—¿Entonces no lo ha visto últimamente? —insistió Russell.

Ella negó con la cabeza.

—Ojalá pudiera decir que sí, pero por desgracia, ninguno de los dos queríamos casarnos y nuestra relación terminó cuando mi madre murió y Papá se mudó conmigo. No pasa un día sin que piense en él. —Mary se retorció las manos. —¡Espero que se encuentre bien!

—Yo también —dijo Rosamunde.

—¿Pero cómo me encontrasteis? Mantuvimos nuestra relación muy en secreto.

—Él guardó sus cartas —explicó Rosamunde.

—Cielos. —Mary se cerró el chal alrededor del cuello y sonrió. —Me había olvidado de ellas. Qué maravilla que todavía las tenga. Yo no las he conservado, pero no puedo negar que él tiene un sitio en mi corazón.

Rosamunde le sonrió.

—Usted debe de haber significado mucho para él. Las conservó con otras pertenencias preciadas.

—Me agrada saberlo. —Mary suspiró. —Me gustaría poder ayudarla, pero lamentablemente no lo he visto desde la última vez que estuvimos juntos.

Rosamunde exhaló con pesar. Estaba segura de que Mary sabría algo de su tío. Al parecer, la única pista sobre el paradero de él no había llevado a nada y no veía ningún motivo para que Mary les mintiera. No parecía ser deshonesto y por más que Rosamunde tuviera la costumbre de ver cosas que no estaban allí, por lo general detectaba cuando alguien mentía.

—¿Nos lo hará saber si tiene noticias de él? —dijo Russell.

Mary asintió.

—¿La familia sigue residiendo en Westham House?

—Sí. Puede escribirme allí.

Se detuvieron cerca de la entrada del parque y Russell se pasó una mano por la mandíbula.

—¿Se le ocurre algún sitio donde podría estar?

—Iba a tantos lugares... —Mary encogió los hombros. —Le gustaba frecuentar el Queen's Head cuando me visitaba. Tenían buena cerveza, decía, a pesar de la ubicación. Pero no creo que esté allí.

Tampoco lo creía Rosamunde. El tío Albert se consideraba un conocedor de bebidas alcohólicas, pero no era la clase de hombre que se emborrachara y desapareciera durante meses dentro de una taberna, de todos los lugares posibles.

—Conozco el lugar —dijo Russell.

—Creo que al menos deberíamos comprobar si ha estado allí recientemente —declaró Rosamunde.

Russell se tensó.

—Podemos hablar de eso dentro de un momento.

—Debería regresar con mi padre. —Mary dio media vuelta y se detuvo. —Avíseme cuando lo encuentre. Y tal vez podría sugerirle que me busque de nuevo. —Sonrió con expresión coqueta.

—Así lo haré, gracias. —Rosamunde la miró regresar con prisa a la casa y sacudió la cabeza. —Nunca imaginé al tío Albert como un amante apasionado.

—Todos tenemos profundidades ocultas.

Rosamunde lo miró y se frotó la punta de la nariz.

—No sé si las mías están ocultas. Nunca se me dio bien hacerme la misteriosa y seductora.

Él levantó un hombro.

—No es de esperar que una mujer como usted llevara un cuchillo en la liga. —Se inclinó hacia ella. —A algunos hasta podría resultarles seductor.

Rosamunde sintió un ardor en las mejillas al recordar las manos de él sobre sus muslos, mientras buscaba el cuchillo.

—Sin embargo, yo prefiero a las mujeres desarmadas —añadió él rápidamente.

El calor desapareció de inmediato del rostro de Rosamunde. Claro que sí. A nadie le interesaba una mujer con una mente llena de aventuras. A menudo sospechaba que los hombres temían no estar a la altura de sus expectativas. Para ser franca, no se equivocaban. Russell, sin embargo...

Bueno, ciertamente cumplía con algunas de esas expectativas. Misterioso, apuesto, bastante temerario...

Sacudió la cabeza.

—¿Vamos a la taberna?

—Iré yo.

—¿Dónde está ubicada?

—No lejos de los muelles.

—Incluso podríamos ir a pie desde aquí.

Él negó con la cabeza.

—La acompañaré a su casa y luego haré averiguaciones.

—Pero eso no tiene sentido —protestó Rosamunde—. Podríamos llegar allí caminando en media hora.

—Rosamunde, los muelles no son lugar para damas y dudo que este establecimiento lo sea, si está cerca de allí.

—Quiero ir.

—¿Ha puesto siquiera un pie en los muelles?

Ella levantó la barbilla.

—Una vez.

—¿Y en una taberna?

—He estado en muchas posadas para viajeros.

—Estos lugares son muy diferentes de las posadas para viajeros elegantes que suele frecuentar, se lo aseguro.

Ella hizo un movimiento displicente con la mano.

—No veo por qué. Sirven comida y cerveza. ¿En qué pueden ser tan diferentes?

Él le dirigió una mirada dura.

—Muy diferentes, como acabo de decir.

—Si no me lleva, iré por mi cuenta.

—No irá, Rosamunde, punto final.

S í que iba a ir. Por qué creía que podría convencerla de volver a su casa, no lo sabía. ¿Acaso todavía no había aprendido nada sobre la tozudez de esta mujer?

Pensó por un momento en cargársela al hombro y meterla dentro de un coche de alquiler, pero dudaba de que ella fuera a quedarse dentro. La endemoniada mujer seguramente volvería a arrojarle del carruaje y no podía dejar que se lastimara otra vez por culpa suya.

—Bien, terminemos con esto —dijo entre dientes.

Parecía poco probable que Albert estuviera escondido en una posada desde hacía meses, pero valía la pena averiguar si alguien lo había visto. Si pudieran descubrir cuáles habían sido sus últimos movimientos en Londres, sería más fácil encontrarlo.

Sacudió la cabeza. ¿Por qué Albert frecuentaba una zona tan peligrosa? Nada de buena cerveza, tan pronto Russell pudo salir de los barrios bajos lo había hecho, y solo volvía allí si era estrictamente necesario.

La guió por las calles congestionadas y atravesaron el mercado. Rosamunde se apresuraba para seguirle el paso, por lo que él le tendió la mano. En gran parte porque no quería perderla en la multitud. No porque le agradara cogerle la mano ni ninguna tontería como esa. Los puestos estaban atestados de vendedores que ofrecían a gritos su mercadería, lo que tornó imposible la comunicación hasta que Russell tomó por uno de los callejones. Le soltó la mano y flexionó los dedos.

Claro que no echaba de menos la sensación de los dedos de ella entrelazados con los suyos. Claro que no.

—No todos tenemos piernas tan largas como las tuyas ni podemos caminar tan rápido —dijo ella, sin aliento, manteniéndose a la par de él.

—Tenemos que seguir en movimiento. Si parecemos perdidos, llamaremos la atención.

—Pues usted no parece perdido.

—No lo estoy.

—¿Cómo conoce tan bien esta parte de Londres?

Él frenó por un instante y paseó la mirada alrededor del sucio callejón. Prendas harapientas y sucias colgaban de las ventanas y desde detrás de las paredes ennegrecidas por el hollín se escuchaban gemidos de niños que probablemente estaban hambrientos.

—He pasado mucho tiempo aquí.

—¿Pero, por qué?

Él siguió andando sin prestar atención a la pregunta. Rosamunde corrió tras él.

—¿Es por los secuestros?

—No.

—¿Trabaja cerca de esta zona, tal vez?

—No.

—Ah, es voluntario en el asilo de pobres y no quiere que sepa que es amable y bondadoso.

—De ninguna manera.

—Igual pienso que es amable y bondadoso —dijo ella por lo bajo.

—No soy nada de eso.

—Muy bien, pues entonces debe de ser propietario de alguna institución o tal vez de un barco. —Levantó la mirada hacia él. —Pienso que debe tener plantaciones de cacao en algún sitio o que comercia con café.

Él tenía varios negocios a su nombre, así que no estaba completamente equivocada. Sin embargo, él trataba de ser propietario de la menor cantidad de cosas posibles. “Cosas” significaba echar raíces y formar vínculos. La vida era demasiado frágil para eso.

—Rosamunde —dijo en tono de advertencia.

—En realidad, lo veo también como un capitán de ultramar.

—Rosamunde...

—No, creo que no. Pienso que más bien trabaja con niños huérfanos. Les lleva presentes y golosinas pero no quiere que nadie lo sepa, por temor a que piensen que tiene corazón.

—Demonios, Rosamunde, crecí aquí. En estos callejones sucios. Y créame, no tengo corazón. Creo que lo perdí aquí, en estas mismas calles.

Ella se inmovilizó, obligándolo a detenerse.

Russell apretó los dientes.

—¿Podemos seguir andando?

—No puede contarme algo así y pretender que no quiera saber más.

—Rosamunde, por una vez en su vida, ¿puede controlar su curiosidad?

Ella sacudió enérgicamente la cabeza.

—No creo que sea capaz de hacerlo.

Él no pudo contener una pequeña sonrisa. No debería agradarle la curiosidad de ella. Era lo que menos necesitaba. ¿No podía ser una de esas mujeres sumisas y mansas que eran demasiado temerosas como para hacer preguntas, y dejarlo hacer su trabajo?

—De acuerdo. Puede hacerme tres preguntas. Nada más.

—¿Tres preguntas?

Él levantó tres dedos.

—Una, dos y tres. Y una vez que me las haya hecho, nunca más podrá hacerme preguntas personales.

Ella se llevó un dedo a los labios.

—No sé qué tienen de malo las preguntas personales. Nadie nunca murió por hablar de sí mismo.

—Estoy seguro de que hubo varios prisioneros en la torre que habrían tenido mejor suerte si se hubieran callado la boca.

Ella hizo un movimiento con la mano.

—Esas son circunstancias excepcionales y además, usted no es mi prisionero.

¿No? Él no podía evitar sentir que desde el momento en que la había raptado en su carruaje ella lo había capturado y envuelto en su mundo, al que él decididamente no pertenecía. Era incapaz de negarse. Juraría que era peor que sufrir torturas en la Torre de Londres.

—Tres. Tómelo o déjelo.

—De acuerdo. Lo tomaré.

Siguieron andando por el callejón hasta que salieron al camino que llevaba a los muelles. Una bruma fina se levantaba del agua y serpenteaba alrededor de sus tobillos, en un extraño contraste con el día cálido.

—¿Y bien? —dijo él al ver que ella guardaba silencio.

—Estoy pensando —respondió Rosamunde—. Si solo tengo tres, debo utilizarlas con inteligencia.

Russell alzó los ojos al cielo con gesto impaciente. No debería haberle ofrecido ni siquiera tres. A nadie le interesaba la sombría historia de su vida y a él tampoco le gustaba hablar de ella. Guy Huntingdon, el conde de Henleigh, sabía parte de ella, solo porque se habían conocido a través del interés común por un negocio, y antes de ofrecerle trabajar para El Club del Secuestro, le había preguntado por su pasado. Ni siquiera Nash conocía sus raíces.

—¿A qué edad quedó huérfano?

—A los cinco años.

—Diablos, qué pregunta desperdiciada. —Levantó la mirada hacia él. —¿No puede contarme más?

—Esa es la pregunta número dos. Y no, no puedo.

—Esa no fue una pregunta, lo sabe perfectamente bien. Todavía me quedan dos.

Él le pasó un brazo alrededor de la cintura y la atrajo hacia él.

—Pues tendrán que esperar. —Hizo un movimiento de cabeza hacia un edificio; en la calle, delante de él, había varios hombres alcoholizados. —Hemos llegado.

ROSAMUNDE OBSERVÓ EL EDIFICIO. Las paredes que en un tiempo habían sido blancas, estaban sucias con polvo y hollín de la calle. La puerta principal tenía la marca de una bota. Frunció el entrecejo. Por qué alguien habría levantado tanto la pierna era algo que no podía imaginar. Claramente esto no se parecía en nada a las pulcras posadas para viajeros en las que a veces se alojaba. La mayoría de las veces, si viajaban al campo, algunos de sus muchos conocidos tenían la amabilidad de hospedarlos durante unos días en sus elegantes propiedades rurales.

La taberna se parecía un poco a las que imaginaba en la costa, sobre algún acantilado rocoso donde aullaba el viento, más que apretada entre galpones y construcciones derruidas. Pensó que en cualquier momento entraría alguien con violencia, blandiendo una pistola o que funcionarios aduaneros derribarían la puerta y arrestarían a una banda de contrabandistas.

Nadie entró ni salió y un hombre que estaba apoyado contra el edificio soltó un eructo sonoro.

Miró a Russell, que estaba esperando su reacción. Esperaba que se mostrara asustada. Que se comportara como una dama de la alta sociedad y se negara a entrar.

Qué poco la conocía. Ella no veía la hora de entrar en este otro mundo. Podría ser solo otra parte de Londres y no estar a más de una hora de su casa, pero representaba lo desconocido... y nada la entusiasmaba más.

Levantó la barbilla, empujó la puerta para abrirla y entró; sus ojos tardaron unos instantes en adaptarse a la luz tenue. Las ventanas sucias apenas dejaban entrar la luz del día, que se filtraba a través de los huecos entre los edificios de más altura que rodeaban la taberna. Sus zapatos se pegaban al suelo al caminar y varias cabezas se volvieron bruscamente al oír el ruido de la puerta. Rosamunde inhaló profundamente y enderezó los hombros. No, ella no pertenecía a este lugar, pero, demonios, no iba a permitir que nadie la asustara y la hiciera marcharse.

No solo porque quería hacer esto, sino porque no podía permitir que Russell pensara que

despreciaba el pasado de él. Russell se mantenía cerca, con una mano en la parte baja de su espalda. El contacto era íntimo, pero a ella le gustaba. Esa mano grande, que presionaba suavemente, disipaba cualquier preocupación por su seguridad.

Aunque no tenía intención de preocuparse. Aquí tenía una pequeña oportunidad para demostrarse a sí misma que no solo soñaba con situaciones emocionantes, sino que realmente podía desenvolverse en ellas.

Mantuvo la barbilla en alto y se dirigió hacia el mostrador de la taberna; sintió que el vello de la nuca se le erizaba ante la mirada de todos los presentes. Tampoco Russell, con su ropa fina y elegante, parecía pertenecer a ese lugar; sin embargo, Rosamunde dudaba de que alguien fuera a cuestionar su presencia. A pesar de las telas refinadas y la ropa bien cortada, siempre tenía un aire intimidante.

Suponía que se debía a su pasado. Dios, qué fascinante era este hombre. ¿Cómo había logrado hacerse rico? ¿Solamente gracias a los secuestros? ¿O habría algo más?

¿Cómo había quedado huérfano? ¿Qué había sucedido después? Por supuesto, ahora solo le quedaban dos preguntas, por lo que tendría que pensarlas cuidadosamente.

Un hombre bajo, con una espesa cabellera rojiza descolorida y un bigote a juego, se encontraba detrás del mostrador, limpiando un jarro con tanta dedicación que parecía que pronto desgastaría el metal. No los miró hasta que lo frotó varias veces, lo alzó a la luz tenue de la lámpara y lo volvió a frotar antes de colocarlo en un estante detrás de él.

—¿Qué puedo servirlos? —preguntó.

—Dos cervezas —respondió Russell antes de que Rosamunde pudiera decir algo.

Ella cerró la boca. Supuso que sería mejor que compraran una bebida, así el dueño de la posada sería más complaciente. Él sirvió las bebidas y las empujó hacia ellos, luego Russell deslizó unas monedas por el mostrador. El intercambio fue tan rápido que ella apenas tuvo tiempo de respirar y mucho menos de alcanzar a Russell mientras él se dirigía a una mesa en la esquina, cerca de la chimenea apagada.

Colocó la bebida en la mesa y sacó una silla, inclinando la cabeza hacia ella.

—Siéntese.

—Pero...

—Solo siéntese. Pronto haremos nuestras preguntas.

Ella miró a su alrededor y frunció el ceño. No entendía por qué no podían preguntar ahora, pero Russell conocía mejor la taberna que ella, así que se sentó a regañadientes en la silla.

Él hizo lo mismo, agarró el jarro de cerveza y dio un largo trago, luego limpió la espuma de su labio superior.

Rosamunde observaba la espuma en la parte superior de la bebida. Disfrutaba de una buena copa de vino o jerez, pero nunca había probado la cerveza. Parecía refrescante en un día tan caluroso, así que acercó el jarro hacia ella.

—No tiene que beberla.

—Quiero hacerlo. —Levantó el jarro y dio un largo sorbo. El sabor amargo bailó en su lengua antes de que ella lo tragara con fuerza. Pronto una sensación cálida llegó a sus dedos.

Russell la observaba con una ceja levantada.

—Es bastante agradable, en realidad.

Los labios de él se curvaron en una sonrisa.

—Tiene un poco... —Se inclinó hacia adelante y limpió lo que debía ser espuma de su labio, luego la lamió de su pulgar.

Con los ojos bien abiertos, Rosamunde observó el gesto, paralizada. No era más escandaloso

que el hecho de que ya se hubieran besado, pero no pudo evitar pensar en cómo el pulgar de él había tocado su boca. Y luego él se había lamido el pulgar. Era casi como besar, sin participar realmente en el acto.

Russell carraspeó, miró a su alrededor y bebió otro trago.

—¿Por qué no preguntamos por Albert? —susurró ella.

—Porque el tabernero no confía en nosotros. No nos dirá nada.

—¿Cómo puede saberlo?

Él encogió los hombros.

—Lo sé, simplemente lo sé.

—Así que si tomamos algo, confiará en nosotros.

—Si gastamos lo suficiente, sí.

—¿No podríamos simplemente sobornarlo? —murmuró ella.

Russell negó con la cabeza.

—Conozco a esta clase de hombres. Él hace una cerveza excelente y se enorgullece de ello. No aceptará monedas a cambio de información sobre sus clientes.

—Entiendo. —Rosamunde miró al tabernero, que había vuelto a lustrar los jarros. Cómo Russell sabía todo eso, no podía comprenderlo, pero confiaba en su juicio. Él tenía mucha más experiencia de vida y con la gente que ella. —Pues parece que beberemos cerveza el resto de la tarde, entonces. —Levantó su jarro. —Salud.

Cuando Rosamunde iba por su tercera cerveza, Russell le apoyó una mano en el brazo.

—Dije que era necesario ganarnos la confianza del tabernero, lo que no significa que tenga usted que vaciarle todos los barriles que posee.

—¡Tonterías! Además, ha bebido tanto como yo.

—Acostumbro a tomar cerveza habitualmente. Usted, no.

—¡Bebo vino! Y en ocasiones, también whisky. —Su voz había subido de tono y Russell le hizo un gesto para que bajara el volumen. Aunque los parroquianos habían vuelto a sus bebidas y juegos de cartas, él no deseaba llamar innecesariamente la atención, teniendo en cuenta que ya bastante lo habían hecho.

No era que culpara a nadie por mirar a Rosamunde. En ese rincón oscuro y húmedo de la taberna, ella era un destello de belleza con su vestido verde de elegante tela tornasolada. La presencia de él evitaba cualquier exceso de atención, pero no tenía dudas de que si él no estuviera allí, Rosamunde estaría ahuyentando a los admiradores como moscas.

Y ahora, encima de todo, estaba ebria, maldición. Cuando le había puesto una cerveza delante, nunca imaginó que la tomaría más rápido que algunos hombres que él conocía y luego pediría otra como si fuera un Vikingo en un festín. Sacudió la cabeza. ¿Acaso nunca dejaría de sorprenderlo?

—Le sugiero que la beba más despacio —murmuró.

—Es realmente deliciosa y muy refrescante. —Miró al tabernero y levantó el jarro. —¡Es de lo más refrescante, señor! —gritó.

El hombre sacudió la cabeza y esbozó una leve sonrisa. Tal vez el entusiasmo de ella funcionaría. Con suerte, antes de marcharse, podrían extraerle algo de información.

—Verá, he pensado en mi segunda pregunta. —Rosamunde se inclinó hacia adelante y golpeó la mesa con el dedo. —¿Cómo se involucró usted con los secuestros?

Vaya, era una pregunta bastante fácil. Al menos no indagaba sobre su pasado.

—Conocí a un amigo a través de uno de mis negocios.

Ella levantó un dedo.

—¿Entonces tiene amigos? Interesante. Pero pienso que para ser justo, debería ser más explícito sobre ese negocio. No es justo que responda a mis preguntas de manera imprecisa.

Él suspiró.

—Muy bien. Este amigo invirtió en un negocio de especulación al mismo tiempo que yo.

—Invirtió. O sea que *tiene* dinero.

Mucho, en realidad, pero no pensaba admitirlo.

—Continúe —le ordenó ella, haciendo un movimiento con la mano.

—Él necesitaba alguien con pocos conocidos y nada de miedo. —Russell se señaló a sí mismo. —Intuyó que yo era esa clase de hombre y no se equivocó.

—Es cierto, tiene aspecto de ser valiente —asintió ella.

—Una prima de este amigo necesitaba escapar de un matrimonio violento, pero no es fácil para una mujer de la clase alta escapar de algo así. Así que él ideó el secuestro. Y entonces entré yo.

—Y la hizo desaparecer y evitó que su marido la encontrara.

—Sí; creo que terminó en Irlanda. —Hizo una pausa. —Esa fue la tercera pregunta.

Ella sacudió la cabeza con vehemencia, haciendo que sus rizos rebotaran alrededor de su cara.

—No, eso fue una afirmación, no una pregunta. —Se echó hacia atrás y tomó un sorbo de cerveza. —Fue entonces que cuando descubrió usted que otras mujeres necesitaban de ese servicio.

Él asintió.

—Es una vergüenza que se necesite algo así, pero puedo entender por qué y debo decir que pienso que eres un buen hombre por hacer ese trabajo. Aun si ocasionalmente rapta a la mujer errónea.

—No soy un buen hombre. Es un muy buen ingreso. —Se inclinó hacia adelante. —Y preferiría que no mencionara el asunto de los secuestros. —Miró a su alrededor. —Alguien podría hacerse una idea equivocada.

—Madre mía. —Rosamunde inspiró. —Alguien podría intentar rescatarme de usted.— Rosamunde se rio. —Aunque no creo que nadie tenga el valor de enfrentársele. Es usted muy fuerte. Lo sé, porque recuerdo cuando me inmovilizó. Me di cuenta que era muy fuerte y luego sentí sus músculos.

Russell no era vanidoso y ser fuerte solamente significaba que era más fácil sobrevivir. Lo que no quería decir que no le agradara que ella lo hubiera notado. Cerró los ojos por unos instantes y se arrepintió, pues por su mente cruzaron imágenes de Rosamunde retorciéndose debajo de él.

No importaba lo que ella pensara de él. Lo tenía sin cuidado. Absolutamente. Solamente debía recordarlo.

—Creo que ha bebido suficiente cerveza. —Intentó coger el jarro, pero ella lo alejó.

—Deje que termine esta.

—Será la última. —Hizo un ademán hacia el tabernero. —Creo que ya pronto podremos hacerle preguntas.

—Qué bien. Espero que tenga información sobre el tío Albert.

—¿Por qué está tan preocupada por él, a diferencia de su familia?

Ella hizo un mohín.

—Ya se lo he dicho. Piensan que soy tonta y demasiado fantasiosa.

—¿Pero por qué le importa tanto? Es un hombre mayor y por lo visto, tiene experiencia. Seguramente puede cuidarse solo.

Ella suspiró y pasó el dedo sobre un rayón en la madera de la mesa.

—¿Alguna vez se has sentido solo? —Hizo una mueca. —Claro que sí.

Russell no respondió.

Estaba solo desde que tenía memoria. Pero había sido más fácil así. No tenía que preocuparse por nadie. A veces, hasta se sentía agradecido por eso. Si hubiera tenido un hermano que cuidar, la vida en las calles habría sido todavía más difícil.

—El tío Albert me entiende. Me ve.

Russell frunció el entrecejo.

—Ve quien quiero ser, no solo una joven mujer de la nobleza destinada a desposarse, bordar y tocar el piano. A través de él, puedo vivir. —Sus ojos se humedecieron levemente. —Vivir de verdad.

—Comprendo.

—No lo creo. Usted siempre ha hecho lo que ha querido.

—Un huérfano criado en las calles de Londres no tiene muchas oportunidades.

Ella hizo una pausa.

—No, creo que no. —Sus labios se curvaron en una sonrisa. —Nos parecemos, entonces. Comprende lo que significa tener poca decisión sobre su futuro.

—No nos parecemos —dijo él, más para sí mismo que para ella.

Rosamunde suspiró y le palmeó la mano.

—Somos parecidos, Russell. De verdad.

—VERÁ, no sé por qué tenemos que beber vino con la cena. —Rosamunde se tambaleaba ligeramente mientras se dirigían a su residencia. —Creo que deberíamos cenar con cerveza.

Russell le pasó un brazo alrededor de la cintura y la apretó contra él antes de que pudiera obstaculizarle el paso a una pareja de ancianos que caminaba lentamente por la acera.

—Creo que debería evitar todo tipo de bebidas durante un tiempo.

—Qué pena que hacía tiempo que no veían a mi tío. —Rosamunde soltó un suspiro exagerado. —Todos piensan que me estoy comportando como una tonta. Apuesto a que hasta usted coincide. Todos dicen que tengo una imaginación demasiado activa.

—Yo no pienso que sea tonta.

—¿Es culpa mía, acaso, que la vida sea tan tremendamente aburrida? No me lo parece. —Soltó un hipo. —Todos esperan que las mujeres se queden en casa, tomen té, manejen los temas domésticos, se vean bonitas y guarden silencio.

Una sonrisita se dibujó en los labios de Russell.

—No creo que tenga la capacidad de guardar silencio.

—Exacto. —Se apoyó pesadamente contra él. —No nací para esta vida aburrida, de eso estoy segura. Nací para navegar en altamar. O explorar territorios desconocidos.

Levantó la mirada hacia Russell, disfrutando demasiado de que la tuviera apretada contra su cuerpo. El mundo se balanceaba bastante. Tal vez no debería haber bebido esa tercera cerveza, pero realmente le había resultado muy refrescante y se había sentido muy audaz, tomando a tragos una bebida tan masculina.

—Creo que echaría de menos demasiado a su familia —dijo él.

Rosamunde sacudió la cabeza con vehemencia.

—Son tan bulliciosos y siempre... bueno, están allí. ¿Entiende lo que quiero decir? —Hizo una mueca. —Ah, supongo que no. —Se detuvo, se separó de él y lo miró; entrelazó las manos delante del cuerpo y luego bajó la mirada. —Lo siento.

—No tiene por qué disculparse. No es su culpa que tenga familia y yo no.

—Pero debe creermelo egoísta.

—En absoluto.

Ella ladeó la cabeza. Era difícil imaginar cómo habría sido crecer sin nadie en quien confiar. Tenía que admitir que valoraba el apoyo de su familia, aun si en ocasiones la volvían loca.

—¿No desea haber tenido una familia? ¿Aunque más no fuera una familia tranquila, sin cientos de perros?

Él encogió los hombros.

—¿Por qué tendría que desearlo? No tengo obligaciones con nadie. Me gusta así.

Rosamunde acortó la distancia entre ambos, tambaleándose ligeramente, y apoyó las manos en el pecho de él para estabilizarse. Russell la miró, frunciendo apenas el ceño. Ella recordó fugazmente su beso y tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no alzarse de puntillas y presionar los labios contra los de él.

—Una existencia así ha de resultarle solitaria ¿verdad? Después de todo, ningún hombre es una isla.

—*Devociones* de John Donne —murmuró él.

—Ni siquiera sabía que provenía de ese sermón. Es usted muy leído, curiosamente.

—¿A pesar de ser un huérfano sin un penique? —dijo Russell con sequedad.

Rosamunde frunció el ceño.

—De ninguna manera. Desde el primer momento lo consideré un hombre inteligente.

—Incluso cuando la secuestre por error.

—Bueno, admitiré que ese no fue su momento más inteligente.

Russell señaló hacia la residencia de ella.

—Vamos, no estamos lejos y sospecho que pronto querrá recostarse y dormir.

—En absoluto. Me siento completamente despierta —respondió, intentando disimular un bostezo con la mano.

Russell se rió.

—Debería dormir, o amanecerá con dolor de cabeza.

—No he bebido tanto.

—Ciertamente ha bebido lo suficiente. —Volvió a rodearle la cintura con el brazo y la llevó hacia la puerta principal.

Cuando apartó el brazo de su cintura, Rosamunde no pudo evitar soltar un suspiro de decepción. Puede que no hubieran avanzado en la búsqueda del tío Albert, pero había disfrutado del día. La cerveza había estado deliciosa y le había agradado estar en un lugar diferente. Y más importante aún, había aprendido mucho sobre Russell y eso le había gustado más que nada.

Él se inclinó hacia ella y giró el pomo de la puerta, haciéndole un gesto para que entrara.

—Que descanse.

—¿Qué haremos después?

—Todavía tenemos otros lugares para explorar. Centrémonos en ellos.

—Así que aún no está cansado de mi presencia —dijo ella con una sonrisa radiante.

—Estoy sumamente cansado de su presencia —respondió él, entre dientes.

Rosamunde entornó los ojos y vio un ligero destello en la mirada de él que la dejó sin aliento.

—Cielos, me está tomando el pelo. No tenía idea de que fuera capaz de algo así.

—Soy capaz de muchas cosas, Rosamunde.

Ella sintió que el aire se paralizaba en sus pulmones. ¿Habría querido darle otro significado a sus palabras? Vio que el destello en los ojos de Russell desaparecía y su mandíbula se tensaba. Entreabrió la boca y se acercó a él. Era inútil, tendría que intentarlo de nuevo, ver si un segundo beso sería tan maravilloso como el primero.

—¡Rosie!

Russell se apartó y Rosamunde se giró; su madre estaba en la puerta. Ella paseó la mirada de uno al otro y sonrió ampliamente.

—Y el señor Russell. Qué gusto volver a verlo.

Él inclinó la cabeza.

—Y a usted también, Lady Hopsbridge.

—Buenas tardes, madre —dijo Rosamunde formalmente. Podía ser viuda y perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones, pero en este momento se sentía como una niña que había sido pillada robando trozos de pastel en la cocina.

Su madre la miró con curiosidad.

—Buenas tardes, Rosie. —Luego dirigió su atención hacia Russell. —Señor Russell, realmente me alegra verlo. Esperaba que pudiera acompañarnos a una cena mañana por la noche. Solo una pequeña reunión.

—No será una pequeña reunión —murmuró Rosamunde. Probablemente asistiría gran parte de la familia y a Russell sin duda le desagradaría. Se giró para mirarlo. —Estoy segura de que el señor Russell...

—El señor Russell puede hablar por sí mismo, no lo dudo —dijo su madre.

Rosamunde contuvo la respiración mientras esperaba su respuesta. Él diría que no. No había posibilidad de que quisiera pasar más tiempo con ninguno de ellos, ni siquiera con ella.

Russell clavó su mirada en ella y no la apartó cuando respondió:

—Estaría encantado, miladi.

Russell contempló el brillante aldabón y atisbó su reflejo en el latón. Hizo una mueca. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué había aceptado ir a esa cena?

Diablos, ¿por qué lo habían invitado?

Quizás estaba allí para entretenerlos. Tal vez Rosamunde les había contado sobre su pasado. “Vamos a divertirnos con el huérfano que probablemente no tiene idea de cómo comportarse en una cena elegante”. Pues no estaba acostumbrado a las cenas elegantes, pero sabía fingir como el mejor. Así había sobrevivido hasta ahora.

Exhaló e intentó ignorar los latidos de su corazón que retumbaban en sus oídos. Había enfrentado al enemigo en batalla, dormido en las calles y secuestrado a innumerables mujeres, siempre a pedido de ellas, por supuesto. ¿Entonces por qué demonios lo aterraba una simple cena?

Probablemente porque cuando se trataba de Rosamunde no estaba fingiendo. Apartó esa idea de su mente cuando la puerta se abrió y un mayordomo le indicó que entrara. Entregó el sombrero y los guantes y miró a su alrededor, furioso de que sus ojos inmediatamente buscaran a Rosamunde. Su corazón dio un pequeño vuelco cuando la vio. Casi sospechó que había dicho su nombre en voz alta, porque la atención de ella se dirigió directamente hacia él. Sus labios se curvaron, sus ojos se iluminaron y Russell juró que no había mejor sensación en el mundo que tener la completa atención de Lady Rosamunde Stanley. Habría que embotellarla y venderla por cientos de libras.

Ella se acercó a toda prisa; sus faldas de seda azul oscuro se movían elegantemente con su cuerpo, ajustándose a sus curvas. Russell se obligó a aflojar la mandíbula y mantener una expresión neutra. Y a no mirarla fijamente.

—¡Ha venido!

Él le hizo una inclinación de cabeza.

—Debo admitir que pensé que no lo haría. Sé que mi madre lo obligó a esto.

—Nadie puede obligarme a hacer algo que no deseo.

—Así que me está diciendo que el esquivo Marcus Russell realmente quiere venir a una cena con mi familia, que es alborotada y demasiado curiosa.

—Sí —respondió él con rigidez.

—Para un hombre que se enorgullece de su aura de misterio, es usted un pésimo mentiroso.

No lo era, en realidad. Al menos, no por lo general. Por lo visto, estar cerca de Rosamunde lo volvía incapaz de ser otra cosa que sincero.

Ella lo miró de hito en hito.

—Pues se ve muy guapo.

—¿Para un hombre criado en las alcantarillas, quiere decir?

Rosamunde frunció el ceño.

—Esa no era en absoluto mi intención.

Russell inspiró y soltó el aire. Por supuesto que no lo era. Rosamunde ciertamente no mentía ni era zalamera. Dudaba de que tuviera esa capacidad. Ella y su familia parecían simplemente abrir la boca y decir lo que deseaban. Lo que debería molestarle.

Después de todo, era un privilegio de los que poseían riqueza y estatus decir lo que querían y salir impunes, pero no podía evitar admirarlo. Nunca había conocido a personas como ellos y aunque no estaba seguro de si querría repetir esa noche, sentía curiosidad por ver a la familia de Rosamunde en acción.

—Está usted hermosa —murmuró.

Demasiado hermosa. Si iba a arrepentirse de algo esta noche, sería de ver a Rosamunde con su vestido de fiesta y joyas alrededor del cuello. Ahora se quedaría con la imagen de ella envuelta en seda y se preguntaría cómo se sentiría esa tela contra su cuerpo. ¿Sentiría el calor de su piel a través de la seda? Bajó la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

Russell dejó que sus labios se curvaran.

—Me preguntaba cómo lograría meter un cuchillo bajo ese vestido.

—Tengo uno especial para las noches —sonrió ella.

Él no podía decir si estaba bromeando o no, pero respondió con una sonrisa. La mujer estaba loca.

Y le agradaba que fuera así, a pesar de sí mismo.

—Ah, señor Russell. —Una mujer entrelazó el brazo con el suyo y lo arrastró lejos de Rosamunde antes de que cualquiera de ellos pudiera decir algo más. Él miró a la mujer mayor y pequeña e intentó recordar su nombre. ¿La tía Elsie, tal vez? ¿O quizá la tía Petunia? —Frunció el ceño. Por lo general, se le daba sumamente bien recordar nombres y rostros, pero la numerosa familia de Rosamunde dificultaba llevar la cuenta.

—Debe venir a conocer al tío Billy y a la tía Clementine. Y ha venido Lady Abuela. Está deseosa de conocerlo.

—No puedo comprender por qué —murmuró él.

—Ah, qué hombre gracioso es usted —dijo la tía, empujándolo hacia un grupo de personas que incluía a una mujer mayor y refinada a la que no conocía. Ella lo observó con frialdad, con la barbilla en alto como si lo mirara desde arriba, a pesar de que él la aventajaba en al menos sesenta centímetros.

—Así que usted es el señor Russell —dijo ella—. He oído mucho sobre usted.

—Le presento a Lady Newhurst —dijo la tía—. Y a Sir William Grant y la señora Latham. —La tía señaló a Russell. —Este es el señor Russell, que os hemos mencionado.

Russell hizo una inclinación de cabeza. ¿Qué diablos habrían estado diciendo sobre él? Más importante aún, ¿por qué demonios estaba allí y por qué esta familia tenía algún interés en él? Nunca había conocido a personas como ellos, especialmente en los estratos más altos de la sociedad. Su opinión era que tendían a mantener sus filas cerradas y evitaban invitar a cualquiera, fuera rico o no. Y ninguno de ellos podía tener idea de cuán rico era él.

—He oído que ha estado ayudando a buscar a Albert —dijo Lady Newhurst, llevándose a los ojos un par de gafas para mirarlo y luego volviéndolas a bajar.

—Así es.

—¿Y ha tenido algún progreso?

—Aún no.

Ella frunció los labios.

—¿Cómo se convierte uno en una especie de investigador?

—No soy investigador de oficio —admitió, sosteniéndole la mirada.

—Así es.

—¿Así es?

—Sé de usted, señor Russell. He investigado.

Él se tensó ligeramente.

—Tiene varios negocios con buenos amigos míos. Parece que ellos lo consideran todo un hombre de negocios. —Levantó la barbilla. —Mi nieta es una heredera. Heredó un patrimonio significativo cuando su marido murió y lo mismo hará cuando fallezca su padre. Es una perspectiva muy interesante ¿no cree?

—Imagino que hay muchos que pensarían así.

—Pero usted no. —Una ceja delgada y canosa se arqueó.

—Vamos, Hettie —intervino Sir William—, deja en paz al pobre hombre.

—Oh, al pobre hombre no le molestan algunas preguntas ¿verdad? —dijo Lady Newhurst.

—No, no me molestan. —Sobre todo cuando cuestionaban sus motivaciones. ¿Era implacable en los negocios? Sí. ¿Había acumulado riqueza siendo un bastardo insensible? Muy probablemente. Pero, demonios, no lastimaría a Rosamunde por toda la riqueza del mundo.

¡Dios! ¿Acaso eso era cierto? Frunció el ceño. Tenía que serlo. No podía concebir hacer otra cosa que protegerla. Después de todo, ¿por qué otro motivo estaba allí sino para complacerla?

—Lady Rothmere es una perspectiva interesante, miladi —dijo Russell—, no por su riqueza sino por su corazón. Es una mujer decidida e inteligente y siento pena por cualquier hombre que intente aprovecharse de ella. Lo más probable es que termine con un cuchillo en la garganta.

Lady Newhurst entornó los ojos y le sostuvo la mirada durante varios segundos. Finalmente, una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Entiendo lo que mi nieta ve en usted, señor Russell. Es usted bastante diferente de los hombres habituales que pretenden su mano. —Un destello brilló en sus ojos. —Y veo que no le agrada la idea de que haya otros pretendientes, así que supongo que lo único que debo decirle es, ¿qué piensa hacer al respecto?

—DEJA que Lady Abuela hable con él —dijo la madre de Rosamunde—. Es inofensiva.

Por la palidez del rostro de Russell, Rosamunde no podía más que pensar lo contrario. Sacudió la cabeza y volvió su atención a Mabel, su tía y su tío. Russell era un hombre adulto con mucha más experiencia del mundo que ella. ¿Podría manejar a la matriarca de la familia, sin duda?

—Es bastante guapo —dijo Mabel—. Sobre todo con vestimenta formal.

Rosamunde asintió ligeramente. “Bastante guapo” era un eufemismo.

Por supuesto, ya lo había visto con ropa de noche. También lo había besado con esa ropa. Verlo vestido así le traía recuerdos de aquella calle oscura y de sus labios sobre los de ella, su cuerpo presionado contra el de ella. El mero hecho de verlo con un pañuelo blanco bien atado al cuello y una chaqueta de noche elegante hacía que sintiera las piernas líquidas.

—¿Qué estará diciéndole la abuela? —murmuró a Mabel.

—No dudo que estará asegurándose de que estés protegida de él.

—No entiendo por qué todos creen que hay que protegerme de él. Al fin y al cabo, no me

está cortejando.

—Pero podría hacerlo. —Mabel sonrió.

—Sinceramente, pensé que todos querían que me casara con un duque. Madre, ¿no dijiste eso hace solo unas semanas? ¿Qué necesitaba a un noble de alto rango?

Su madre encogió un hombro.

—El señor Russell es guapo y he oído que es bastante rico.

—Pero no es un duque —protestó Rosamunde.

No sabía por qué sentía la necesidad de decir eso. Tal vez porque si a su familia le agradaba Russell, sería aún más difícil frenar su imaginación e impedir que se disparara. Como ahora, cuando lo imaginaba volteándose hacia ella y mirándola como si fuera la mujer más hermosa del mundo. Luego se acercaría, tomaría su mano, le declararía su amor eterno y le pediría que lo acompañara a rescatar a alguna pobre princesa indefensa que se veía obligada a escapar de la brutalidad de su marido; luego se cubrirían la cara y asaltarían un carruaje...

—Rosamunde, he oído que es sumamente rico —dijo Mabel, inclinándose hacia ella.

Rosamunde giró abruptamente la cabeza y miró a Mabel, que tomaba un sorbo de champán con total desenfado.

—¿Dónde has oído todas esas cosas?

—Lady Abuela lo sabe todo y hemos estado hablando del señor Russell y de cuánto tiempo pasas con él.

—Estamos investigando la desaparición del tío Albert —le recordó Rosamunde.

—Pero él sería perfectamente capaz de investigar por su cuenta ¿no? ¿Y qué tipo de hombre quiere la opinión de una mujer todo el tiempo?

—De hecho, creo que él valora mi opinión.

—Lo único que digo es que debe haber una razón por la cual no te ha enviado a casa y te ha apartado de su camino. —Hizo un ademán ampuloso y volcó unas gotas de champán, lo que obligó a Rosamunde a retroceder para que no le manchara el vestido.

—No me ha enviado a casa porque no se lo he permitido.

Mabel miró a Russell y luego a Rosamunde.

—¿Crees que un hombre así no podría obligarte a dejarlo en paz?

Rosamunde exhaló. Él se había mostrado sorprendentemente dispuesto a permitir que lo ayudara. Al menos luego de las primeras investigaciones. Ahora parecía aceptar que ella lo acompañaría a todas partes.

Pero eso no significaba nada. Nada de esto tenía significado alguno. Ni siquiera el beso que se habían dado. Habían fingido, se habían besado para ocultarse. Russell no la deseaba y tampoco deseaba ser parte de esta familia. ¿Quién iba a desearlo? Eran bulliciosos, entrometidos y alocados. Hasta ella misma necesitaba escapar de ellos de vez en cuando. Un hombre como Russell jamás se uniría voluntariamente a una familia así.

Frunció el ceño al ver que se suavizaba la expresión de su abuela. ¿Sería cierto que era sumamente rico? Tras su conversación del día anterior, ella había llegado a la conclusión de que él se había forjado una buena posición, lo que resultaba interesante, pero no sorprendente. Era un hombre decidido y ella había concluido que era excepcionalmente inteligente, aunque él no hiciera gala de ello a menudo. Cuando creyó que ella no lo miraba, él había elegido varios libros de la biblioteca donde se habían encontrado y ninguno de ellos había sido sencillo.

RUSSELL LA MIRÓ y su corazón se detuvo. Le sonrió y ella dio un paso hacia él, pero la tía

Petunia lo tomó del brazo y lo arrastró hacia otro grupo de primos. Su abuela le lanzó una mirada penetrante y le hizo señas para que se uniera a ella. A regañadientes, Rosamunde se acercó.

—¿Sí, abuela?

—Bastante interesante ese señor Russell. Debe tener una alta opinión de ti para embarcarse en esta locura de encontrar a Albert.

—El tío Albert está desaparecido, abuela.

Ella hizo un esto con la mano.

—Albert está embarcado en alguna de sus habituales aventuras, pero si esto te hace feliz, no veo ningún mal en ello.

—No lo estoy haciendo para entretenerme, abuela.

—Parece tener un buen corazón —comentó su abuela, mirando hacia donde estaba Russell.

Rosamunde asintió.

—Creo que sí, aunque esté un poco escondido.

—¿Intentas desenterrarlo?

—Oh, no. —Sacudió la cabeza. —El señor Russell simplemente trabaja para mí. Sé que no tiene interés en...

—Tonterías. —Su abuela se quitó las gafas y entornó los ojos para mirar a Rosamunde.

—Tiene interés, al igual que tú.

—Pero, abuelita, ¿por qué alientas algo así? Pensé que Mamá quería que me casara con...

—Alguien de la nobleza, sí. —Su abuela sacudió la cabeza. —Ni que necesitáramos más conexiones en esta familia. Pero, mi querida, no carezco completamente de ambición para ti.

Rosamunde frunció el entrecejo.

—¿Cómo dices, abuela?

—Hice un poco de investigación sobre el señor Russell. Su nombre me causó curiosidad, debo admitir.

—¿Su nombre?

La anciana asintió.

—Conocí a un Marcus en mi juventud. Era un sinvergüenza absoluto. En aquel entonces, era conde de Henleigh.

—No entiendo...

—Tuvo relaciones con una joven criada, la hermana de mi doncella y desafortunadamente la dejó embarazada.

—Qué terrible.

—El apellido de ella era Russell.

Rosamunde se quedó helada.

—Russell... —susurró—. ¿Y el padre del niño era... Marcus.

—Exacto.

—¿Entonces estás diciendo que el señor Russell es hijo natural del difunto conde de Henleigh? —Rosamunde se llevó una mano a la boca. —Dios mío.

—Por supuesto, despidieron a la criada de su posición, pero se casó enseguida con otro hombre.

—Pero Russell dijo que era huérfano.

—Sí, y es cierto. —Su abuela se inclinó hacia ella. —Mi doncella perdió el rastro de su hermana después de que se mudaron a Londres. Verás, en aquel entonces residíamos en Hampshire. Pero años después, descubrió que su hermana había muerto de consunción poco después de que naciera el niño, y el marido desapareció.

—¿Y el niño?

—Nadie supo qué fue de él.

—¿El conde de Henleigh sabe que tiene un medio hermano?

—Tienen negocios juntos. —Su abuela levantó ambas palmas. —Tengo que concluir que sí.

—Dios mío. —Miró a su abuela. —Eres mejor investigadora que yo.

Su abuela sonrió.

—Simplemente tengo casi ochenta años de conocimientos para aprovechar, Rosie. Eso es todo.

Rosamunde miró a Russell.

—¿Crees que él lo sabe?

—No lo sé. Pero si alguien debiera preguntar, tendrías que ser tú.

Russell se inclinó para pasar bajo las vigas de la taberna y no pudo evitar recordar la última vez que había estado en un lugar como aquel. Rosamunde había acaparado toda la atención de los parroquianos y luego había bebido demasiadas cervezas.

Eso sí, tenía que admitir que era encantadora cuando estaba ebria.

Se dirigió a la mesa donde estaban sentados Nash y Guy.

—¿A qué se debe esa sonrisa? —preguntó Nash, dirigiéndole una mirada penetrante.

Russell apretó la mandíbula.

—¿Qué sonrisa? —Se acomodó en la silla de madera y acercó el pequeño vaso con líquido ámbar. Había bebido demasiado champán la noche anterior y un licor más fuerte era un cambio agradable. Decididamente, no era el tipo de hombre que disfrutara del champán.

La cena había sido interesante, debía admitirlo. No podía decidir si realmente había disfrutado de la velada, pero la familia de Rosamunde era un grupo numeroso e interesante, con menos ínfulas de las que esperaba. De hecho, después del interrogatorio inicial por parte de la abuela, lo habían acogido como uno más de la familia. Algo que casi se había sentido... agradable.

Se regañó mentalmente y bebió un sorbo de whisky. Agradable o no, sería prudente evitar estar con ellos de nuevo. Al fin y al cabo, una vez que encontrara al tío Albert, nunca más los volvería a ver.

—Lo estás haciendo de nuevo —dijo Nash.

—No estoy haciendo nada —gruñó él.

—Parecía como si estuvieras sonriendo —observó Guy.

Russell miró a Guy con los ojos entornados.

—¿De qué lado estás, eh?

Guy levantó ambas palmas.

—De ninguno.

—Es Lady Rothmere la que lo hace sonreír —dijo Nash con una gran sonrisa.

—No estoy sonriendo, maldición —dijo Russell entre dientes—. Dios, ahora me arrepiento de haber venido.

—Qué memoria tan corta tienes —dijo Nash—. Recuerdo que te divertía que yo me estuviera enamorando de Grace.

Russell estuvo a punto de atragantarse con el sorbo de whisky. Por el amor de Dios, no se estaba enamorando de Rosamunde. Demonios, solo la conocía desde hacía unas semanas. Además, ella nunca lo vería de esa manera. Aunque su familia fuera agradable con él, seguramente lo eran con todo el mundo. Eso explicaría por qué eran tan increíblemente

numerosos. Atraían a nuevos miembros a la familia como un agujero en un barco que deja entrar el agua. Eso no cambiaba el hecho de que él era un huérfano sin linaje ni experiencia alguna como miembro de una familia.

—Es un trabajo, nada más —masculló.

—Un trabajo atractivo. —La sonrisa de Nash se agrandó. —Lady Rothmere es realmente preciosa.

Russell le dirigió una mirada gélida.

—Si me importara lo atractivo, habría ido tras Grace.

—Si la hubieras tocado, te habría cortado las manos —contraatacó Nash.

Russell soltó una carcajada.

—Nunca pensé que fueras del tipo posesivo, Nash.

Nash negó con la cabeza.

—Basta de hablar de Grace. Hablemos de Lady Rothmere.

—O podríamos hablar de negocios —sugirió Guy.

Russell dirigió su atención hacia el conde. Siempre podía confiar en él como el miembro serio del grupo, lo que hacía que Russell pareciera jovial en comparación.

—Con gusto.

—En primer lugar, esta tarde parto hacia el campo. —Golpeó la mesa con el dedo. —Asuntos de la hacienda —explicó—. En segundo lugar, he oído rumores de que podrían solicitar nuestros servicios el mes próximo. ¿Este asunto de Lady Rothmere podría ser un impedimento?

Russell negó con la cabeza.

—Pienso haber encontrado a su tío para entonces.

—Sólo tú podías terminar consiguiendo un trabajo tras secuestrar a la mujer errónea —dijo Nash, burlón—. ¿Te paga bien? —Arqueó una ceja. —¿O tal vez te paga de otras formas...?

Russell golpeó la mesa con la mano.

—¡Maldición, Nash, es una dama!

—Bueno, pues tú no eres un caballero —dijo Nash, encogiendo los hombros—. Y las damas tienen necesidades.

—¿Qué diría Grace si te oyera hablar así? —exclamó Russell.

—Diría que Russell merece a una mujer extraordinaria y me felicitaría por hacer muchas preguntas; luego también me interrogaría en busca de respuestas para su cuaderno.

Russell frunció el ceño.

—¿Grace escribe sobre mí?

Nash levantó los hombros.

—Escribe sobre todo el mundo. Ya sabes cómo es.

Russell soltó un suspiro. La esposa de Nash pasaba mucho tiempo escribiendo en un cuaderno, un comportamiento peculiar en su opinión, pero eso parecía hacerla feliz. Sin embargo, no le agradaba demasiado la idea de que pudiera estar escribiendo sobre él.

—En fin —continuó Guy—, si ya habrás terminado, podremos hacer el trabajo. Todavía tengo que hablar con la mujer en cuestión, pero ha estado preguntando por nosotros y parece tratarse de un caso con el que queremos involucrarnos.

Russell asintió.

—De acuerdo.

—Yo también —dijo Nash—. Y sé que puedo hablar por Grace cuando digo que estaría encantada de ayudar.

—Excelente —dijo Guy; se puso de pie y levantó dos dedos hacia el tabernero. —Dos más,

si es tan amable. —Recuperó su sombrero y chaqueta del perchero cercano. —Tengo tiempos acotados, pero me pondré en contacto a mi regreso para hablar más a fondo sobre este próximo trabajo. —Hizo una pausa. —Ah, y si recibís noticias de una tal señorita Haversham, no respondáis.

—¿Una señorita Haversham? —Russell miró a Guy. El hombre evitaba a las mujeres a toda costa, por lo que esa persona no podía ser una amante ni un interés romántico.

—Es reportera, y una maldita entrometida —explicó Guy—. He oído que está investigando la desaparición de varias damas de la sociedad y anda haciendo preguntas por allí. No veo por qué llegaría a vosotros dos, pero no podemos correr riesgos.

—Dudo que me busque a mí —dijo Russell.

—¿Crees que podría descubrirnos? —preguntó Nash—. No deseo poner a Grace en ningún tipo de peligro.

Guy negó con la cabeza.

—No tiene nada de información. Es solo una jovencita ambiciosa. —Se puso el sombrero y se detuvo de nuevo. —Demonios, ahora lo recuerdo. Hablé con varios conocidos míos; al fin y al cabo, hace tiempo que conozco a la familia de Lady Rothmere. Se rumorea que Albert Wood podría haber estado en Bath recientemente. Te convendría buscar allí.

Russell aceptó el segundo trago del tabernero y levantó el vaso a modo de brindis.

—Con suerte, habré encontrado a Albert antes que acabe la semana y podremos volver a la normalidad.

—Los veré pronto, caballeros.

Russell observó la partida de Guy y luego bebió un sorbo. Sostuvo la mirada divertida de Nash.

—¿Qué sucede?

—Me das pena.

—¿Qué?

Los labios de Nash se curvaron en una sonrisa.

—Crees que podrás volver a la normalidad después de Lady Rothmere.

Russell alzó los ojos al cielo con impaciencia y terminó la bebida. Sí, lo creía y pensaba hacerlo. Rosamunde no tendría un efecto duradero sobre él, de eso estaba seguro. Ningún efecto en absoluto.

—¿CREES que lo sabe? —Mabel cargó la cucharita con algo de té y se la ofreció al Señor Pompadour, que lamió el líquido.

Rosamunde negó con la cabeza.

—¿Cómo podría saberlo? Russell me contó que es huérfano. Si fuera el hijo natural de un conde lo habría mencionado ¿no crees? —Cogió una galleta y le sacó la lengua al perro que seguía sus movimientos atentamente. —El Señor Pompadour se pondrá obeso —dijo, cuando Mabel le ofreció migas de su propia galleta.

—Jamás. Tiene un linaje excelente. Simplemente no es capaz de engordar. —Mabel abrazó al perro y le besó la nariz. —¿No es así, Pompi? Eres demasiado guapo para tu propio bien. Además, mami te seguirá queriendo aunque te pongas corpulento.

—Es difícil de ver bajo tanto pelo, pero está más redondo.

Mabel cubrió las orejas del perro con sus manos.

—¡No digas eso! Es un alma sensible.

Rosamunde terminó su galleta y cogió una servilleta para limpiarse los dedos y la boca. La volvió a dejar sobre la delicada mesa de café de nogal. Había ido hasta allí para hacer confidencias a su prima, no para hablar de la glotonería del Señor Pompadour. Seguía sin tener idea de qué hacer con esa nueva información. ¿Debía decírselo a Russell? ¿O callar? Después de todo, no era realmente asunto suyo.

—¿Has hablado con él desde la cena? —preguntó Mabel.

—Se despidió aquella noche, pero nada más. Esta mañana recibí una carta en la que decía que tenía novedades; nos encontraremos en el parque más tarde.

—Me pregunto cuáles pueden ser las novedades...

—Esperemos que sean sobre el tío Albert.

Mabel frunció la nariz.

—El tío Albert bien podría estar en las Islas Hébridas; ¿qué piensas hacer? ¿Seguirlo hasta allí?

—Si averiguo que está en las Islas Hébridas sano y salvo, no será necesario.

—Entonces, hoy podrías preguntarle al señor Russell sobre este asunto del conde —reflexionó Mabel—. Vi algo aristocrático en él ¿sabes? —Se llevó un dedo a los labios. —Tiene una cierta clase.

Rosamunde no creía que eso tuviera algo que ver con ser el hijo ilegítimo de un conde, sino más bien con sus experiencias de vida.

—Si se lo oculto, sentiré que le estoy mintiendo —suspiró Rosamunde—. ¿Pero cómo saber si es cierto? Lo único que tenemos es la suposición de la abuela, basada solo en su nombre.

—La abuela nunca se equivoca.

—Es cierto.

—Y cuando se trata de su nieta, es infinitamente protectora. Seguramente ha indagado más sobre el señor Russell para confirmarlo.

—No me lo dijo. —Rosamunde hizo una mueca. —Y no pensé en preguntar más; la revelación me dejó anonadada.

—¿Estás segura de que él no lo sabe?

Rosamunde encogió los hombros.

—Podría saberlo y sentirse avergonzado, tal vez. O es posible que solo desee mantenerlo en secreto por la clase de hombre que es. Rara vez habla de sí mismo.

Mabel suspiró y ladeó la cabeza.

—Es muy misterioso. Si no fuera por mi querido Henry, estaría enamorada de él.

Rosamunde sintió una punzada de celos en el corazón. Se enderezó y se sacudió la sensación. No tenía ningún derecho sobre él y dudaba mucho que él quisiera que alguien lo reclamara para sí, incluso la hermosa Mabel.

—No estoy enamorada de él.

—No he dicho que lo estés —se defendió Mabel—. Pero no debe ser un esfuerzo pasar tiempo con él, Rosie.

—No es algo terrible, no —admitió ella—. Pero ahora que sé esto, será difícil. —Hizo una pausa y miró el reloj de pie que estaba en una esquina del salón. —He quedado en encontrarme con él dentro de una hora. Tengo que decidir qué hacer.

—Tienes habilidad para la investigación. Tal vez deberías investigar este asunto. Hazle algunas preguntas, averigua qué sabe y cómo reaccionaría si se enterara.

Rosamunde se acomodó las gafas sobre la nariz. Si él no lo sabía, no creía que fuera a reaccionar bien. Parecía casi sentir orgullo de su falta de vínculos. Rosamunde tenía la sospecha

de que ser huérfano era una parte tan importante de su identidad como ser imaginativa lo era de la suya.

—Ya intenté tener una audiencia con el conde de Henleigh, pero está en el campo —dijo, y frunció los labios—. No se me ocurre nadie más con quien hablar discretamente. Después de todo, es algo que muy pocos deben saber y detestaría echar a rodar rumores o causar problemas.

—Entonces debes guardarte la información —dijo Mabel con firmeza—. Al menos hasta que puedas lograr que él admita que lo sabe, o hablar con el conde.

Rosamunde suspiró. No le agradaba la idea de ocultarle algo a Russell. Siempre se sentía incómoda cuando no era franca y mentirle a Russell sería cien veces peor, especialmente sobre algo tan importante como su familia. Pero, ¿qué otra opción tenía? No podía revelar algo así y arriesgarse a un escándalo sin al menos confirmar la verdad detrás de la historia. Además, tampoco sabía si el conde quería que se revelara una cosa así.

—Qué situación tan desagradable —murmuró, más para sí misma que otra cosa.

—Bueno, pero al menos nadie podría poner objeciones si te cortejara —dijo Mabel, con una gran sonrisa—. Es rico y tiene sangre noble.

Rosamunde miró al techo.

—No va a cortejarme —respondió con firmeza.

—Ya veremos —dijo Mabel—. ¿No es así, Señor Pompadour? —Besó varias veces la cabeza del perro. —Ya veremos.

Algo estaba mal.
 No. No mal.
 Diferente.

Rosamunde no podía quedarse quieta en su asiento. Ni dejar de jugar con los botones de sus guantes. O con el pestillo de la ventana del carruaje.

A Russell no solía molestarle lo diferente. De hecho, generalmente lidiaba bien con ello. Siempre se quedaba en lugares diferentes, comía comidas diferentes. Diablos, nunca había pasado tanto tiempo con una misma persona como con Rosamunde, con excepción de sus compañeros del Club del Secuestro.

Se sentía cómodo con lo diferente. Diferente significaba que no había posibilidad de formar vínculos.

Al menos hasta ahora.

—¿Suced algo?

Ella giró la cabeza.

—No. Claro que no. ¿Por qué lo pregunta?

Él le sostuvo la mirada.

—Es la sexta vez que se ha arreglado ese botón. —Señaló el guante.

Rosamunde apartó la mano del guante y le dedicó una rápida sonrisa. Pero no llegaba a sus ojos y eso también era diferente. La sonrisa de Rosamunde siempre llegaba a sus ojos y Russell tuvo que contener el impulso de cerrar el puño al pensar que alguien podría haber hecho algo para perturbarla e impedir que esas pequeñas arrugas se formaran alrededor de sus ojos.

—No pasa nada —respondió ella, tensa.

Nada. Cristo. Algo realmente debía de estar mal. Sintió que se le contraía el estómago ante las palabras de ella. Aunque no se enredaba con mujeres, sabía que “nada” era peligroso. Aún más peligroso que el hecho de que ella estuviera diferente.

—Rosamunde...

—Estoy perfectamente bien, Russell, se lo aseguro. —Su sonrisa se ensanchó ligeramente, pero él no vio nada alrededor de sus ojos.

Ella dirigió su atención al paisaje. Tan pronto como él la contactó con la información de que su tío podría estar en Bath, ella exigió que fueran allí. Se alojarían en la casa de la familia, anunció, aunque Russell tenía esperanzas de poder escapar a una posada cercana. Lo último que necesitaba era vivir con su familia. No sería prudente tomar confianza con ellos.

Con algo de suerte, encontrarían a su tío Albert escondido en algún lugar de Bath y él nunca volvería ver a Rosamunde ni a su familia. Ciertamente, no quería encontrarse disfrutando de su

compañía o la de ellos.

Porque curiosamente, casi había disfrutado de la cena con esa familia extraña y bulliciosa. Estaban todos locos, por supuesto. Igual que Rosamunde. Hablaban cuando se les antojaba, se interrumpían unos a otros, se reían con facilidad y tendían a tener ideas de lo más extrañas. Como el tío que estaba convencido de que el mundo iba a llegar a su fin en el año dos mil doce o la tía que insistía en leer la fortuna de todos a partir de sus manos y solo podía decirles que conocerían a un desconocido alto y moreno.

En su caso, él debía ser el desconocido alto y moreno y si lo pensaba, casi no se sentía un desconocido. No tenía sentido, realmente. ¿Por qué iban a darle la bienvenida a alguien sin linaje ni conexiones evidentes?

Sacudió la cabeza y miró el sombrero de Rosamunde. No tenía sentido preocuparse por su familia. Especialmente cuando tenía a una mujer que había pronunciado la palabra “nada” en su presencia.

—¿Se trata de su tío? —se aventuró a preguntar.

Ella se volteó.

—¿Perdón?

—¿Su tío, es eso lo que la inquieta? ¿Está preocupada por él?

—Ah. Sí. Es eso. Estoy sumamente preocupada por el tío Albert.

—Lo encontraremos.

—Sí, no tengo ninguna duda de que así será.

Entonces, si eso era lo que pensaba, ¿qué demonios estaba mal? Russell soltó un largo suspiro. Nunca se había arrepentido de no tomarse el tiempo para comprender a las mujeres. Hasta ahora. No le gustaban las arrugas de preocupación en la frente de Rosamunde ni la forma en que apretaba los labios una y otra vez. No le gustaban en absoluto. Y deseaba sobremanera encontrar la forma de solucionarlo.

Ella abrió la boca y la cerró.

—¿Rosamunde?

Ella ladeó la cabeza ligeramente y lo miró.

—¿Cuándo dice que es huérfano, se refieres a que no tiene a nadie en absoluto? ¿Ni siquiera hermanos?

Maldición. Creía que ella había olvidado la lamentable historia.

—Rosamunde... —le advirtió.

—Me queda por lo menos una pregunta —objetó ella—. Si es necesario, considérela la última. —Suspiró. —No veo cual es el problema de hablar de nuestros pasados entre amigos.

—Apenas menciona a su marido —le recordó él.

—Bueno, ¿es que no hay nada para decir! Era aceptable, no me trataba mal...

—La descuidó y también descuidó sus necesidades. Yo diría que eso es maltrato. Diablos, si yo fuera su marido... —Se interrumpió. —En fin, no soy el único que no habla del pasado.

—Es que el mío no significa nada.

Allí estaba otra vez. La temida palabra “nada”.

—Eso no es cierto, Rosamunde. El pasado nos moldea y nos convierte en lo que somos. No tengo dudas de que su desgraciado matrimonio la moldeó.

—No fue desgraciado —objetó ella—. Solo un poco aburrido. Y si piensa que el pasado es tan importante, ¿por qué no quiere hablar del suyo?

Demonios, lo tenía contra las cuerdas.

—No hay nada de que hablar.

—Nada —repitió ella—. ¿Cómo es posible que sea cierto?

Nada. Russell realmente comenzaba a detestar esa palabra.

—¿Por qué alguien querría escuchar la triste historia de un huérfano?

Una ceja se arqueó, informándole que ella realmente quería escucharla.

—Era huérfano, crecí en las calles, trabajé mucho para salir de la pobreza y ahora soy el hombre que ve. Fin.

—¿Fin? —Rosamunde se llevó la palma de la mano a la cara. —Russell, se ha salteado al menos veinte años, allí.

—¿Ese es el problema? ¿Que no conoce mi historia?

—Sí. No. Bueno, en algún sentido, sí.

Él apretó la mandíbula. Entonces, si le contaba todo, podía solucionar el “nada”. Si se sinceraba con ella. Dios, qué tentador era, pero esa parte de su vida había quedado atrás. Casi nunca pensaba en ella, a menos que fuera necesario. No le agradaba pensar en el dolor de estómago por hambre, ni de las peleas en la calle para sobrevivir, ni de su época como soldado. Por qué ella querría escuchar esas historias horribles le resultaba incomprensible.

Por más que quisiera volver a verla sonreír, no iba a poder lograrlo.

—Rosamunde —comenzó a decir—, yo... —El carruaje se detuvo abruptamente y él se interrumpió.

—¿Qué demo...?—Miró por la ventanilla y maldijo por lo bajo.

—¿Qué pasa?

—Salteadores.

—¿SALTEADORES? —repitió Rosamunde.

Russell apretó los labios con expresión sombría.

—Sí.

Ella espío por la ventanilla y vio a dos hombres de a pie; uno de ellos apuntaba con una pistola al cochero. No podía distinguir lo que se decían, pero no parecía ser un intercambio agradable.

Miró a Russell con los ojos entornados.

—Esto no tiene que ver con usted ¿verdad?

—¿Por qué diablos tendría yo algo que ver con esto? —Se inclinó para buscar debajo del asiento del carruaje. —¿No hay un arma? —dijo, mientras se enderezaba—. ¿Su familia no aprende?

—¡Pues no esperábamos otro intento de secuestro!—. Rosamunde cogió sus faldas y comenzó a levantarlas. —¿Seguro que no son parte de su club de secuestradores?

—El Club del Secuestro —la corrigió él—. Es el nombre que usamos.

—¿Y bien? —insistió ella.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. —Russell arrojó el sombrero sobre el asiento y se pasó una mano por el pelo. —Debería haber traído mi pistola —masculló.

Rosamunde se levantó las faldas hasta los muslos y sacó de la liga la bonita navaja con piedras.

—¿Servirá esto?

Él negó con la cabeza y le bajó las faldas con una mano.

—No creo, pero es mejor que nada.

Rosamunde sintió que se le aceleraba el corazón cuando los hombres se acercaron al carruaje.

—Haga lo que dicen —le indicó Russell, entre dientes—. No les dé motivos para hacerle daño.

—¿No vamos a defendernos?

—*Usted* no hará nada —le ordenó él.

La puerta del carruaje se abrió con violencia y Rosamunde se encontró mirando el caño de una pistola. Tragó saliva. Cuando Russell había intentado secuestrarla, ella se había defendido y había luchado de manera instintiva, pero ahora estaba paralizada, inmóvil. ¿Por qué no le funcionaban las extremidades? ¿Por qué no se lanzaba a la acción? ¿Acaso la presencia de Russell la había convertido en una mujer indefensa?

—Buenas tardes, damas y caballeros. —El hombre de la pistola miró dentro del carruaje. — Es decir, dama y caballero —se corrigió—. Todas vuestras pertenencias valiosas, por favor. Joyas, monedas y demás. —Esbozó una sonrisa en la que faltaban dientes.

Rosamunde se tocó el collar de rubís que llevaba. Había sido de su bisabuela y no deseaba perderlo.

—¡Ahora mismo! —ordenó el hombre; su compañero se mantenía más atrás, con un ojo sobre el cochero.

—Rosie —dijo Russell—, entréguele al hombre lo que quiere. —Dirigió una rápida mirada a la navaja oculta en la mano de ella. —Dele todo ¿sí?

—Me agradan los hombres que obedecen órdenes —bromeó el salteador.

Ella asintió lentamente y esbozó una sonrisita temblorosa. Russell tenía algo planeado, solo que ella no estaba segura de qué era.

—Sí. Claro. Todo. —Abrió la palma, revelando las piedras de la navaja. Los ojos del hombre se iluminaron y su sonrisa se ensanchó.

—Eso es un buen comienzo.

Cuando él se disponía a arrebatársela, Rosamunde la abrió y la empujó hacia delante. La hoja se clavó en la palma abierta del hombre, que soltó un aullido de dolor y retiró la mano, llevándose la navaja con él.

Russell se levantó y se lanzó del carruaje; aterrizó encima del hombre. La pistola voló de la mano del bandolero y resbaló sobre el camino seco. Rosamunde se levantó del asiento y asomó la cabeza fuera del carruaje. Vio la pelea cuerpo a cuerpo que se llevaba a cabo en el suelo. El segundo hombre se había unido, y lanzó un puñetazo al costado de Russell, en un intento por quitarlo de encima de su compañero. ¿Qué debería hacer ella? El cochero bajó, pero era anciano y ella no creía que pudiera contribuir a la pelea.

—Quédese allí, señor Wimpole —le ordenó, mientras saltaba del carruaje. Corrió hasta la pistola, pero el segundo hombre la cogió del tobillo, haciéndola caer al suelo.

—¡Uf! —Su barbilla dio contra el suelo, lo que hizo que viera chispazos detrás de sus ojos. Rodó y apretó las palmas raspadas, tratando de concentrarse en la leve nebulosa. ¿Dónde había ido a parar la pistola?

Pero no la necesitó. Como una bestia que se eleva de la niebla, Russell se levantó, se quitó de encima al segundo hombre y le lanzó un puñetazo que fue a dar a la mandíbula. El hombre cayó hacia atrás, sentado. Un rápido puntapié al primer hombre lo dejó retorciéndose como un pescado. El otro salteador volvió a levantarse, pero Russell se giró y le lanzó otro puñetazo a la cara que lo dejó tendido, inconsciente.

Rosamunde miraba, boquiabierta. Sabía que Russell era fuerte y capaz, pero nunca había visto algo así.

—Vámonos antes de que venga alguien más —le ordenó él al cochero; tras un último

puntapié al primer hombre, se volvió hacia Rosamunde.

Le ofreció una mano y ella deslizó sus dedos entre los de él, sintiendo su calor a través de los guantes. Antes de que pudiera dar un paso, Russell la levantó en brazos y la llevó al carruaje.

—Quizás tengan amigos —lo escuchó decirle al cochero—. Dese prisa.

Con las faldas fuera de lugar, las gafas caídas sobre la nariz y los guantes blancos sucios, Rosamunde se quedó mirando cómo Russell subía al carruaje y cerraba la puerta. El vehículo se puso en movimiento enseguida, dejando atrás a los hombres heridos.

—¿Rosie, se encuentra bien?

Ella parpadeó varias veces y él se le acercó en el asiento. Colocó un dedo bajo su barbilla y le levantó la cara para mirarla a los ojos. ¿Si estaba bien? Qué pregunta. Nunca había visto nada tan... ¡tan emocionante!

—¿Rosie? —Le pasó el pulgar por la barbilla. —¿Me oye? ¿Se ha hecho daño?

Ella parpadeó varias veces más.

—¡Rosamunde! —exclamó él.

—Ah. Sí. Estoy muy bien. Creo.

—Bien. —Ladeó la cabeza y le inspeccionó el mentón. —Tiene un pequeño corte. —Russell se quitó el pañuelo del cuello y le limpió el mentón varias veces, revelando una pequeña mancha roja. —Aunque no es nada serio.

Ella miró la tela ensangrentada.

—En algún lado tengo un pañuelo en perfecto estado.

Los labios de Russell se curvaron.

—Pues no tengo intención de revisar su persona para encontrarlo.

—No, claro. —Ella seguía paralizada, capturada por el dedo meñique que él mantenía bajo su barbilla. Russell la miró a los ojos.

—Parece algo aturdida.

—Bueno, pues no es descabellado, tras sufrir un ataque de bandoleros. —Soltó un largo suspiro. —Y ni hablar de apuñalar a un hombre.

Él sonrió.

—Estuvo usted muy bien.

No tan bien como él. Dios, cómo le gustaría poder pelear así. ¿Lo habría aprendido en la guerra? ¿O tal vez en las calles de Londres? Su preocupación por averiguar si Russell sabía sobre su hermano había desaparecido y solo podía pensar era en lo absurdamente guapo y estupendo que se lo veía ahora con el pelo despeinado, sin pañuelo al cuello y con los puños sucios.

Algo estaba muy, muy mal con ella, pero sospechaba que en toda su vida no se había sentido tan atraída por un hombre.

—Estuvo usted muy bien —repitió él y depositó un rápido beso en sus labios.

Rosamunde ahogó una exclamación ante el contacto, pero solo duró unos segundos y ella no parecía tener la energía como para atraerlo nuevamente hacia sí y exigirle que lo convirtiera en un beso decente.

—Pero tendrá que conseguirse una nueva navaja.

—¿Mi navaja? —Al ver que Russell miraba sus faldas levantadas, Rosamunde se apresuró a acomodárselas. —Ah, mi navaja. Bueno, pues necesitaré una más grande para la próxima vez.

Él rió y sacudió la cabeza.

—Será mejor que no haya una próxima vez.

Rosamunde sabía que se refería a los salteadores, pero no podía evitar pensar que también hablaba del beso. A pesar de lo breve que había sido, deseaba que volviera a hacerlo. Y otra vez.

Y otra vez. Suspiró y se desabotonó los guantes sucios para revisar sus palmas raspadas. Era típico de ella convertir un ataque de bandoleros en una historia romántica que jamás existiría.

El destello de luces detrás de sus ojos despertó a Russell. Con un gemido de dolor se llevó una mano al cuello mientras se enderezaba y miraba hacia fuera. Entornó los ojos ante la luz de las farolas que pasaban y dedujo que habían llegado a Bath. Cuando vio el gran salón de bombas, conocido como el Pump Room, supo que estaba en lo cierto. Movi6 la cabeza a un lado y al otro para aflojar la tensi6n de haber dormido inc6modo en el carruaje y baj6 la mirada hacia Rosamunde.

Sacudi6 ligeramente la cabeza. Las gafas le colgaban de uno de los dedos enguantados y tenia la cabeza caida contra el hombro de 6l. La penumbra del carruaje y la tenue luz exterior no le permitian distinguir sus pecas, pero como siempre, lo provocaban con su presencia, sobre todo mientras ella estaba dormida. Lo hacian desear pasarle un dedo por la nariz y luego besar cada una de las pecas, ahora que no llevaba las gafas.

Le quit6 las gafas de la mano, las pleg6 con cuidado y las guard6 en el bolsillo de su chaleco. Cualquier otra mujer se inquietar6 por tener que viajar dos d6as hasta Bath tras un incidente de esa naturaleza, pero no Rosamunde.

No, la condenada mujer solo quer6 hablar de conseguir un cuchillo m6s grande o de si necesitaba practicar sus tiros con arco. No se pod6a negar que estaba completamente desquiciada. Y a 6l le encantaba.

Observ6 los edificios que pasaban, grandes monolitos de piedra de id6ntico aspecto. Hab6a estado en Bath varias veces por trabajo, pero nunca por placer.

No era que ahora estuviera all6 por placer, se record6. No hab6a nada de placer en esa situaci6n, nada en absoluto. Ayudar a Rosamunde era trabajo. Al fin y al cabo le estaban pagando muy bien por buscar a su t6o.

El carruaje se detuvo afuera de una casa alta en una de las calles m6s elegantes. Un peque6o jard6n delantero, rebosante de flores, estaba protegido de la acera de piedra por una cerca. Pero no hab6a luz detr6s de ninguna de las ventanas. Frunci6 el ce6o. Con el tama6o de la familia de Rosamunde, hab6an esperado que al menos dos o tres parientes estuvieran all6.

Ella despert6, parpade6 varias veces y se frot6 los ojos.

—Ah. —Se enderez6 y se inclin6 hacia delante para buscar entre los pies de ambos. —Mis gafas.

6l las sac6 de su bolsillo, despleg6 las patillas, y las coloc6 sobre la nariz de ella. Rosamunde lo mir6, so6olienta, con el ce6o ligeramente fruncido.

—Ah.

6l se maldijo internamente. Podr6a hab6rselas entregado. ¿No habr6a sido lo m6s f6cil? Pero no. Claro que no hab6a podido resistir la oportunidad de tocarla, aun si solo fuera rozarle el

cabello.

De la misma manera en que no había podido resistirse a darle un rápido beso en los labios tras el encuentro con los salteadores. Había sido un milagro que no la hubiera apretado contra sí y le hubiera besado cada centímetro del cuerpo, incluso los muslos donde había ocultado esa estúpida navaja. Le habían dado varios golpes en las costillas y le dolían, pero en aquel momento casi no los había sentido. Su única preocupación había la seguridad de Rosamunde.

—Hemos llegado —murmuró ella, inclinándose por encima de él para mirar la casa. Frunció el ceño. —¿Dónde están todos?

—¿Durmiendo, quizás?

—¿Qué hora es?

Russell sacó su reloj de bolsillo y lo giró hacia la luz de la farola.

—Las ocho y veinte.

Ella negó con la cabeza.

—No se acuestan tan temprano. Además, los sirvientes seguirían despiertos.

El cochero abrió la puerta; Russell descendió primero y luego le ofreció una mano a Rosamunde.

—Iré a echar un vistazo —dijo—. No descargue el equipaje —le indicó al señor Wimpole—. Todavía no, al menos.

—¿Necesita que vaya con usted? —sugirió el señor Wimpole.

—No cree que sea peligroso ¿verdad? —Los ojos de Rosamunde se agrandaron. —¿Tendrá esto algo que ver con la desaparición del tío Albert?

—No sabría decirle. —Russell hizo un ademán hacia el señor Wimpole. —Quédese aquí con Lady Rothmere —le indicó. Abrió la mano. —¿Tiene una llave?

Ella asintió y buscó dentro de su pequeño bolso.

—Desearía tener mi navaja.

Russell sacudió la cabeza, suspiró y se dirigió hacia la casa, cuidándose de permanecer en las sombras. Giró la llave en la cerradura y abrió la puerta lentamente, preparándose para un ataque. La casa parecía vacía y a medida que avanzó por los salones, comprendió que no se trataba de ninguna trama nefasta, sino que simplemente, nadie de la familia de Rosamunde estaba en Bath, por lo que no se necesitaban sirvientes. Los muebles estaban cubiertos con sábanas y las persianas estaban cerradas. Revisó cada una de las estancias antes de volver a salir.

—Parecería que no hay nadie.

—Cielos. —Rosamunde se mordió el labio inferior. —Mamá estaba segura de que el tío Barnaby, al menos, estaría aquí.

—Podríamos alojarnos en una de las posadas —sugirió Russell—. Tenía intención de buscarme una habitación en el Crown and Rose. Es un establecimiento respetable.

Ella frunció la nariz.

—Me parece una tontería, cuando tenemos una casa muy cómoda. —Levantó la mirada hacia la casa. —No, nos quedaremos aquí —dijo con firmeza.

—No puedo hacer de doncella —dijo el señor Wimpole entre dientes, mientras descargaba el equipaje—. Y no sé cocinar.

—Debería haber traído a la señora Lambert conmigo, pero no ha estado bien y creí que el tío Barnaby tendría a su personal aquí.

—No me parece bien que se aloje aquí sola. —Russell la siguió hasta el salón vacío y la observó encender una lámpara y abrir las persianas. —Si se sabe que no hay nadie más, podría ser peligroso.

—Tengo al señor Wimpole.

Él miró hacia atrás; el cochero estaba descargando lentamente el equipaje.

—El señor Wimpole apenas si puede bajarse del carruaje, mucho menos protegerla.

—Soy perfectamente capaz de cuidarme sola. —Encendió varias velas, lo que entibió el fresco salón decorado en tonos de azul.

—¿Aun sin sirvientes?

—Sobre todo sin sirvientes —declaró ella—. Uno debería estar preparado para cualquier circunstancia y para poder depender solamente de sí mismo.

Russell no pudo menos que sonreír. Por supuesto que ella iba a creer que podía cuidarse sola. Dios, si existía una forma de demostrar cuán diferentes eran sus mundos, sin duda era esta. Ella seguramente ni siquiera sabría desabotonarse el vestido, mientras que él había sobrevivido solo desde los cinco años.

Russell soltó un suspiro.

—Me alojaré aquí con usted.

Ella sonrió y él no pudo menos que preguntarse si no habría caído en una trampa de alguna clase.

EN FIN, Rosamunde no había planeado las cosas así, pero no podía quejarse de cómo habían resultado. Era mucho más lógico que Russell se quedara con ella. De más estaba decir que no le agradaba la idea de estar sola en la enorme casa, a pesar de lo que había dicho sobre cuidarse sola.

No era una mentira. Podía hacerlo, estaba segura. Había cultivado muchas habilidades en caso de que alguna vez las necesitara.

Cuando terminó de llevar el equipaje, el señor Wimpole sacó un pañuelo y se secó la frente.

—Todo listo, miladi, pero no me atrevo a desempacar por usted. Tengo poca idea de cómo... eh... manejar las prendas de una dama. Debería haber traído a su doncella —murmuró.

—Gracias, señor Wimpole.

—Ubicaré los caballos en los establos y me retiraré enseguida.

—¿No desea comer antes de retirarse?

Él sacudió la cabeza enérgicamente, con los ojos muy abiertos.

—No sé cocinar y ciertamente no quisiera que usted o el señor Russell me atendieran, miladi.

—Volvió a negar con la cabeza. —Ni pensarlo.

Rosamunde sospechaba que tenía menos que ver con la etiqueta y más con sus dudas acerca de las habilidades culinarias de ambos.

—Pero...

—Compraré un pastel en la taberna de la esquina. —Señaló con el pulgar. —Me ha dado antojo de un pastel de carne y patata.

—Si está seguro...

—Oh, sí, miladi. Totalmente seguro. —El señor Wimpole salió apresuradamente de la casa y cerró la puerta tras de sí.

Ella se quedó mirando la puerta un instante.

—Parece que el señor Wimpole no confía en que podamos alimentarlo —le dijo a Russell cuando él bajó nuevamente las escaleras, después de dejar las maletas en las habitaciones.

Él arqueó una ceja.

—¿Debería confiar en nosotros?

—Sé cocinar.

La ceja se arqueó aún más.

—De verdad —insistió Rosamunde—. He practicado muchas veces.

—Dudo que haya mucho para comer aquí, pero puedo preparar algo.

—¿Usted también sabe cocinar?

—¿Duda de mí?

Después de lo que había visto el día anterior con los bandidos, Rosamunde no creía que pudiera dudar de él alguna vez. Si Russell cocinaba tan bien como peleaba, no tendrían problemas.

—En absoluto.

—Veamos qué tenemos. —Russell se palmeó el estómago. —Estoy famélico. O... bueno, siempre podemos encontrar habitaciones en una posada.

—No, deberíamos quedarnos aquí. Tal vez si el tío Albert está en la ciudad, vendrá a la casa.

Él encogió los hombros.

—Guíeme hacia la cocina.

Bajaron las escaleras y Russell encendió algunas velas y la lámpara grande sobre la mesa en el centro de la estancia. Ella buscó dentro de la despensa y frunció el ceño.

—No hay mucho, aunque parece que ha quedado un poco de carne seca y algunos vegetales. —Sacó una zanahoria marchita.

—Abundante miel y mermelada. —Levantó unos frascos de uno de los armarios.

—Podríamos hacer un pastel.

—¿Un pastel? —repitió él.

—Bueno, tenemos bastante harina. Servirá para el postre e incluso podemos hacer algunos bollos si hay mantequilla.

—La hay. —Russell se acercó por detrás de ella y señaló el tarro de mantequilla. —Y podemos hacer una especie de guiso.

Ella se giró y sonrió.

—¿Ve? Podemos tener una comida bastante aceptable.

Él la observó durante unos momentos y Rosamunde se dio cuenta de lo cerca que estaban. Un solo paso atrás y estaría entre sus brazos. Eso es, si él la abrazara. Lo cual no iba a hacer. Lo más probable es que ella chocara con él y él simplemente pensara que era torpe en lugar de romántica.

Russell carraspeó y se apartó.

—Será mejor que comencemos.

Pues no podía dejarlo más en claro. No quería nada romántico con ella y sería bueno que lo recordara.

—Sí, claro. —Se volvió para que él no pudiera ver sus mejillas sonrojadas y fue a reunir todos los ingredientes.

Russell se puso manos a la obra con el guiso de verduras mientras ella preparaba los ingredientes para el pastel con mermelada. Para cuando lo puso en el horno, el guiso estaba bastante avanzado. Rosamunde inhaló profundamente.

—Eso huele divino.

—En el ejército aprendí algunas cosas sobre cocinar con pocos ingredientes.

—Me lo puedo imaginar.

—El pastel también huele excelente. —Su estómago gruñó. —Realmente excelente.

Ella se apoyó contra la mesa.

—Cuando era niña, solía escabullirme a la cocina y obligar a las criadas a dejarme ayudar. Estaba decidida a saber cómo alimentarme si alguna vez lo necesitaba.

Él esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Por qué pensaba que lo necesitaría?

—Bueno, siempre tuve la intención de escapar.

—¿De escapar?

—Quiero mucho a mi familia, pero crecer con ellos fue... intenso. Siempre quise huir, aunque más no fuera a una remota isla escocesa, y valerme por mi misma. —Encogió un hombro. —Sabía que tendría que ser capaz de cocinar para alimentarme.

—Creo que echaría de menos a su familia.

—Es probable, pero eso no significa que no desee tomarme un descanso ocasional de ellos. Los ha conocido, al fin y al cabo. Apostaría a que estaba agradecido por solo haber tenido que pasar una simple velada con ellos.

—Me resultaron interesantes.

Rosamunde se quedó mirándolo.

—¿Interesantes o espantosos?

—No, interesantes. Nunca había visto una familia así. En realidad, ninguna familia, pero sé que no todas en todas las familias hay tanto cariño. Sus tías, tíos y primos, todos realmente quieren pasar tiempo juntos. Es bastante notable.

—Supongo que sí. —Rosamunde sacudió la cabeza. Nunca había pensado en ellos como algo notable. Por lo general le parecían simplemente demasiado ruidosos y entrometidos. Pero verlos a través de los ojos de Russell la hacía apreciarlos aún más. Al menos siempre tenía a alguien a quien acudir. Lo que le recordó... tenía que averiguar qué sabía él sobre su linaje.

—Russell...

Él se volvió y removió la olla.

—Parece que el guiso está listo. Los cuencos están allí. —Asintió en dirección al aparador.

Rosamunde abrió la boca y luego la cerró. Por lo visto, la conversación había terminado. Qué lástima, especialmente cuando estaba a punto de averiguar más sobre él.

Y vaya si quería saber más.

Aun así, tenían tiempo. Si el tío Albert no estaba aquí, tendrían que buscarlo y casi deseaba que no fuera fácil de encontrar, solo para poder pasar más tiempo con Russell.

—Lo siento, tío Albert —musitó.

—¿Perdón?

—Solo decía que huele delicioso —dijo, sonriendo, mientras le entregaba un cuenco.

Sus dedos se rozaron y una oleada de sensaciones le subió por el brazo. Exhaló lentamente. Mantener la cabeza fría con este hombre iba a ser más difícil que nunca, pero no tenía voluntad de que todo esto terminara.

—Entonces, pensé que podríamos...

Russell se giró abruptamente al oír la voz de Rosamunde. Sus ojos se abrieron de par en par y quedó boquiabierto. Murmuró una rápida maldición, mientras apretaba la toalla alrededor de su cadera. Ella lo miró de hito en hito.

—Yo... ehh... —Ella se sonrojó, pero no se movió.

—Rosamunde —dijo él, y la palabra salió como un gruñido de advertencia.

Necesitaba irse. Ahora mismo. Antes de que ambos se sintieran extremadamente incómodos.

Porque, demonios, ella estaba demasiado bonita esta mañana. Los rayos matutinos que se colaban por entre las cortinas iluminaban su piel y el profundo tono púrpura del vestido ligeramente arrugado que llevaba. El escote alto resaltaba sus curvas.

Demonios, ¿a quién quería engañar? No era solo cómo lucía esta mañana lo que le resultaba tan atractivo. Anoche, todo el asunto de cocinar, compartir el guiso y el pastel con ella... algo había despertado dentro de él. Tal vez incluso lo había ablandado. Seguía siendo tan hermosa y tentadora como siempre, pero él se sentía más débil, como si ella hubiera abierto un agujero en sus costillas magulladas y se estuviera abriendo camino dentro de él.

—No me di cuenta de que estuviera herido —susurró ella, mirando los moratones de su torso.

Él encogió los hombros y se pasó una mano por el pelo húmedo.

—No duele —mintió.

Las costillas le latían y el dolor lo había mantenido despierto, pero no era nada comparado con el angustioso deseo que ella provocaba en su interior. Rosamunde se recuperó y acortó la distancia entre ambos. Él apretó los dientes, deseando poder gritarle, decirle que se fuera, pero de alguna manera, la mujer tenía un poder sobre él que no podía negar. Hasta le permitió que apoyara un dedo en sus costillas para examinar los moratones.

Inspiró entre dientes.

—Perdóneme. ¿Le duele? —Su mirada se encontró con la de ella, abierta y cautelosa, pero demasiado bella.

Sí, le dolía. En todos los sentidos. Desearla lo lastimaba de muchas maneras. Física y también mentalmente. No podía desearla, no debía desearla. No tenía nada que ofrecerle. Ella no necesitaba su dinero y para ser franco, apenas si necesitaba su ayuda. Los moratones no estaban solo en el exterior, sino también en su interior. No tenía idea de cómo ser alguien en quien se podía confiar, mucho menos de cómo darle a alguien como Rosamunde todo lo que necesitaba. Ella venía de una familia bulliciosa, animada y cariñosa y él simplemente no podía estar a la altura de eso.

—Estoy bien —dijo con voz tensa.

Ella presionó la mano contra su costado y él soltó un ligero gemido.

—Sus costillas podrían estar fracturadas —dijo, ahogando una exclamación.

—No están fracturadas.

—Déjeme revisar.

Intentó apartarse para coger su camisa y poner fin a la situación, pero ella lo rodeó y le bloqueó la huida.

—Solo quiero revisar el otro lado —dijo con naturalidad.

Maldición. Cerró los ojos brevemente y se rindió ante ella. Cuanto antes le permitiera revisarlo, antes terminaría el suplicio. Russell había aprendido rápidamente que no había manera de discutir con Rosamunde.

Ella le pasó los dedos sobre las costillas.

Él tensó el abdomen y se obligó a concentrarse en un punto del tapiz donde los pájaros revoloteaban sobre las ramas de un árbol.

—¿Le duele aquí? —preguntó ella.

—No —mintió.

Estar cerca de ella lo estaba matando. Cocinar con ella, vivir como si estuvieran prácticamente casados, estaba dejándolo sin ninguna de las barreras que había construido. Rosamunde las destruía a su paso, lo impresionaba, lo hechizaba.

—Rosamunde, estoy bien, se lo prometo.

—Desearía que hubiera dicho algo. Debería haber descansado. —Levantó la mirada hacia él. Quizá debiera tomarse el día para descansar. Yo puedo...

—No necesito descansar.

Lo que necesitaba era mantenerse ocupado. Necesitaba poner fin a su tiempo juntos lo más pronto posible. Mucho más tiempo con ella y no tenía idea de en qué clase de hombre se convertiría. Ella ya ponía a prueba su excelente autocontrol y se encontraba deseando, no, anhelando cosas que jamás había querido antes. Más cenas con ella. Más paseos en carruaje juntos. El aroma de ella impregnado en su ropa, la sensación de ella bajo sus dedos.

Si no tenía cuidado, ya no se conformaría con la vida de un soltero errante y no podía permitirse imaginar que podía haber algo más para él. Sus circunstancias eran demasiado diferentes y nada podía convencerlo de lo contrario.

—Tiene un tatuaje. —Rosamunde siguió el descolorido diseño con la yema de un dedo y los ojos muy abiertos.

—Una juventud desperdiciada.

—Tiene muchas cicatrices —murmuró ella. Su dedo seguía el rastro por su costado.

—La guerra —murmuró él estremeciéndose ante el contacto.

—Tengo una similar —dijo Rosamunde.

Él levantó una ceja.

—Dudo que la hayan herido con la punta de una bayoneta.

—Bueno, no, pero fue con una espada.

Él negó con la cabeza, sin poder reprimir una sonrisa.

—Por supuesto.

—Desafié a mi primo Joseph a una pelea cuando tenía doce años.

—¿Y él ganó?

—De ninguna manera. —Frunció el ceño. —Se burló de mí, diciendo que no sabía pelear sucio, así que lo golpeé. Mientras él, su espada me cortó el costado. —Señaló sus costillas. —

Dudo que haya sido tan profundo como el suyo, sin embargo. —Suspiró. —Nunca me permitieron acercarme al armero de nuevo.

—Bien hecho.

Ella se llevó un dedo a la clavícula.

—También tengo una aquí.

—Déjeme adivinar, desafió a alguien a duelo.

Rosamunde sonrió y negó con la cabeza.

—Nada emocionante. Me caí de un árbol y me ensarté en una rama.

—¿Se ensartó? Santo Dios, mujer.

Ella rió y se aflojó la pañoleta para tirar del cuello de su vestido.

—¿Ve? Va de adelante hacia atrás.

Él tocó la cicatriz arrugada y luego la hizo girar para ver el otro extremo.

—Cristo. Apuesto a que dolió.

Ella asintió.

—Mucho más que la espada, sobre todo cuando tuvieron que sacar la rama.

—Tuvo suerte de no morir por infección.

—Tuve suerte de que no tocara nada importante. Y de que mi madre no me encerrara dentro de la casa para siempre.

Él la miró.

—¿Cómo es que una damisela bien educada se encontraba trepando árboles y desafiando a primos a peleas con espadas?

—Era más emocionante que bordar o tocar el piano, supongo. —Suspiró. —Siempre quise más, en realidad.

Se movió ligeramente y él se dio cuenta de que sus dedos se habían demorado sobre su piel. Apartó la mano rápidamente. Pero no lo suficientemente rápido.

SIEMPRE HABÍA QUERIDO MÁS, sí. Y ahora quería más, bueno... a Russell. Quería que sus dedos la tocaran, quería que siguiera mirándola así. La mirada de él bajó a su hombro, luego subió a sus labios, luego se detuvo en sus ojos. Sintió que se le cerraba el pecho y la habitación se llenaba de una curiosa y densa espesura. Sentía la piel electrizada allí donde él la había tocado.

Rosamunde bajó la mirada al pecho de él, a las cicatrices que marcaban su abdomen firme. Un pequeño sendero de vello bajaba hasta su ropa interior. Sus dedos temblaban, llamados a seguirlo. Solo momentos antes había tocado su cuerpo, sintiendo su piel cálida. Necesitaba tocarlo más. Lentamente, extendió la mano y aterrizó en una pequeña cicatriz blanca no muy lejos de su cadera. Él inspiró bruscamente y ella vio que sus músculos se tensaban.

—¿Y esta cómo se la hizo? —preguntó en voz baja.

—En una pelea con cuchillos.

—¿Y esta? —Se movió a una pequeña cicatriz redonda que cubría su corazón.

—Cuando era niño. No recuerdo cómo.

Ella apretó la palma contra la cicatriz. Qué horrible debió haber sido ser un niño en las calles, luchando por sobrevivir solo. El corazón de Russell latía con fuerza bajo su mano. Anhelaba poder quitarle el dolor, el dolor que se reflejaba en su mirada. El dolor de las cicatrices y las experiencias.

Russell le cubrió la mano con la suya y le apartó los dedos. .

—Rosamunde —dijo.

Una advertencia.

Bueno, ella nunca había escuchado advertencias antes y no pensaba empezar a hacerlo ahora. Se liberó de los dedos de él y apoyó ambas manos abiertas sobre su pecho.

—¿Sí, Russell? —murmuró, levantando la barbilla.

La mirada de él volvió a bajar y sus labios se entreabrieron. No estaba equivocada, él quería besarla. Y ella no podía pensar en nada que deseara más que eso.

Él bajó la cabeza rápidamente y luego se detuvo para mirarla a los ojos. Tal vez esperaba que ella retrocediera, pero jamás había sido capaz de rendirse y no empezaría a hacerlo ahora. Besar a Russell era una aventura que ansiaba casi más que cualquier otra cosa, independientemente de si eran adecuados el uno para el otro, independientemente de si él querría estar con ella otra vez.

Sintió el aliento mentolado y tibio de Russell sobre sus labios. Levantó más la barbilla.

Él cerró la distancia en un solo movimiento y el calor repentino de su boca la hizo soltar un grito. Las manos de él se curvaron alrededor de su cintura, como si quisiera retenerla en su lugar y evitar que escapara.

Ni que ella quisiera hacerlo alguna vez. La boca de él se inclinó sobre la suya y Rosamunde movió las manos hacia arriba para aferrarse a sus hombros. Él presionó sus labios contra los de ella, abriéndoselos, e introdujo la lengua en su boca. Las piernas de ella temblaban y sentía un nudo en las entrañas. Él la sujetaba con firmeza, manteniéndola anclada, a pesar de que ella se dejaba llevar por el beso. Rosamunde enredó su lengua con la de él, una y otra vez, perdiéndose en las sensaciones.

La mano de él subió y le apretó un pecho a través del vestido. Ella gimió contra su boca y reaccionó al contacto, recibiendo con gratitud. Él movió los dedos hacia arriba y luego hacia abajo, presionando por debajo del corsé. Ella ahogó una exclamación cuando los dedos de Russell se encontraron con su pezón erecto.

—Por todos los demonios —dijo él entre dientes, apartándose para masajear el pezón con los dedos. Inclinó la cabeza y le cubrió el seno con la boca.

—Ah.

Los ojos de Rosamunde se agrandaron al sentir el calor y la humedad. Ver el pelo oscuro de él contra su piel hacía que le latiera el cuerpo entero. Abrió las manos sobre los músculos tensos de la espalda de Russell y se ofreció a él. Él liberó su otro seno y le dedicó su atención, murmurando palabras dulces contra su piel, palabras dulces que ella jamás habría esperado escuchar de un hombre tan imperturbable. Hablaba de su belleza, de que sabía deliciosa, de lo mucho que la deseaba.

Se apartó de sus senos y se puso de rodillas. Ella observó, azorada, cómo le levantaba las faldas y lo oyó ahogar una exclamación una vez que quedó revelada ante él. Miró en el espejo y sintió una oleada de humedad entre las piernas al ver la imagen delante de ella. Tenía los senos al descubierto, rosados y húmedos por los besos de él. Las faldas levantadas. No veía a Russell en la imagen, pero sus dedos estaban en la tela del vestido. Ella nunca había visto algo tan... tan erótico.

Él le levantó las faldas aún más y se colocó entre sus piernas. Rosamunde sintió el calor de su aliento sobre su tierna piel. Hundió los dedos en los hombros de él y contuvo el aliento, esperando ese primer contacto. La lengua de él barrió su piel en un movimiento rápido y ella soltó una exclamación.

—¡Oh, cielos! —Se aferró a él con más fuerza.

Russell emitió un ronroneo de aprecio, lo que envió temblores a través del cuerpo de ella. Levantó una de las piernas de Rosamunde por sobre su hombro y volvió a lamer. Ella inclinó la

cabeza hacia atrás y se aferró a él como si le fuera la vida en ello, mientras él lamía, saboreada y mordisqueaba, moviendo la lengua en círculos alrededor de ese dulce, dulce lugar, hasta que ella temió que se desmoronaría. Las manos de él se curvaron sobre su trasero desnudo, manteniéndola firmemente contra su boca mientras el placer crecía y estallaba en ella.

Tragando bocanadas de aire, cerró los ojos y esperó a que el éxtasis se disipara mientras él lamía suavemente, extrayendo cada gota de placer de ella. Poco a poco, se fue disipando, dejándola con la sensación de que podría dormir durante una semana. Él se apartó, le soltó el trasero, le bajó las faldas y finalmente se puso de pie. Se pasó una mano por la boca.

—Nadie... —Rosamunde inhaló una bocanada de aire. —Nadie nunca me había hecho eso antes.

La mirada de él cobró esa extraña intensidad que ella no terminaba de entender. Russell se apartó y se arrojó agua sobre la cara.

—Los caballeros probablemente no les hacen eso a sus esposas —dijo entre dientes.

Cuando se volvió, su boca se tensó en una línea severa. Rosamunde se levantó rápidamente el escote del vestido, sintiéndose repentinamente expuesta.

—No soy un caballero, como recordará —dijo él.

—No... es decir...

—Estaré listo en un momento. Luego podremos continuar con nuestra búsqueda.

Rosamunde intentó tragar el nudo que tenía en la garganta. No era tonta. Entendía lo que él estaba intentando decirle. Se arrepentía de haberle hecho el amor con la boca. Era una advertencia, un recordatorio de que no se acercara demasiado a él, de que no permitiera que su imaginación se descontrolara. Russell no la quería y eso no iba a cambiar.

—¡Rosie!

Russell se detuvo en el vestíbulo de la casa y miró a la diminuta mujer de cabello oscuro.

Ella se rió.

—Ah, decididamente no es usted Rosie, señor Russell. —Mabel miró más allá de él.

—¿Dónde está ella?

—No sabría decirle con certeza, señorita Heston —le respondió a la prima de Rosamunde.

La verdad era que había hecho todo lo posible para evitarla esa mañana. No habían desayunado juntos y él se había vestido de prisa, con la intención de investigar en Bath sin ella. Habían decidido que Rosamunde visitaría a amigos y conocidos para averiguar si alguien había visto a Albert o había tenido noticias de él, mientras que Russell buscaría en los clubes para caballeros y otras zonas menos respetables.

Por lo que realmente no había necesidad de que se vieran. Soltó el aire por la nariz. Sobre todo teniendo en cuenta que esa mañana había visto mucho de ella, demasiado.

Mabel pasó junto a él y se dirigió al pie de las escaleras.

—¡Rosie! —llamó—. Soy Mabel, ¡estoy aquí! —Se giró. —¿Qué le ha hecho a mi prima?

—Nada —se apresuró a responder él, tajante—. Es decir, su prima está perfectamente bien.

Una expresión confundida cruzó por la cara de Mabel; enseguida, sonrió:

—Solo me refería a que por lo general no se levanta tarde.

Russell maldijo mentalmente. Ninguno de los dos se había levantado tarde. Casi deseaba haberlo hecho. Entonces, quizás, no habría terminado con la cara bajo las faldas de ella y su lengua enterrada en...

—Bajaré enseguida. —Cogió su sombrero del perchero de la entrada. —Ahora, si me permite...

Mabel se plantó delante de él, con las manos en las caderas.

—¡Un momento! —Entornó los ojos. —¿Estáis solos aquí?

Él encogió un hombro.

—Madre mía. —Lo miró de hito en hito. —Tiene aspecto de ser un hombre bueno y de fiar, y a mi familia le agrada. —Sus labios fruncidos se distendieron en una sonrisa. —Y a mí también me agrada.

—Bien, ahora si me per...

—Pero... —Mabel levantó un dedo. —Siento que debo advertirle, señor Russell, que no quiero saber de ningún comportamiento indeseable hacia mi prima.

—¿Indeseable? —repitió él.

¿Como besarla, tocarla y saborear cada centímetro de ella, por ejemplo? ¿Así de indeseable? Porque era demasiado tarde para deshacer su comportamiento ahora, aun si quisiera hacerlo. Y quería hacerlo. Absolutamente.

¿O no?

Cristo, no podía evitar pensar que se llevaría ese momento con él a la tumba, aún si había sido un gran error. ¿Y si le había dado una mala impresión? Era un canalla por haberla tocado de esa manera. Una vez más, les había dejado en claro a ambos que no era otra cosa que un chico de la calle con ropaje elegante. Al fin y al cabo, no había manera de disimular quién era.

—Rosamunde es una mujer excelente. Inteligente y con sentido del humor, además —dijo Mabel—. Muchos hombres desearían estar en su lugar, señor Russell.

—Créame, yo...

Ella dio un paso hacia él y levantó la barbilla para mirarlo a los ojos.

—Quiero saber qué intenciones tiene para con mi prima.

Él miró a la diminuta mujer y reprimió un gemido. ¿Qué le pasaba a esta familia, por qué eran tan tercos? Él podía hacerla a un lado con el solo movimiento de un dedo, y sin embargo, ella trataba de intimidarlo.

—No tengo intenciones de ninguna clase.

—¿No tiene intenciones?

—Ninguna.

Ella negó con la cabeza.

—Pues eso no es posible. He visto la manera en que la mira.

—Es absolutamente posible, se lo aseguro.

—No.

—Sí. Señorita Heston, soy solo una persona contratada. Sé muy bien que no hay futuro para Rosamunde y para mí.

—Ah.

No quería preguntar. *No debía* preguntar.

—¿Ah?

—Piensa que no es lo suficientemente bueno para ella.

—No he...

Ella encogió los hombros.

—Probablemente tenga razón. Hay pocos hombres lo suficientemente buenos para ella. Pero pienso que usted le agrada.

—No. —No podía permitirse creerlo. Aun si le agradaba mínimamente, no servía de nada. El abismo que los separaba bastaba para impedir cualquier cosa que pudiera suceder entre ellos, pero si se añadía su incapacidad para formar vínculos, estaban frente a un desastre inminente. No quería hacer pasar a Rosamunde por algo así.

—Ella tuvo un matrimonio bastante triste, ¿sabe?

Russell asintió.

—Lo sé.

—Siempre deseé que encontrara a alguien más interesante, a alguien que la tratara como la persona maravillosa que es. —Mabel frunció los labios. —Podría ser usted.

—No.

—Sí.

—Rosamunde pertenece a la nobleza con título. Vuestra familia es rica —objetó él.

—Usted también es rico. —Hizo un gesto hacia su chaleco. —Nadie lleva esos botones a

menos que tenga gran cantidad excesiva de dinero.

—Podría estar endeudado.

—¿Un hombre como usted? No, de ninguna manera. —Lo miró a los ojos. —Es usted un hombre que parece mantener muy bien el control de sí mismo. Lo sé porque mi padre es similar. Dudo de que alguna vez haya tenido una sola deuda.

Santo Dios, ¿quién era esta mujer? Ciertamente había subestimado a la prima de Rosamunde. Por lo visto, una personalidad muy astuta se ocultaba detrás de la risa fácil y la sonrisa encantadora.

Ella movió una mano.

—En cualquier caso, todo se reduce a esto. —Lo señaló con el dedo. —Rosamunde se merece toda la felicidad.

—Estoy de acuerdo.

—Bien, entonces también estará de acuerdo conmigo en que nunca, jamás le hará daño.

Él parpadeó.

—¿Está usted... amenazándome, señorita Heston?

Ella soltó una risa.

—Sí, creo que sí.

Él inspiró lentamente.

—Bien, pues puedo asegurarle que jamás le haré daño a Rosamunde.

Ella aflojó los hombros.

—Qué bien. —Le palmeó el brazo. —Porque usted me agrada, señor Russell, de verdad. Pero debe entender que Rosie es como una hermana para mí y se merece todo.

—Coincido.

—Excelente. —Le dedicó una amplia sonrisa. —Me alegro mucho de haber tenido esta conversación.

—Si me disculpa, señorita Heston. —Russell se puso el sombrero, y con una inclinación de cabeza, se marchó rápidamente antes de que ella pudiera seguir lanzando amenazas.

Que, además, eran completamente innecesarias. No le haría daño a Rosamunde porque no se pondría en posición de poder hacerlo. Lo único que debía hacer era asegurarse de que nunca volviera a tocarla. No podía ser difícil, ¿verdad?

EL GOLPE de la puerta principal al cerrarse retumbó por la casa. Rosamunde bajó a toda prisa las escaleras y se detuvo en el último escalón, sin aliento.

—Mabel, ¿qué haces aquí? —Miró la puerta cerrada. —¿Russell se ha marchado?

Mabel asintió.

—De manera muy abrupta, debo decir. ¿Qué le has hecho a ese hombre?

—¿Qué le he hecho? No lo he visto desde... —El calor le subió por las mejillas y se interrumpió. —¿Qué haces aquí? —repitió.

—Mamá se enteró de que vendrías a Bath y decidió que también teníamos que venir. Quiere ver telas para la boda mientras estamos aquí, pero yo pienso que hay suficiente selección en Londres. —Frunció la nariz. —Espero que Mamá no elija algo demasiado anticuado.

Rosamunde miró a su prima, luego a la puerta cerrada. No sabía qué le habría dicho a Russell si lo hubiera visto. La había estado evitando desde su... encuentro de esa mañana, pero ella había tenido esperanzas de que al menos hablarían de sus planes para el día.

Y de que tal vez tendría oportunidad de evaluar cómo estaba él después de... su tiempo

juntos.

Seguramente temía que ella se comportara como una debutante enamoradiza que nunca antes había sentido la caricia de un hombre.

Pues, debía admitir que no era una descripción completamente inadecuada. Ella no era una debutante, ni tampoco enamoradiza, pero nunca antes un hombre la había tocado allí con su *lengua*, por el amor de Dios. Aun ahora, sentía el ardor de la corriente de placer dentro de ella, quemándole las entrañas y haciéndole subir el calor a la cara.

—¿Rosamunde?

Centró su atención en Mabel.

—¿Sí?

—Estuve preguntando si vosotros dos estabais solos aquí.

—Pues...

—Cielos, no puedo esperar a estar casada. Estar comprometida ciertamente me ha dado algo más de libertad, pero una vez que esté casada... —Sonrió. —podré ir a cualquier parte y hacer lo que desee.

—No estoy segura de que Hugh vaya a querer perderte de vista.

Mabel apretó las manos.

—Bueno, eso es cierto. Está muy apegado a mí y no le agradaba que viniera a Bath unos días, pero dije que me necesitabas y ya sabes la estima en que te tiene.

—Estoy perfectamente bien.

—Rosie, estas *sola* con el señor Russell. Pienso que hasta tu madre se escandalizaría un poco.

—Pues no esperaba estar sola y sabes que la señora Lambert no está bien de salud. No me parecía bien traerla cuando esperaba que hubiera miembros de la familia aquí.

Mabel frunció la nariz.

—Me pareció que el tío Barnaby habló de que vendría a Bath. Está haciendo demasiado calor en Londres. ¿Me pregunto dónde estarán?

Rosamunde se encogió de hombros.

—Tal vez estén con amigos. Ya lo averiguaré. Llegamos anoche.

—Pues ya estoy aquí para asegurarme de que no suceda nada inadecuado. —Mabel tomó a Rosamunde del brazo y la acercó a ella. —Es decir, a menos que desees que no esté aquí —dijo, y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Pero por qué desearía eso? —dijo Rosamunde con gran esfuerzo, sintiendo que se le atascaban las palabras en la garganta.

—Porque el señor Russell es apuesto y se preocupa por ti.

Rosamunde negó con la cabeza.

—Está aquí por el dinero.

—Está aquí por ti —insistió su prima.

Señor, cómo se le aceleraba el corazón al escuchar esas palabras. Pero no podía permitirse creer que fueran ciertas.

Porque no lo eran.

Por una vez en su vida, no se permitiría sentirse culpable por seguir el sendero alocado de su imaginación. No cuando eso podía realmente hacerle daño.

—Con suerte, encontraremos al tío Albert en Bath y entonces es probable que nunca vuelva a ver a Russell.

—Qué triste será eso. —Mabel atrajo a Rosamunde hacia sí. —Pero no creo que sea

probable. El hombre no puede apartar los ojos de ti.

—No veo cómo eso pueda ser verdad. ¡Ni siquiera está aquí!

—Lo vi en la cena. Además, cuando habla de ti, adquiere una expresión extraña. Sus ojos se vuelven oscuros y misteriosos.

—Él es oscuro y misterioso. —Rosamunde suspiró. —Y créeme, le gusta ser así.

Girándose para mirarla, Mabel retiró su mano y sujetó los brazos de Rosamunde.

—El señor Russell es muchas cosas pero también está completamente cautivado por ti.

—No.

—Lo está —insistió Mabel.

—No puedo permitirme creer eso, Mabel.

Ella le sonrió con dulzura.

—¿Por qué?

—Porque... —Soltó un suspiro. —Porque podría gustarme demasiado.

—¿Cómo puede estar mal creer que un hombre te adore?

—No lo conoces, Mabel. Es un hombre acostumbrado a estar solo. No quiere una amante en su vida y mucho menos a alguien como yo, alguien que no puede evitar pasar la mayor parte de sus horas soñando despierta. —Se mordió el labio inferior. —¿Y si sueño que está enamorado de mí y quiere más?

—¿Y si él realmente quiere más?

Rosamunde le dirigió una mirada intensa.

—Ahora estás empezando a soñar como yo.

—Siempre supe que me casaría con un hombre dulce y tendría hijos, pero también siempre supe que tú estabas destinada a algo más, lo presentía. Incluso después de tu matrimonio con el vizconde, esperaba a ver qué vendría después. Tal vez algún príncipe exótico de tierras lejanas te llevaría lejos...

—Mabel —le advirtió Rosamunde.

—Pero ahora vero que es un atrevido secuestrador que te mira como si fueras un tesoro excepcional.

—Mabel...

—Y no se equivoca. Nadie es como tú, Rosie, y sería un tonto en dejarte escapar.

—Eso simplemente no es cierto.

—Sí que lo es. Es por eso que tu madre lo aceptó con tanto entusiasmo. Incluso ella vio cuán entusiasmada volviste a estar con la vida cuando comenzaste a trabajar con él.

—¿Mi madre te lo dijo?

—Escuché mientras hablaba con la tía Janey, que estaba un poco sorprendida por su apoyo.

—Dios mío.

Mabel le apretó el brazo.

—Nunca pensé que fueras una persona temerosa, Rosie.

—No lo soy —protestó ella.

—Entonces deberías permitirte seguir este camino. Ver dónde te lleva la aventura.

—No imaginé jamás una aventura de tal naturaleza —confesó Rosamunde.

—Nunca antes has arriesgado tu corazón. Es la más aterradora de las aventuras.

—¿Mi corazón? —Rosamunde frunció el ceño.

Mabel asintió con expresión sabia.

—Te estás enamorando de él.

—Ay, mi Dios. —Rosamunde se llevó una mano a la frente. ¿Acaso podría ser cierto?

—En fin, ¿cuáles son tus planes para hoy? Salgamos a tomar aire fresco y sol, así podremos idear cómo persuadir al esquivo señor Russell para que nunca más te deje marchar.

—Realmente no creo que... —comenzó a decir Rosamunde.

—¡Podríamos tener una doble boda, después de todo! —exclamó su prima.

Rosamunde cerró los ojos por un instante. Esto no ayudaría en absoluto a mantener los pies sobre la tierra.

—Visitaremos a nuestros amigos para preguntar si alguien ha visto al tío Albert —dijo.

—Excelente. Quizás ver a todos esos maridos aburridos te recuerde lo maravilloso que es el señor Russell.

Rosamunde negó con la cabeza. No necesitaba que se lo recordaran.

Rosamunde no lo había oído entrar en la cocina o lo estaba ignorando deliberadamente. Russell se detuvo en el último escalón. Ella se mantenía de espaldas a él mientras cortaba las verduras frescas; el rítmico ruido el cuchillo que golpeaba contra la madera casi ocultaba otro sonido.

Casi, pero no del todo.

Rosamunde estaba llorando

Él inspiró con cautela y observó sus hombros. Sí, decididamente, estaba llorando. Su cuerpo se movía en extraños espasmos, como si estuviera tratando de contener los sollozos. Se sonó la nariz y se secó la cara con el dorso de la mano.

Maldición. ¿Qué diablos la había hecho llorar? ¿O quién? Si lo descubría, golpearía al sinvergüenza hasta dejarlo hecho un guiñapo.

Descendió el último escalón y ella alzó la cabeza, pero no se volvió.

—¿Russell?

—Soy yo.

Se acercó lentamente a ella, como si se aproximara a un cachorro asustado que podría escaparse en cualquier momento. Nunca antes había visto a Rosamunde llorar. Nunca había querido verla llorar. Demonios, era la persona más optimista que había conocido en su vida. Era difícil imaginar qué podría haber causado tanta angustia y no podía decir que fuera experto en consolar mujeres. Ciertamente, muchas de las mujeres secuestradas lloraban por diversos motivos, y él dejaba que Nash y Grace se encargaran de consolarlas. Pero tenía que intentarlo con Rosamunde.

—¿Ha podido averiguar algo? —preguntó ella, inspirando una gran bocanada de aire.

—No.

—Ah. —Un sollozo escapó de sus labios.

—Rosie —dijo él, y apoyó una mano sobre su hombro. Ella no se giró. —¿Rosie, qué ocurre?

—Nada —sollozó ella—. Nada en absoluto. Soy una tonta.

—No me importa si es una tontería. No quiero verla llorar.

Ella dejó el cuchillo en la mesa y movió una mano, manteniendo gacha la cabeza.

—Entonces quizás debería esperar arriba. Yo llevaré la cena.

—No. —La tomó de los hombros y la hizo girar. Con un dedo bajo la barbilla, le levantó el rostro. Su corazón dio un vuelco doloroso al ver sus ojos hinchados y las huellas de lágrimas en su cara. Había estado llorando durante un buen rato. —Rosie —dijo suavemente—, ¿qué pasa?

Sus ojos húmedos se encontraron con los de él; Rosamunde se mordió el labio inferior. La

sujetó firmemente de los brazos por si intentaba apartarse. Fuera lo que fuera lo que le sucedía, no tenía intenciones de dejarla sufrir sola.

Finalmente, ella inspiró profundamente.

—Solo estoy... cansada.

—¿Cansada?

—De no descubrir nada. De no saber dónde está tío Albert. —Dejó caer la cabeza sobre el pecho de él. —¿Y si le han hecho daño, Russell? ¿O si está muerto? No sé si puedo soportar esta incertidumbre.

Él la abrazó con fuerza, envolviéndola por completo en sus brazos y acunándola contra su cuerpo.

—Lo encontraremos —prometió—. Lo juro.

—No puedo creer que todavía no hayamos encontrado nada. Que nadie parezca saber nada. —Su voz se quebró. —Y que yo sea la única a la que le importa. .

—No es la única a la que le importa. —La apartó ligeramente y le sujetó el rostro para mirarla a los ojos. —A mí me importa. Y lo encontraremos. —Le ofreció una leve sonrisa. —No hago promesas a la ligera, debería saberlo ya, pero lo encontraremos.

—Pero...¿y si no es así? —. Su barbilla tembló.

Dios, lo único que él quería era que todo se solucionara. Encontrar a su tío Albert y asegurarse de que ella nunca volviera a llorar. Si tenía que recorrer toda Inglaterra para encontrar al hombre, lo haría. Cualquier cosa por ella.

—Lo encontraremos —le aseguró; le quitó las gafas, las hizo a un lado y le pasó el pulgar por la mejilla húmeda. —Rosie, lo encontraremos.

Ella inspiró profundo y le sostuvo la mirada. Él continuó acariciándole el rostro, enjugando sus lágrimas y capturando las nuevas. Tenía que arreglar la situación. De cualquier manera que pudiera. Bajó la mirada a sus labios y su respiración se tornó pesada, sintió calor en su piel. Bajó la cabeza.

Los labios de ella salieron a su encuentro y él obtuvo el permiso que necesitaba. Sus labios se encontraron en un choque abrupto y apasionado y el calor en su interior alcanzó el punto de ebullición. Ella jadeó y Russell gruñó ante el contacto. Profundizó el beso, sin darle oportunidad de retroceder. No era que ella tuviera aspecto de querer hacerlo. Sus dedos se cerraron alrededor del cuello de él, atrayéndolo lo más cerca posible.

—Oh, Russell —gimió contra la boca de él.

—Cristo —dijo él entre dientes y utilizó ambas manos para darle ángulo a la barbilla de ella, de manera tal que pudiera besarla una y otra vez. Sus lenguas se entrelazaron y él exploró cada rincón de sus labios, de su boca. El deseo lo consumía. El corazón le latía contra el pecho y su cuerpo palpitaba con un anhelo doloroso.

Movió los labios hacia la comisura de la boca de ella y luego, cuando descendió, la sintió estremecerse. Le besó la piel suave de la mejilla y el cuello. Ella soltó un gemido cuando la mordisqueó suavemente. Se aferró a sus brazos y hundió los dedos en la carne de él para atraerlo más cerca. Russell se apartó por un instante para mirarla a los ojos y asegurarse de que estuviera tan perdida en esa hoguera como él.

—Russell —suplicó ella.

Él ya no tenía dudas. La cogió de la cintura y la aplastó contra él, luego la empujó contra la mesa y volvió a besarla, sintiendo el calor de los labios de ella contra los suyos. Con un solo movimiento rápido, la subió a la mesa y ella enredó las piernas alrededor de su cadera, acercándolo más. Con un gemido, él presionó su palpitante virilidad contra ella mientras la

besaba profundamente, sintiendo que nunca sería suficiente. Nunca se cansaría de saborearla, nunca se cansaría de acariciarla.

Necesitaba más.

—Santo Dios —dijo Russell entre dientes; se apartó y le tomó la cara entre las manos. — ¿Qué me estás haciendo?

—Lo mismo que me estás haciendo tú a mí, sospecho —respondió ella, jadeante.

Rosamunde sentía que su cuerpo palpitaba entero, desde los labios hinchados a la piel que le había mordisqueado hasta el ardor entre sus muslos. Casi no podía respirar, mucho menos comprender lo que sucedía. Un minuto antes había estado preocupada por el tío Albert y al siguiente, Russell la estaba besando como si hubiera perdido la razón.

Lo aferró de los brazos con más fuerza y lo volvió a atraer hacia ella. Entrelazando los tobillos alrededor de su cintura, se posicionó en ángulo para sentir la tibia dureza de él contra su cuerpo. Él emitió un sonido ahogado y se mecía contra ella, enviando sensaciones pulsantes por todo su cuerpo.

—Ah.

—Eres tan hermosa —murmuró él—. Estas pecas me llevan al borde de la locura. Le besó la nariz, luego la mejilla y los labios, sumergiéndose otra vez en su boca.

¿Pecas? ¿De qué hablaba? ¿Cómo unas pecas podían enloquecer a un hombre? Pero Rosamunde ni siquiera tenía la voluntad de preguntar. Él se apretaba contra ella; cerró los ojos y se entregó a las sensaciones maravillosas. Ninguna de sus fantasías más alocadas la había llevado allí, a que él la tomara en sus brazos musculosos sobre la mesa de la cocina, entre tantos lugares posibles. A escuchar esos cumplidos en sus roncós susurros. A que la besara como nunca la habían besado en su vida.

—Tu cuerpo, Rosie. —No he podido pensar en otra cosa. Y en tu boca. Y en besarte.

Para ser un hombre taciturno, ciertamente tenía mucho para decir. Y aunque Rosamunde no podía negar que esos cumplidos la entibiaban por dentro y por fuera, no los necesitaba en ese momento. Lo único que deseaba era a él. Abrió los ojos y subió las manos hasta los hombros de Russell.

—Menos palabras, más acción.

Un destello de diversión brilló en los ojos de él.

—Lo que digas.

Por supuesto, Russell era un hombre de acción así que no debería haber esperado de él otra cosa que perfección. La apretó contra él para que pudiera sentir cada centímetro de su cuerpo tenso contra el suyo. Sus senos presionaban dolorosamente contra el corsé y la tela le raspaba los pezones. Sentía humedad entre las piernas. La erección de él pulsaba contra sus piernas, apretándose contra la gruesa tela de sus faldas.

Russell murmuró entre dientes y le levantó las faldas; sus manos se curvaron por sus muslos y se cerraron alrededor de sus nalgas. Esa nueva posición casi le hizo perder el sentido. Prácticamente ya no los separaba ninguna prenda y ella pudo sentir la forma de él contra su cuerpo, suplicando liberación.

Necesitaba sentirlo. Por completo.

Rosamunde alargó el brazo y hurgó entre botones y prendas. Él soltó una exhalación cuando los dedos de ella entraron en contacto con su carne firme y cálida. Echó la cabeza hacia atrás por un instante, luego inspiró y la miró a los ojos.

—Rosie... —le advirtió.

Por lo general, ella detestaba ese nombre, pero no así en boca de él. No cuando la miraba con

esa expresión oscura que había visto tantas veces. Ahora comprendía qué había estado pensando él. Los había estado imaginando piel contra piel, juntos, se había visualizado acariciándola. Ella no había sido la única con locas fantasías.

—Tómame —lo instó—. Hazme tuya.

—Hacerte mía —repitió él—. Dios, es lo único que anhelo.

Sus labios se encontraron con los de ella y sus lenguas se entrelazaron. Hundió los dedos contra las nalgas de ella, y la mantuvo allí, justo en el punto del tortuoso placer. Su pene entró en contacto con la piel de Rosamunde y ella soltó un gemido. ¿Cuánto más la iba a hacer esperar.

—Debería prepararte.

Ella negó con la cabeza. ¿Prepararse? No creía poder estar más lista.

—Ha pasado tiempo para ti.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Ahora —fue lo único que logró vocalizar.

Russell se movió ligeramente, le besó la unión del cuello con el hombro y ella ahogó una exclamación al sentir la firme erección contra su piel. Aferrándose a él con fuerza, lo atrajo hacia ella. Él embistió con fuerza y Rosamunde se puso rígida; la repentina dureza la llenaba tan profundamente que casi no podía respirar. Él también se inmovilizó, respirando agitadamente contra los oídos de ella. Tenía los brazos tensos bajo las manos de Rosamunde y las venas de sus antebrazos latían.

Luego se movió. Ligeramente hacia atrás, luego hacia adelante; Rosamunde inspiró abruptamente. Él se movió hacia atrás otra vez y luego volvió a penetrarla con fuerza. La mesa se movía debajo de Rosamunde y golpeaba contra el suelo de baldosas al ritmo de las estocadas de Russell. Lo único que ella podía hacer era aferrarse a él y dejar que la poseyera, que desatara su pasión sobre ella.

Echó la cabeza hacia atrás y apretó los ojos con fuerza mientras que el placer aumentaba con cada embestida primal. Eso no era una suave caricia de placer. Era un contacto ardiente, penetrante que le dificultaba distinguir donde terminaba Russell y comenzaba ella. Ciertamente no podía escapar de él y tampoco deseaba hacerlo. Ningún mundo imaginario podía alejarla de lo que él le estaba haciendo a su cuerpo.

El dejó escapar un gruñido y volvió a empujar, una y otra vez. Rosamunde abrió los ojos y le sostuvo la mirada. Russell tenía gotas de sudor en la frente y el ceño fruncido. Se inclinó hacia adelante y la besó apasionadamente, mientras se movía con fuerza dentro de ella. No había escapatoria de ese placer ni de las estocadas firmes de su miembro.

Rosamunde movió las manos por los brazos de él y hundió los dedos al sentir que la envolvían las sensaciones, hasta el punto de dejarla sin aliento y sin poder pensar. La mirada de él no se apartó de la de ella cuando llegó el momento culminante. Rosamunde abrió la boca y soltó un grito silencioso, al tiempo que se ponía rígida mientras la oleada de placer la cubría.

Por fin pasó, dejando atrás una sensación cálida y electrizante. Ella dejó caer la cabeza hacia delante y tras unas últimas estocadas fuertes, Russell se retiró.

Él soltó un gemido y ella levantó la mirada para observar su clímax. Él cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. La tensión en su cuerpo era palpable. Abrió los ojos cuando se corrió sobre el muslo de ella y poco a poco, la tensión de su cuerpo se aflojó. Una media sonrisa se dibujó en sus labios mientras Rosamunde le masajeaba los brazos para distenderlo.

—Eres una demente —dijo él, entre dientes—. Permitiendo que te poseyera aquí, sobre la mesa de la cocina.

—No es que lo haya planeado.

—Yo tampoco.

—Pero no me arrepiento, sin embargo.

La sonrisa de él se ensanchó.

—Yo tampoco. —dijo—. Se inclinó hacia adelante y la besó con dulzura. —Yo tampoco.

Rosamunde cargó su bolsa sobre la mesa del comedor y buscó dentro con una mano. Mientras la miraba con una ceja arqueada, Russell trató de reprimir una sonrisa desconcertada. También tuvo que contenerse para mantener los brazos a los lados del cuerpo y no levantarla y ponerla sobre la mesa para volver a hacerle el amor.

Apretó la mandíbula. Era más fácil decirlo que hacerlo. Cualquiera habría dicho que se sentiría saciado tras una noche con Rosamunde, pero por lo visto, no era así. La maldita mujer lo tenía obsesionado.

—¿Qué buscas? —preguntó

Ella sacó un rollo de papel y lo dejó caer sobre la mesa, sin prestar atención a Russell. Le siguieron unas gafas de repuesto, luego varios pañuelos, la ganzúa, y varios libros de bolsillo. Él inspeccionó los títulos.

—¿Por qué tienes un libro sobre venenos?

—Son lecturas útiles —dijo ella entre dientes, mientras miraba dentro de la bolsa—. Y no encuentro mi cuerda por ningún lado.

—¿Cuerda? —Russell cruzó los brazos, se apoyó contra la mesa y sacudió la cabeza.

—¿Por qué demonios necesitas una cuerda?

—No la necesito. Todavía.

—Rosie, no tengo intenciones de amarrar a nadie. —Él se acercó a ella, le quitó la brújula que apretaba en una mano y la dejó sobre una mesa. —Lo encontraremos —prometió.

Ella soltó un suspiro.

—Ahora ni siquiera sé por dónde empezar. Tendremos que buscar por todo el país.

—¿Sigues teniendo su lista de lugares favoritos?

Ella asintió.

—Bueno, podemos empezar por allí.

—¡Por lo que sabemos, podría estar en Escocia!

—Entonces iremos a Escocia.

Los labios de Rosamunde se curvaron en una sonrisa.

—¿En serio?

—Iremos donde tengamos que ir hasta que encontremos a Albert —le aseguró él.

—¿Y no te molesta venir conmigo? —preguntó ella en tono vacilante—. Sé que no esperabas tener que ayudarme durante tanto tiempo.

Él sonrió.

—No me molesta en absoluto. —Depositó un suave beso sobre sus labios, sin acercarse demasiado. Su autocontrol no era más que un fino cable que amenazaba con cortarse.

Ella se apretó contra él.

—Gracias —murmuró y volvió a besarlo.

Russell habría jurado que oyó como se cortaba el cable. Su autocontrol se desvaneció en un instante. En el momento en que los labios de ella entraron en contacto con los suyos, la chispa se encendió; le pasó un brazo detrás de la nuca y le rodeó el cuerpo, atrayéndola hacia él. Ella ahogó una exclamación, permitiéndole ahondar el beso.

—Ah... —gimió, hundiendo las uñas en sus brazos.

Russell movió la boca por su cuello, dejando una huella de suaves mordiscos. Rosamunde se estremeció y echó la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Russell se apartó con violencia, dejando caer los brazos. Se volvió cuando Mabel entró en el salón. La mirada de ella se posó en él y luego en Rosamunde y Mabel sonrió mientras su prima se acomodaba el vestido.

—¿Interrumpo algo?

—No... —Las palabras se atascaron en la garganta de Russell. Tosió. —En absoluto.

Mabel avanzó dentro de la estancia, con el perro debajo de un brazo. Sacó una silla y se dejó caer sobre ella.

—Solo deseaba hablar con mi prima. —Soltó un suspiro teatral y dejó el esponjoso perro sobre la mesa. Él olisqueó la reluciente superficie, se detuvo junto a una botella de vino abandonada y la lamió.

Rosamunde cogió la botella y la devolvió al gabinete de bebidas. Russell maldijo por lo bajo. No solo Mabel los había pillado alterados, sino que también había visto la botella de vino que habían bebido juntos tras horas de hacer el amor. Lo único que faltaba era que hubieran olvidado una de las medias de Rosamunde colgando en algún sitio y Mabel tendría una clara imagen de cómo habían pasado la noche.

—Mamá está hablando de llevar amarillo en la boda —se quejó Mabel—. ¡Amarillo! —Miró a Rosamunde. —Sabe que ese color no me gusta en absoluto.

—Creo que debería... —Russell avanzó hacia la puerta.

—Ah, señor Russell, cómo me gustaría que mi Hugh fuera como usted. ¿Usted jamás permitiría que su prometida llevara un color que detesta ¿no es así?

Él había conocido a Hugh brevemente durante la cena en casa de Rosamunde y parecía ser un hombre paciente y atento, perfecto para Mabel, en su opinión. Se encogió de hombros e intercambió una mirada con Rosamunde.

—No sé mucho de bodas, me temo.

—Estoy segura de que tu madre lo reconsiderará —le aseguró Rosamunde.

Mabel soltó otro suspiro exagerado.

—Creo que tal vez...¿debería ir a preparar té? —sugirió Russell. Cualquier cosa antes que quedarse allí e intentar aconsejar a Mabel sobre colores para la boda. Ciertamente no estaba en su elemento.

—¡Una idea excelente! —dijo Rosamunde.

—Creo que preferiría algo más fuerte. —Mabel dejó caer la cabeza sobre la mesa.

Russell vaciló y luego recuperó la botella de vino casi vacía, sirvió una copa pequeña y se la deslizó por encima de la mesa.

Mabel levantó la cabeza y sonrió.

—Gracias. —Bebió un sorbo y soltó un largo suspiro. —Así está mejor. El perro caminó por encima de la mesa y lamió el vaso. —Este asunto lo tiene nervioso también al Señor Pompador.

—Tomó la cara del perro entre las manos y le besó el hocico. —¿No es así, Pompy-Wompy? Necesitas un sorbo de vino, ¿verdad? —Se inclinó para mirar más allá de Russell. —¿Hay más?

Él levantó la botella vacía.

—Me temo que no.

—Ah, sí, ese es el favorito de tío Albert. Es muy difícil de conseguir. —Mabel dejó el perro en el suelo. —Es una lástima que sea tan delicioso. No me sorprende que haga tanto esfuerzo por conseguirlo.

—¡El vino! —Rosamunde soltó una exclamación. —¡Por supuesto!

Russell frunció el ceño.

—¿El vino?

—El tío Albert adora los buenos licores y este es su vino francés favorito. Desde la guerra, se ha vuelto difícil de conseguir —explicó Rosamunde.

Mabel asintió.

—Hace apenas unas semanas, la tía Janey se quejaba de que él pasa tiempo con personas indeseables solo por este vino absurdo.

—Así es —declaró Rosamunde—. ¡Sé dónde debe estar!

—¿En serio? —preguntó Russell.

—En la Isla de Wight —dijo ella, llevándose una mano a la frente—. ¡Debería haberlo pensado! Cuando tía Janey se quejaba ¿era porque el tío Albert iba allí?

Mabel encogió un hombro.

—No presté mucha atención, pero creo que sí. —Abrió la boca en forma de “o”. — ¡Entonces es allí donde está!

Rosamunde se giró para mirar a Russell.

—¡Tenemos que ir a la Isla de Wight! —anunció—. Estoy segura de que está allí.

UNA VEZ que Russell salió para buscar al señor Wimpole en su alojamiento, Rosamunde se dejó caer en una silla del comedor junto a Mabel.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó a su prima.

—¿Acerca del vino?

—Sí, bueno...

—Para ser franca, mi mente estaba un poco ocupada con Hugh y el hecho de que no me proponía matrimonio. ¡Por no mencionarte mi secuestro!

Rosamunde puso una mano sobre la de Mabel.

—Lo sé, perdóname. No puedo creer que yo tampoco lo haya pensado. Vi algo de ese vino en su casa y nunca se me ocurrió cuánto lo codiciaba.

—Imagina si lo hubieras descubierto entonces, no habrías pasado tiempo con el señor Russell. ¡Qué terrible habría sido eso!

—Mabel...

—¿Os estabais besando ¿verdad? —Una sonrisa se dibujó en su boca.

Rosamunde vaciló. No tenía sentido mentirle a Mabel. Ella lo descubriría en un instante. Pero era difícil admitir que algo había sucedido entre ellos, incluso para ella misma. Era tan nuevo, fresco y maravilloso, pero no había habido tiempo para hablar de ello ni tampoco comprenderlo. Todo lo que sabía era que deseaba a Russell casi más que a su siguiente respiración.

—Sí, estábamos besándonos —admitió por fin.

—¡Oh, qué maravilloso! —Mabel aplaudió. —Sabía que estaba desesperado por ti.

—No diría desesperado. —O tal vez sí. Había sentido la desesperación de él cuando la había levantado y depositado sobre la mesa de la cocina. Y cuando la llevó a la cama, de hecho. Había sido algo bastante especial sentir las ansias desesperadas en sus caricias y saborearla en sus labios. Incluso con su frondosa imaginación, nunca había podido imaginar tales momentos.

—Dios, estás realmente enamorada de él.

Rosamunde miró a su prima y se permitió una pequeña sonrisa.

—Creo que sí.

—Podríamos tener una doble boda, entonces. —Ella recogió al Señor Pompadour. —¿Oyes eso, Pompi? ¡Una doble boda! Será un día maravilloso ¡y te verás tan guapa caminando por el pasillo!

Rosamunde levantó una mano.

—Realmente no hemos hablado del futuro, Mabel y ni siquiera estoy segura de que Russell sea de los que se casan. —Apretó los labios. —De hecho, diría que decididamente no lo es.

—Oh, por favor. Los hombres cambian. Mira a Hugh. Pensé que nunca se declararía, pero lo hizo.

—Hugh siempre te iba a proponer matrimonio. El pobre hombre solo tenía terror de que le dijeras que no.

—Bueno, eso demuestra que... los hombres no tienen idea de lo que hacen.

Rosamunde frunció el ceño.

—No estoy segura de que eso sea reconfortante en absoluto.

—Lo que quiero decir es que creen una cosa, pero en realidad es completamente otra.

Rosamunde la miró con expresión severa.

—Mabel...

—El señor Russell cree que es un soltero independiente y misterioso, pero no lo es. —Sonrió. —Al menos no cuando se trata de ti.

—No estoy segura...

—Pues yo sí. —Su prima la empujó ligeramente. —El querrá casarse contigo, estoy segura.

—Suficiente de hablar de mí. ¿Qué hay con este asunto de llevar amarillo?

—Oh, ahora ya casi no me importa. —Agitó una mano. —¿Qué importancia tiene un poco de amarillo cuando tu prima preferida está completamente enamorada?

—No he dicho que esté enamorada.

—Debes estarlo. Tus mejillas están sonrosadas y te brillan los ojos. ¿Qué otra cosa podría ser, si no amor?

Probablemente satisfacción, pero Rosamunde ciertamente no iba a decírselo a su prima.

—Por favor, no te entusiasmes demasiado —advirtió a Mabel.

Mabel hizo un gesto de coserse la boca.

—No diré ni una palabra, lo prometo, pero debes escribirme si pasa algo en la Isla de Wight. Especialmente porque estaré atrapada aquí mirando patrones antiguos con mamá, cuando preferiría ir de compras a Londres.

—Estoy segura de que tu madre no elegirá nada horrible —la tranquilizó Rosamunde.

—Ojalá pudiera contarle sobre tú y Russell. ¡Entonces podríamos planear una boda mucho más grande!

—Mabel —dijo Rosamunde con firmeza.

—Lo sé, no diré ni una palabra. —Depositó un beso sobre la cabeza de su perro. —El Señor Pompadour y yo permaneceremos completamente callados hasta que te comprometas.

—Realmente no creo que eso suceda. Además, ¿quién dice que quiero volver a casarme?

—¿Por qué no lo harías? Imagina pasar cada hora del día con el señor Russell. —La sonrisa de Mabel se volvió traviesa. —Y no mencionemos cada hora de sueño también.

—Mabel...

—¿Qué? Me voy a casar pronto. De todas formas, tendré que acudir a ti en busca de consejo. Por el amor de Dios, mamá me dijo que solo me recueste y piense en Inglaterra, y eso suena horriblemente aburrido.

—Así es —coincidió Rosamunde.

—Apostaría que al señor Russell tampoco le gustaría que hicieras algo así.

Rosamunde sacudió la cabeza y se pellizcó la nariz. Empezaba a desear no haberle confesado nada a su prima.

—Tu madre estará contenta, ya verás.

—No...

—Que no abra la boca. —Mabel levantó una mano. —Ya lo sé. Solo digo que tu madre vio la atracción entre vosotros dos. Ahora ha decidido que es un hombre adecuado, todo es sencillamente perfecto.

—No estoy segura...

—Tu padre tampoco se opondrá. ¿Cómo podría hacerlo? Podrá ser hijo natural de un conde, pero después de todo, el señor Russell tiene sangre noble en las venas.

—¿Que yo tengo qué?

Rosamunde giró la cabeza y vio a Russell en la puerta, con expresión furibunda.

—Ay, ay... —dijo Mabel.

—Eso no puede ser cierto. —Russell miró primero a una, luego a la otra y negó con la cabeza. —¿Dónde escuchasteis semejante cosa?

—Oh, lo sabe todo el mundo —respondió Mabel—. Bueno, al menos toda nuestra familia. La Abuela conocía a su padre.

—Mabel —chistó Rosamunde.

Él se pasó una mano por el pelo; recordó la cena en casa de Rosamunde y el interés de su abuela por él. No era de extrañar, maldición. Ella había estado tratando de ver si su suposición era correcta. Lo cual no era así. ¿Cómo podría ser cierto? Guy habría dicho algo.

—No es cierto —insistió.

Rosamunde miró a su prima y luego se levantó, tomó a Russell del brazo y lo llevó al salón, donde cerró la puerta tras ellos. Se mordió el labio inferior y lo miró.

—No es cierto —repitió él.

—Tal vez lo sea.

Russell frunció el ceño.

—Hace cuánto tiempo que sabes esto?

—Desde la cena —admitió ella en voz baja. Se acercó, pero Russell retrocedió y se detuvo junto a la ventana, para mirar hacia fuera. —Intenté averiguar si era cierto. Por eso no dije nada. No quería causarte angustia.

Él giró hacia ella.

—Ciertamente explica todas las malditas preguntas.

—¿No crees que quiero conocerte de todos modos, Russell? Pero necesitaba averiguar si lo sabías. —Bajó la mirada al suelo. —No parecía haber una buena manera de abordar el tema.

Russell se acercó a ella.

—Quizás podrías haberlo mencionado antes de que... —Soltó un suspiro.

Rosamunde abrió grandes los ojos y se sonrojó intensamente.

—No es algo que haya planeado ¿vale?

—¿Cómo iba a saberlo? Ciertamente explica el interés de tu familia en mí. ¿Me habrán considerado como tu próximo esposo, tal vez? Puedo ser el hijo bastardo de un conde, pero imagino que eso es lo suficientemente bueno para algunas personas.

Ella abrió la boca y luego la cerró.

—Supongo os habréis divertido bastante, todos vosotros. Riendo del huérfano con poca idea de su linaje.

Inspiró hondo, pero fue en vano. Cada fibra de su ser ardía peligrosamente. Justo cuando pensaba que hasta podría agradarle a la familia de ella, se habían burlado a sus espaldas,

divirtiéndose a su costa y cotilleando sobre su pasado. No era más que un entretenimiento gratuito para esa familia adinerada.

—Mi familia se enteró al mismo tiempo que yo.

—¿Crees que eso lo hace mejor?

—Russell... —Rosamunde intentó tocarlo, pero él esquivó su contacto. —Sabía que sería un golpe, por eso no dije nada. Quería confirmarlo primero.

—¿No crees que habría sido mejor si yo hubiera podido confirmarlo?

—Tal vez, pero ya es un poco tarde para eso ¿verdad?

—Sí, es un poco tarde —respondió él, tajante.

Miró hacia las calles, a los peatones que pasaban. Envidiaba cómo continuaban con su vida como si nada. Durante un breve y dichoso momento esa mañana, pensó que algo había cambiado. Que él y Rosamunde, que ambos... Bueno, ya no tenía importancia. Si ella podía ocultarle algo así, ¿qué más estaría escondiendo? ¿Sería real el tío desaparecido? Maldición, ¿cómo podía estar seguro de que no fuera solo una fantasía suya?

—¿Estás segura de haber escuchado bien?

Ella asintió y entrelazó los dedos delante del cuerpo.

—Te llamaron así por tu padre, y tu madre era una criada en su casa. Mi abuela conocía a su hermana y también la historia de tu nacimiento.

—No puede ser verdad —murmuró él.

—Creo que deberías estar abierto a la posibilidad de que lo sea. —Rosamunde sonrió ligeramente. Piensa solo en esto: ahora tienes una familia.

—No quiero una familia. —Levantó la voz. —No necesito una maldita familia.

—Sé que esto es impactante, Russell pero ¿no ves que podría ser algo bueno? Seguro que tener estas conexiones no es malo.

—He sobrevivido sin conexiones, Rosamunde. —Frunció los labios. —Sobreviví por mi cuenta durante bastante tiempo. No, de hecho, prosperé. Ciertamente no necesito “conexiones” ahora.

—No fue eso lo que quise decir.

—Sé muy bien lo que quisiste decir.

Ella le apoyó una mano en el brazo y Russell la dejó allí solo porque no tenía energía para apartarla. Si Guy estaba enterado de esto, significaba que lo sabía cuando lo buscó para unirse al Club del Secuestro. Seguramente el trabajo había sido una especie de acto de caridad.

Bien, pues no necesitaba de su maldita caridad. Se las había arreglado bien por su cuenta.

—Si es verdad, entonces tienes un hermano —dijo ella en voz baja—. Tienes una historia. ¿Acaso eso no te agrada?

—Lo que me agradaría es que la gente no estuviera hablando sobre mi supuesto pasado a mis espaldas. —La miró a los ojos. —Me complacería que no me mintieras, que no te rieras a mis espaldas.

Rosamunde frunció el ceño.

—Vamos, ¿de verdad piensas tan mal de mí? ¿Crees que soy una chismosa, que disfruto con secretos así?

Él buscó dentro de los ojos apenados de ella. No lo había creído. Al menos hasta ese momento. Pero tal vez se equivocaba.

Encogió un hombro.

—Tal vez te pareces más a tu familia de lo que piensas.

Ella retrocedió unos pasos.

—Mi familia tiene sus defectos, pero son personas buenas y amables. Nunca desearían hacer daño a otro y te recibieron con los brazos abiertos.

—Me recibieron porque soy el hijo natural de un conde.

—Si realmente piensas eso, entonces eres más descreído de lo que imaginaba.

Él esbozó una sonrisa socarrona.

—Querida, si aún no te has dado cuenta de eso, entonces eres más ingenua de lo que pareces.

Rosamunde tomó una bocanada de aire. Él no lo decía en serio, se dijo. El muy tonto se estaba desahogando porque no podía soportar la idea de que tal vez no estuviera solo en el mundo. Ninguna de sus palabras hirientes estaba cargada de verdadera intención.

Pero eso no significaba que no dolieran.

—Russell. —Intentó acercarse a él, pero él esquivó nuevamente su contacto. Apretó los puños a los lados del cuerpo. —Nadie se estaba riendo de ti, nadie tenía malas intenciones contigo.

Lo cual era más o menos cierto. Su familia parecía haberle tomado simpatía por el bien de ella. Y ella también le había tomado simpatía. Pero eso tenía poco que ver con su ascendencia.

Russell cruzó los brazos y la miró.

—¡Por Dios, hace poco mi madre esperaba que me casara con un duque! —exclamó Rosamunde.

Russell soltó una risa seca.

—Claro que sí. —Negó con la cabeza. —A veces olvido cómo funcionan los ricos. Supongo que pensaron que conmigo realmente estabas raspando el fondo del barril.

—¡Nadie pensó eso! —Apretó aún más los puños y se concentró en respirar profundamente, tratando de no ceder a la ira que la invadía. —Solo estaban siendo amables.

Élladeó la cabeza.

—¿Te parece bien hablar del pasado de alguien a sus espaldas?

—No es como si hubiéramos estado cotilleando sobre ti.

—Me cuesta creerlo. Tu familia es bastante hábil en ese campo.

—Mi familia habla mucho, te lo concedo, pero ciertamente no son maliciosos. —Dio un paso adelante. —Russell, por favor, sé que estás herido, pero...

—No estoy herido —dijo él, tajante—. Para que algo te hiera, te tiene que importar. A mí no me importa si tu familia se divierte con los orígenes humildes de los demás. No me importa lo que piensen de mí. —Cruzó los brazos. —Maldición, ni siquiera me importa lo que pienses tú de mí, Rosie. No me importa, siempre y cuando me pagues.

—Pues pensé que podría importarte un poco.

—Soy un empleado contratado, nada más. —Encogió los hombros. —Y por lo que sé, tal vez me contrataste como una forma de entretenimiento. Bueno, espero que haya obtenido el valor de su dinero, miladi.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Entretenimiento? —Russell, yo...

—Por lo que sé, tal vez este tío ni siquiera existe. Sé que usted encuentra la vida aburrida así que, ¿por qué no crear un poco de misterio?

—¡Vaya, eso es bastante grosero!

—¿Necesito recordarle que crecí en las calles? No soy un caballero. —Se acercó más y abrió los brazos desde su imponente estatura. Bajó la voz. —¿Por qué no encamarse con el hijo bastardo de un conde?

Rosamunde trastabilló y retrocedió unos pasos; la vulgar palabra resonaba en sus oídos. El

calor le subió a las mejillas y sintió como si la hubieran golpeado. Con el corazón latiéndole dolorosamente en el pecho, lo miró, sin poder creer que hubiera pronunciado esas palabras. Lo que habían hecho había sido más que solo... Bueno, fue más que eso. Había sido especial. Por Dios, incluso había pensado que tal vez...

—Claramente no me conoce en absoluto —dijo con voz tensa.

—Sé que es usted una jovencita aburrida con poco que hacer, excepto inventar historias sobre tíos desaparecidos solo para conseguir algo de emoción en la vida.

—¡Cómo... cómo se atreve! —Las lágrimas ardían en sus ojos, nublando su visión; las apartó con furia. De todos Russell había sido la única persona que le había creído. La única persona que no la había considerado una tonta.

—Me atrevo, miladi, con facilidad —Sus labios se curvaron. —Nunca debí haberme dejado llevar por sus fantasías.

—Dijo usted que me creía.

—Porque me estaba pagando, ¿o ha olvidado usted esa parte?

—El tío Albert está desaparecido —insistió ella—. Incluso dijo usted mismo que algo no cuadraba, de lo contrario, nunca habría aceptado el trabajo.

—O tal vez lo dije para que me pagara.

—No. —Ella sacudió la cabeza con fuerza. —No lo habría aceptado. Además, todos dicen que es adinerado. Ni siquiera necesita el dinero.

La expresión de él se ensombreció.

—Así que no solo era el hijo bastardo de un conde, sino que también era rico. No me sorprende que a su familia le agradara.

—¡Ni siquiera lo sabíamos al principio! —objetó ella—. Y puedo pensar en varios pretendientes que querrían cortejarme en su lugar.

Los labios de él se tensaron en una línea de amargura.

—Sí, supongo que nunca seré lo suficientemente bueno para usted.

—Pensé que tal vez sí lo sería —susurró ella.

Él se inmovilizó y apretó la mandíbula. Por un momento, Rosamunde creyó que podría haber terminado, que la abrazaría y se disculparía por sus palabras hirientes y que aceptaría las disculpas de ella por no haber hablado antes. Por un momento, la posibilidad existió, y ella contuvo la respiración. Pero el momento pasó. Él se dio la vuelta, permitiéndole vislumbrar su fría expresión.

—Creo que es hora de poner fin a esta farsa. Tengo otros asuntos que atender.

—¿Pero, ¿qué pasa con la Isla de Wight?

Se detuvo junto a la puerta.

—Vuelva a su casa, Rosie. Las absurdas aventuras no son para usted. Vuelva adonde pertenece.

—Todavía tengo que pagarle —dijo ella apresuradamente, buscando razones para evitar que se fuera.

—Considere que la noche transcurrida fue su pago.

Ella retrocedió unos pasos, hasta que sus rodillas se encontraron con un sillón. Russell la miró por un instante a los ojos y por un segundo, ella habría jurado que vio arrepentimiento. Pero él se marchó de todos modos. La dejó con un dolor ardiente en el pecho. La dejó con palabras que la quemaban hasta el alma.

Dejándose caer en el sillón, hundió la cara entre las manos. Las lágrimas no llegaban y casi deseaba que lo hicieran, ¿pues seguramente eso sería mejor? ¿Seguramente ayudarían a aliviar el

dolor? ¿Cómo podía decir tales cosas? ¡Insinuar que ella era una especie de... una especie de prostituta! ¡Cómo se atrevía!

Levantó la cabeza cuando la puerta se abrió con un chirrido, pero la esperanza en su pecho se desvaneció enseguida cuando Mabel entró en el salón.

—¿Se ha ido? —preguntó Rosamunde con voz tensa.

Mabel asintió.

—Parecía enfadado.

—Lo estaba.

Mabel se dejó caer en el sillón junto a ella.

—¿Qué vas a hacer a hora?

Ella enderezó los hombros. Al diablo con Russell. Si quería comportarse como un idiota respecto de todo este asunto, pues allá él. Eso no significaba que el tío Albert tuviera que sufrir. Ella quería encontrarlo, y podía hacerlo sin la ayuda de Russell.

—Iré a la Isla de Wight —dijo con firmeza—. Y encontraré al tío Albert.

Deseaba no haber tardado tanto en localizar a Guy. Los días de viaje hasta la hacienda en Suffolk y luego de vuelta a Londres le habían dado a Russell demasiado tiempo para reflexionar. Especialmente sobre cómo había tratado a Rosamunde. Apretó los puños y se abrió paso entre un grupo de personas que paseaban por Regent's Park.

No podía olvidar el dolor reflejado en su rostro.

No podía olvidar que ella había intentado apelar a su mejor naturaleza. Como si él tuviera una mejor naturaleza. La discusión solo había servido para resaltar sus diferencias, para destacar lo poco que encajaba él en su mundo. No importaba cuánto dinero que acumulara o cuán finas fueran sus ropas, ni siquiera el hecho de que tuviera sangre de un conde corriendo por sus venas; no podía desprenderse de la suciedad de su pasado. Había nacido en los callejones y el hedor aún se aferraba a él. Después de la crudeza con la que le había hablado a Rosamunde, eso era más que evidente.

Se detuvo frente a la casa de Guy en Londres y levantó la mirada, contemplando la construcción que abarcaba gran parte de la calle. Llamarlo "residencia urbana" parecía casi ridículo, cuando la mansión se habría acomodado fácilmente en una generosa hacienda en medio del campo, y aun así habría dominado el paisaje. Sabía dónde vivía Guy en Londres desde que se habían conocido, pero nunca lo había visitado debido a que intentaban mantener en secreto su asociación con el Club del Secuestro. Ahora no podía evitar pensar si sería también porque Guy también había estado intentando mantenerlo en secreto a él.

Un mayordomo abrió la puerta, tomó su nombre y desapareció, dejándolo en medio de un lujoso vestíbulo decorado por grandes pinturas y vigilado por un gigantesco candelabro.

Se permitió una pequeña sonrisa. Si su padre lo hubiera reconocido, podría haber tenido algo parecido a esto. En realidad, era probable que pudiera permitirse una bonita casa de todos modos, pero la idea de volver siempre al mismo lugar... bueno, hasta hace poco, esa idea había hecho que se le cerrara el estómago.

Hasta que llegó Rosamunde, claro está. Hasta aquella maldita noche en la cocina.

Tamborileando con el pie en el suelo, se cruzó de brazos. No debía haber cedido a sus deseos. Le habían nublado todo, lo habían hecho sentir tan confundido que apenas se reconocía a sí mismo. ¿Quién era? ¿Un hijo bastardo? ¿Un amante? ¿Un huérfano? Quién demonios lo sabía.

Guy apareció en el vestíbulo, con las cejas arqueadas.

—No esperaba realmente que fueras tú —le dijo, haciendo un gesto para que Russell lo siguiera.

—¿Conoces a otros hombres llamados Marcus Russell? —preguntó él con ironía, mientras lo seguía hasta una biblioteca revestida en madera.

Sobre un gran escritorio de caoba había correspondencia esparcida y detrás de él se alineaban libros en las estanterías. Los dedos de Guy estaban manchados de tinta y el pañuelo que llevaba al cuello estaba torcido. Cualquiera fuera el asunto que Guy hubiera estado atendiendo, debía de ser complicado. Cualquiera fuera el asunto que su hermano hubiera estado atendiendo, se corrigió a sí mismo.

—Pensé que habías entendido que nunca debías dejar que te vieran aquí —dijo Guy, mientras servía una copa de brandy y se la ofrecía. Russell ignoró la bebida y se mantuvo de pie mientras Guy se sentaba sobre un extremo del escritorio.

—Debe tratarse de algo realmente serio —observó, con los ojos fijos en Russell.

Él apretó los dientes. Había imaginado esa reunión una y otra vez. Se había imaginado exigiendo una explicación. Incluso se había visualizado golpeando a Guy contra una pared y diciéndole que su relación había terminado, que no le agradaba que le hubieran mentido.

Pero toda esa belicosidad había desaparecido. Lo había abandonado en el momento en que le había hablado a Rosamunde de esa manera. Soltó un suspiro.

—Dime la verdad, ¿lo sabías?

Guy frunció el ceño.

—¿Qué cosa?

—¡Maldita sea, Guy!

Guy esboza una leve sonrisa y se apartó del escritorio.

—¿Si sabía que somos hermanos?

—Medio hermanos —lo corrigió Russell.

—Lo sabía, sí.

Russell dejó escapar el aire entre los dientes.

—¿Por qué no dijiste nada? —Se pasó una mano por la cara. —¿Me rastreaste deliberadamente? Demonios, ¿has estado moviendo hilos todo este tiempo?

—¿Moviendo hilos?

—Asegurándote de que mis negocios fueran bien —masculló—. Nunca necesité de la caridad de nadie ¿sabes?

—Lo sé, Russ. Sé que probablemente tienes más patrimonio disponible que Nash y yo juntos.

—No lo creo.

Guy levantó las manos.

—No tuve nada que ver todo eso.

Russell soltó un suspiro. La idea de que tal vez todo lo que había logrado no se debiera a su inteligencia o ambición lo había estado carcomiendo desde que se había enterado de su parentesco con Guy.

—Sin embargo, lo sabía antes de invitarte a ser parte del Club del Secuestro.

—¿Así que eso fue un acto de caridad? —dijo Russell, casi para sí mismo.

Guy negó con la cabeza.

—Me di cuenta de que eras sagaz. Excepcionalmente sagaz. Además, tenías los antecedentes que necesitaba. Eras alguien dispuesto a ensuciarse las manos y que podía valerse por sí mismo.

—Entonces es verdad —murmuró Russell—. Eres mi hermano.

—Eres mi hermano, sí —confirmó Guy—. Me di cuenta tan pronto nos conocimos. Tienes los ojos de nuestro padre. —Señaló el retrato de un hombre que lucía como una versión mayor de Guy. —Además, llevabas su nombre. No fue difícil imaginar que mi padre podía haberte engendrado; no le era precisamente fiel a mi madre.

Russell dio un paso adelante y examinó el cuadro. Aunque no veía mucho de sí mismo en ese

hombre, compartían los mismos penetrantes ojos azules que tanto impresionaban a las mujeres. Retrocedió, sintiendo un nudo en el pecho.

—Investigué un poco y averigüé acerca de tu madre. Parece que la conciencia de mi padre emergió brevemente antes de su muerte e intentó buscarte pero en aquel entonces ya te habías perdido para nosotros.

—No estaba perdido —replicó Russell.

Guy encogió los hombros.

—Para cuando te conocí, sabía que no tomarías esta noticia con agrado. Lamento habértelo ocultado, pero quizás puedas entender por qué lo hice.

—Rosamunde lo sabía —dijo—. Ella y su familia. Lo averiguaron.

—También lo lamento. Deberías haberte enterado por mí. —Guy dio un paso adelante y le puso una mano en el hombro. —No te daré nada que no desees, pero me gustaría reclamarte como hermano.

Russell apretó la mandíbula. Había estado muy decidido a seguir siendo como era, un huérfano sin familia, un hombre que se había hecho a sí mismo. No sabía qué significaba ser hermano y mucho menos el hijo de un conde. Pero todo había empezado a cambiar recientemente.

Gracias a Rosamunde.

—Yo...

La puerta se abrió y el mayordomo entró con una tarjeta sobre una bandeja.

—Disculpe, milord, pero una joven presa de gran agitación exige hablar con usted.

Guy tomó la tarjeta pero apenas tuvo tiempo de echarle un vistazo antes de que la prima de Rosamunde irrumpiera en el estudio. Ella ahogó una exclamación al encontrarse con la mirada de Russell.

—¡Oh, por Dios! ¡Vine aquí buscando a Lord Henleigh para ver si podía encontrarlo a usted, y aquí está! —Hizo una pausa y tomó una bocanada de aire. —Lo he estado buscando por todo Bath y Londres.

El estómago de Russell se retorció.

—¿Qué sucede, Mabel?

—Se trata de Rosie. Se ha ido sola a la Isla de Wight. Pensé que estaría bien, ya sabe lo fuerte que es, pero me prometió que me enviaría noticias tan pronto llegara, y no he recibido nada. Me preocupa que se haya enredado en lo que le ha sucedido a tío Albert.

Maldición. Por supuesto que se marcharía sola. Debería haberlo previsto. Nadie podía igualar la determinación de Rosamunde.

Miró a Guy.

—Tendremos que terminar esta conversación más adelante. Me marchó a la Isla de Wight.

Guy alzó una ceja con un destello divertido en su mirada.

—Por supuesto.

Russell se quedó paralizado al verla, al igual que su corazón.

Los ojos de ella se abrieron como platos cuando lo vio en lo alto de las escaleras. Rosamunde se quedó inmóvil en la puerta de la posada.

—¡Russell!

Él cubrió la distancia en tres rápidas zancadas.

—Lo siento —logró murmurar antes de pasar una mano detrás de su cuello y apretar los labios contra los de Rosamunde.

No lo había planeado de esta manera. Dios sabía que nada nunca funcionaba según lo planeado cuando se trataba de Rosamunde. Por primera vez en su vida, no le importaba. Sus planes podían irse al infierno mientras tuviera a Rosamunde.

Ella ahogó una exclamación y lo rodeó con sus brazos, correspondiendo a su beso con el mismo ardor que él sentía. Habían estado separados apenas unos días, pero parecía una eternidad. Demasiado tiempo sin tocarse, demasiado tiempo sin verla. La hizo retroceder dentro de la habitación y cerró la puerta de un puntapié.

—Lo siento —repitió entre besos.

Ella tiró del pañuelo que llevaba al cuello.

—Fui un necio.

—Sí —murmuró Rosamunde, mientras deshacía el nudo y arrojaba el pañuelo a un lado.

—Pensé que podía haberte perdido.

—No. —Ella le abrió los botones del chaleco mientras él buscaba la cinta en la espalda del vestido la desataba. Depositó una lluvia de besos en su cara, su cuello, su escote, luego se puso a trabajar sobre los diminutos botones en la parte delantera del vestido.

—Dios, cómo te eché de menos. —Volvió a adueñarse de su boca, cubriendo sus labios tibios con los de él. Rosamunde soltó un gemido y se apretó contra él, presionando sus senos contra su pecho. Él también dejó escapar un gemido.

—Yo también te eché de menos.

Con movimientos bruscos él se quitó la chaqueta, ella hizo a un lado su chaleco y luego comenzó a desabotonarle la camisa. Los pequeños botones del vestido de ella no parecían dispuestos a colaborar, por lo que Russell tuvo que interrumpir el beso brevemente para concentrarse en quitarle la endemoniada prenda. Ella le besó el cuello, mordisqueándole la piel y haciéndolo estremecerse.

—No me estás facilitando las cosas —murmuró él.

—Bien. No te mereces nada que sea fácil.

—Lo sé. —Él le bajó el vestido por los brazos, hasta las caderas. —Dije cosas terribles.

—Así es. —Rosamunde se quitó el vestido y quedó en corsé y enaguas. Russell ahogó una exclamación al ver sus senos debajo del corsé y sus curvas acentuadas por la firmeza de la prenda.

Aferrándole la cintura con ambas manos, la atrajo hacia él y volvió a besarla. Ella se rindió de inmediato, ofreciéndole todo lo que ansiaba y más.

—Ni siquiera merezco tu perdón —dijo él contra su boca, mientras sus dedos le aflojaban el corsé.

Rosamunde le empujó la camisa abierta hacia atrás de los hombros y abrió las manos sobre su pecho. Él suspiró al sentir los dedos tibios de ella y cerró los ojos por un instante. Pensar que casi había perdido eso, casi la había perdido a ella. Tenía que ser el idiota más grande del mundo. Abrió los ojos cuando ella le besó el pecho con la boca abierta. La sostuvo allí por un instante, con la mano en la nuca de ella, permitiéndose disfrutar de tenerla tan cerca.

Rosamunde lo miró y bajó las manos a sus pantalones.

—Es probable que no —coincidió.

—Haré lo que sea necesario. —Él le besó los labios. —Lo que quieras. No me importa. Soy tuyo.

Ella se apartó y se bajó las enaguas, luego se quitó los zapatos y las medias. Por último, el corsé, y él temió que algo le hubiera sucedido en su viaje hasta allí. Porque claramente había muerto y estaba en el Paraíso.

La luz de la mañana bañaba la piel de Rosamunde, resaltando la curva generosa de sus senos, la redondez de su abdomen, el largo de sus muslos y las sombras entre ellos. El cabello oscuro le caía sobre un hombro y las gafas se le habían resbalado por la nariz.

—Y yo, tuya —dijo por fin.

—Dios.

Se desvistió con la velocidad de un rayo y la tomó en brazos. Ella entrelazó las piernas alrededor de las caderas de Russell, y él la tomó de las nalgas. Sentía el cuerpo tibio de ella contra el suyo. Tibio y perfecto. Le temblaban los brazos, no por el esfuerzo, sino por la incredulidad de tener en sus brazos a esta mujer bella, asombrosa y completamente loca.

Y ella lo deseaba. Después de todo lo que él había hecho, lo deseaba. Nunca había conocido a una mujer tan leal y llena de amor. Era la cura para todas las cosas horribles por las que había pasado. Era el paraíso para su infierno personal.

Nunca más quería perderla.

La llevó hasta la cama y la depositó sobre la manta de color rojo intenso; su piel blanca relucía por el contraste. Apenas si tuvo tiempo de admirarla antes de que Rosamunde le echara los brazos al cuello y lo atrajera hacia ella.

Los besos se volvieron ardientes y él no pudo comprender cómo había sobrevivido un día sin ella, mucho menos varios. Cuando esto hubiera terminado, no quería separarse nunca más de ella. Podía ser gracioso si la mera idea de perderla no le provocara una punzada de dolor en el corazón: él, el huérfano solitario, ahora tenía un hermano y una mujer a la que amaba.

Porque no había manera de negarlo. Ella había derribado cada una de sus barreras y había llegado hasta su duro corazón.

Él movió la mano entre los muslos de ella y la encontró húmeda y lista. Rosamunde soltó un gemido ante el contacto, al sentir los dedos de él sobre su centro.

—No me hagas esperar —lo instó.

—Dímelo otra vez.

—¿Qué? —preguntó, mientras le besaba la mandíbula.

—Dime que eres mía.

—Soy tuya. —Le besó el mentón. —Soy tuya —repitió, presionando sus labios contra los de él.

Él le quitó las gafas y las dejó caer sobre la mesa junto a la cama, luego se acomodó entre sus piernas. Mantuvo el peso del cuerpo sobre las manos y la miró a los ojos.

—Soy tuya —repitió ella, sosteniéndole la mirada—. Soy tuya.

Russell la penetró con un gemido.

—Soy tuya. —La voz de ella se agudizó. —Soy tuya.

ROSAMUNDE SOSPECHABA que hacía tiempo que era suya. Tal vez desde el momento en que la había raptado.

Él se movió en su interior, dejándola sin aliento. Se aferró a él, moviéndose con su fuerza, sin poder hacer otra cosa que sostener la intensidad de su mirada y dar gracias al Señor porque estaba allí.

Tras días de esperar que amainara el viento para poder tomar la barca hacia la isla, no imaginaba volver a ver a Russell, pero cuando lo vislumbró en el pasillo, con expresión contrita, sintió que el enfado que había podido sentir se evaporaba en un instante. Él se había sentido herido y atacó como un animal lastimado. Ella lo comprendió en aquel momento, pero al ver a ese hombre alto y fuerte tan vulnerable, no había podido más que perdonarlo.

Lo aferró de los brazos y él se lanzó hacia adelante. Los tendones de su cuello contrastaban con las líneas rectas de sus hombros. Ella ahogó una exclamación y tomó todo lo que él pudiera darle, una y otra vez.

La cama se sacudía bajo ellos mientras el dulce y firme calor de él pulsaba en su interior. Russell no apartaba la mirada, sus ojos estaban fijos en los de ella. Había dejado de disculparse, pero Rosamunde veía todo lo que necesitaba en sus ojos. Ya no había duda. No tenía nada que ver con su frondosa imaginación. Él la deseaba tanto como ella a él.

Y la amaba tanto como ella a él.

Deslizó las manos por su espalda y le apretó con fuerza una nalga firme con una mano, mientras mantenía la otra presionada contra su espalda. Sus músculos se tensaron y él susurró el nombre de ella, al tiempo que hundía la cabeza contra su cuello. Le besó y mordisqueó la piel, haciéndola estremecerse.

El placer se incrementaba con cada deliciosa estocada. Rosamunde arqueó la espalda, dejándose llevar por las sensaciones. Él se incorporó sobre los brazos y empujó con fuerza. Una y otra vez, hasta que ella creyó que perdería la razón.

—Eres mía —dijo con voz ronca—. Y yo soy tuyo.

—Sí —gimió ella—. Sí, sí.

—Mía, mía, mía —dijo él, con cada impulso dentro de ella.

—¡Sí!

El placer llegó rápidamente a su pico, antes de lo que ella esperaba y estalló como olas en el océano. Rugió en su interior y ella se aferró al cuerpo de Russell con todas sus fuerzas, mientras la electricidad le recorría el cuerpo hasta desvanecerse y dejarla saciada y débil.

Russell la apretó contra él y se inmovilizó en el punto máximo de placer. Con un profundo gemido, acabó dentro de ella, meciéndose suavemente en su interior hasta que sus músculos se relajaron. Le besó los labios y Rosamunde le acarició la piel húmeda.

—Lo siento.

Ella sonrió.

—¿Qué cosa, esto? Decididamente, no tienes nada de qué disculparte.

Él vaciló.

—Lamento haberte abandonado. Y lamento mis palabras. Pero no debería haber... —Señaló entre ellos.

—Ah.

—A menos que ... —Soltó un suspiro.

—No tienes por qué disculparte. Lo deseaba.

Una leve sonrisa se dibujó en su boca. Rosamunde siguió la curva de sus labios con los dedos.

—Deberías sonreír más a menudo.

—No te acostumbres. —Se apartó de ella y rodó de espaldas, llevándola con él para que quedara contra su cuerpo, sostenida por su brazo.

Rosamunde se incorporó para mirarlo, y con el dedo siguió la línea de su pecho y la pequeña cicatriz que tenía a la altura del corazón.

—Todavía estás sonriendo —bromeó.

—De acuerdo. Tal vez puedas acostumbrarte a las sonrisas. Ocasionales.

—Eres muy apuesto cuando sonríes.

Él arqueó una ceja.

—¿Estás diciendo que hay momentos en los que no soy apuesto?

—Válgame Dios, no creí que fueras un hombre vanidoso. Creo que me he equivocado contigo.

Él negó con la cabeza y le acarició un hombro.

—Me entiendes mejor que nadie. De alguna manera, sabías por qué me comporté como un imbécil cuando me contaste de mi padre.

—Te crees muy misterioso, pero no me parece que seas tan esquivo como piensas.

Él la miró, con la sonrisa todavía en sus labios.

—Eres la única que piensa así.

—Soy la única que te conoce —declaró ella.

—Pues puede que sea cierto.

Rosamunde acomodó la cabeza en la curva de su hombro y disfrutó de la sensación de sentirse tan segura entre sus brazos.

—¿Hablaste con el conde de Henleigh?

—Así es.

Ella se incorporó de nuevo para mirarlo.

—¿Y bien?

—Es cierto.

—Ya veo.

—No tuve oportunidad de arreglar las cosas con él porque pensé que alguien estaba en problemas.

—¿Yo?

Él asintió.

—Mabel dijo que no había sabido de ti y estaba preocupada. —Soltó un suspiro. —Pensé que podía haberte perdido.

—Cielos. Le envié una carta. Tal vez esté demorada, pero no me entristece que te haya traído a ti hasta aquí.

—A mí tampoco, pero igual soy un imbécil por haberte dejado.

—Es posible, pero se me ocurren algunas maneras de hacer que me lo compenses. —Le besó la comisura de la boca, donde sus labios se habían curvado hacia arriba.

—¿Ah, sí?

—O tal vez *muchas* maneras. —Le besó el mentón, la mejilla, la punta de la nariz.

—Muchas maneras —repitió él—. Creo que es algo que puedo hacer.

Abruptamente, se movió, haciéndola rodar sobre su espalda y cubriendo su cuerpo con el de él.

—Muchas, muchas maneras, en realidad. Al fin y al cabo, te debo muchas disculpas.

—**Q** uítate el abrigo.

Rosamunde arqueó una ceja cuando Russell entró en la habitación de la posada.

Él se rió.

—No en ese sentido. Me refería a que hoy no iremos a ningún lado. —Se quitó la chaqueta y la colgó sobre el respaldo de la silla de madera.

La habitación en la que se hospedaban, ubicada en un extremo de la posada, estaba dividida en dos y contaba con un vestidor del otro lado de la chimenea. Daba gracias a Dios que Rosamunde hubiera elegido un establecimiento relativamente respetable, pero muchos de los hoteles de la costa alojaban a marineros y personajes rudos, por lo que no se arrepentía de haberse lanzado tras ella.

No se arrepentía de nada. Ni siquiera de haber acabado dentro de ella muchas veces la noche anterior. Cuando todo esto terminara, pediría su mano.

Se permitió una sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Si iba a hacerlo, lo haría como correspondía. Hablaría con su padre y compraría una casa en algún sitio. Podría no ser un caballero, pero la trataría como la dama que era.

—Supongo que otra vez hay demasiado viento.

Él asintió y dejó el sombrero en el perchero.

—Hoy no cruzará ninguna barca.

Ella sopló para quitarse un mechón de la cara.

—¿Por qué Inglaterra nunca se decide en cuanto al tiempo? Hemos tenido días muy cálidos y soleados últimamente.

Él miró por la ventana que daba a los muelles.

—Sigue estando soleado, pero condenadamente ventoso. Las olas son demasiado grandes para una embarcación tan pequeña.

—Por tu culpa, no aproveché uno de los días agradables. —Rosamunde se acercó y le pasó los brazos alrededor de la cintura. —Estaba por coger el bote cuando llegaste.

—Sé que estás ansiosa por encontrar a tu tío Albert y lo haremos, te lo prometo. Es probable que esté en la isla y que no haya podido enviarte una misiva porque el mar ha estado violento.

—Comienzo a pensar que tienes razón. —Rosamunde se mordió el labio inferior. —Por lo menos, hiciste que valiera la pena.

—Pícara descarada.

Ella se apretó contra él y le dio un beso ligero, dejándolo con ansias de más. Inspiró profundo y se esforzó por retomar su actitud habitual, la del Russell expeditivo que no estaba locamente

enamorado de esta desquiciada y maravillosa mujer. Era una lucha, pero necesitaba mantener la cabeza fría mientras la protegía. Aunque estaba seguro de que Albert no estaba en problemas reales y todo se debía a una falta de comunicación, no podía permitirse bajar las defensas.

Ya bastante lo había hecho el día anterior.

—Rosie —le advirtió cuando ella deslizó las manos entre ambos.

—Solía odiar que me llamaran así, ¿sabes? Pero ahora me gusta escucharte decirlo.

—Siempre podría llamarte Lady Rothmere —propuso él.

Ella frunció la nariz.

—Preferiría no pensar en mi difunto esposo cuando estoy contigo, gracias.

—Yo también preferiría que no pensaras en él. —Un golpecito a la puerta llamó su atención y fue a abrirla; entró una doncella.

—¿Comida? —preguntó Rosamunde.

Él asintió.

—Puesto que no iremos a ningún lado, pensé que sería mejor que comiéramos bien. —Se llevó una mano al estómago. —Algunos de nosotros no nos hemos alimentado desde ayer a mediodía.

Y algunos habían utilizado una absurda cantidad de energía haciéndole el amor a la mujer más hermosa del mundo. No lo dijo en voz alta, pero los ojos de ella se iluminaron y supo que estaba pensando lo mismo.

La criada dejó la comida y se retiró. Él le hizo un gesto a Rosamunde para que se sentara y luego se dejó caer en la silla frente a ella. Un pastel ligeramente pasado de cocción desbordaba del plato, la masa gruesa y crocante. También les habían llevado una jarra de cerveza y dos vasos.

—¿Recuerdas la última vez que compartimos una cerveza? —Rosamunde hizo un ademán hacia la jarra.

—¿Una cerveza? Si mal no recuerdo, bebiste varias y estabas muy alegre después.

—Sabes, nunca me llegó el momento de hacerte aquella última pregunta —dijo Rosamunde.

Él se detuvo, con el cuchillo a medio cortar el pastel.

—Pues que sea una buena.

—Pienso que después de lo que sucedió anoche, se me deberían permitir más preguntas.

—¿No fue suficiente para satisfacerla, miladi?

—Quedé muy satisfecha, por cierto. —Un bonito rubor le subió por las mejillas. —Pero solamente en un sentido. Sospecho que mi curiosidad jamás quedará satisfecha.

—Siempre parece disfrutar de meterte en problemas.

—¡No es mi intención hacerlo! —le aseguró ella—. Pero no me puedo controlar. Siempre he deseado vivir aventuras y nadie parece comprenderlo.

—Yo sí, de algún modo.

—Pero tú has tenido una vida de aventuras. No debes de querer más, ¿verdad?

—No deseo más aventuras, no, pero siempre he querido más. Aun desde niño, solo podía pensar en tener todo lo que nunca había tenido.

—Y ahora lo tienes.

Él asintió.

—Así es, y más de lo que podría haber imaginado, pero nunca me parecía suficiente. Al menos hasta...

—¿Hasta qué?

No, no podía decirlo. Todavía no. Si iba a hacerlo, lo haría como correspondía.

—Eso fue una pregunta —observó.

—¡No! —Rosamunde sacudió la cabeza con vehemencia. —Eso no cuenta como pregunta. Él sonrió.

—Muy bien. Pues adelante, pregunta, entonces. En vista de mi comportamiento, no puedo negarte nada.

—¿Puedo hacer cualquier pregunta? —Rosamunde se llevó un dedo a los labios. —Cielos, debo de tener millones.

—Adelante, entonces, pero voy a comer mientras piensas. —Comió un bocado de pastel y a pesar de que la masa estaba algo quemada, se derritió en su boca. Comió rápidamente, bajo la atenta mirada de ella.

—No había notado lo rápido que comes.

Él encogió los hombros.

—No puedo contenerme. Supongo que viene de los días en los que no sabía cuándo sería mi próxima comida.

—Estoy de acuerdo contigo. —Ladeó la cabeza y lo miró. —¿Qué harás ahora que sabes que tienes familia?

—No lo he pensado mucho, pero no veo que las cosas tengan que cambiar. No necesito la caridad de nadie.

—¿Pero intentarás tener una relación con tu hermano?

Él se inmovilizó. Su enfado contra Guy ya se había disipado pero era difícil pensar en tener un hermano real. No obstante, Guy era lo más parecido que tenía a un amigo y a pesar de todo, no quería perder eso.

—Supongo que lo haré, sí.

Ella sonrió.

—Eres más blando de lo que piensas, Marcus Russell.

Era cierto. Era más blando de lo que ella pensaba, también, porque ahora sabía que haría cualquier cosa por ella. Sentaría cabeza y jugaría a ser el hijo de un conde e invitaría a su hermano a cenas en el campo y daría paseos por el parque, asistiría a bailes de beneficencia o lo que fuera que hacían los caballeros. Lo haría todo. Pero solo por ella.

ROSAMUNDE NO LOGRABA ENTENDER por qué él esbozaba esa extraña sonrisita, pero le agradaba.

—Creo que yo también debería poder hacerte preguntas.

Ella frunció el ceño.

—¿A mí? Pero si lo sabes todo.

Él se inclinó hacia ella, y su sonrisa se tornó traviesa.

—Sé muchas cosas de ti, pero quiero saber más.

Ella dirigió una mirada a la cama.

Él rió.

—Valoro que pienses que soy inagotable, Rosie, pero hasta yo necesito alimento y algo de descanso de tanto en tanto.

Ella se sonrojó.

—Perdóname. Ha pasado mucho tiempo desde que...bueno... y nunca fue así.

—Me alegro. —Él bebió un gran sorbo de cerveza. —Tal vez esto me convierta en un bárbaro, pero que me lleve el demonio si me gusta la idea de que estuvieras con otro hombre.

—Te conviertes en un bárbaro, ciertamente, pero me gusta mucho —admitió ella.

—Me alegra saberlo, pues no soy un caballero —le recordó.

—Lo sé —respondió ella decorosamente—. Pero yo tampoco soy una gran dama.

Él negó con la cabeza.

—Por supuesto que eres una dama —dijo—. Una dama muy poco común, pero una dama al fin.

—No me siento una dama después de... bueno... —Hizo un gesto hacia la cama.

—¿Por qué contrajiste matrimonio? —preguntó él abruptamente.

Rosamunde parpadeó varias veces.

—Era lo que se esperaba de mí.

—No creo que pudieran convencerte de hacer algo en contra de tu voluntad.

—Era joven; solo tenía dieciocho años. No sabía nada.

—¿Y sin embargo, querías más?

—Sí. —Rosamunde empujó con el tenedor lo que quedaba de pastel. —Pero no sabía cómo obtenerlo. —Soltó un largo suspiro. —No me agradaba demasiado estar casada, pero no me arrepiento ahora de tener libertades que la mayoría de las mujeres no tienen. Además, podría haber sido mucho peor. Debes de saberlo, por el trabajo que llevas a cabo con mujeres.

Su boca se tensó en una delgada línea.

—Es cierto. —La miró a los ojos, como si buscara algo. —Tu familia hablaba de que volvieras a casarte.

—Por lo visto, un matrimonio no es suficiente para ellos. Tienen buenas intenciones, solo quieren asegurarse de que esté cuidada.

—A pesar del hecho de que si existe una mujer que no necesita que la cuiden, eres tú.

Ella se frotó la punta de la nariz.

—Es difícil imaginarme casada otra vez.

—Ah.

—¿Ah?

Él negó con la cabeza.

—Nada.

—¿Cómo fue que terminaste interrogándome? Si recuerdas, me ofreciste acceso absoluto.

Russell abrió los brazos.

—Estoy a tu disposición.

Dios, los pensamientos que cruzaban por su cabeza al oír sus palabras. A su disposición. Pensar que había pasado toda la noche con este hombre en su cama y probablemente volvería a hacerlo. No habían hablado del futuro, pero él la quería suya. Rosamunde temía permitirse pensar en algo más. Serían amantes, tal vez, por el resto de sus días, concluyó. ¿Cómo podía permitirse pensar en algo más cuando sabía la aversión que sentía él ante la idea de una familia?

—¿Cómo obtuviste tu patrimonio?

—Gracias a muchos negocios e inversiones.

—Sí, pero ¿cómo comenzó?

Él vaciló.

—Como ladronzuelo, para empezar. —La miró, esperando una reacción, por lo que ella se esforzó por mantener una expresión neutra. —Luego logré conseguir empleo en los muelles. Veía los productos que entraban y tomaba nota de cuáles eran los más buscados. Era fácil deducir cuál sería la siguiente tendencia. Así que una vez que ahorré lo suficiente, lo invertí.

—Muy sagaz de tu parte.

Él encogió los hombros.

—Siempre he sido observador. Se me da naturalmente.

—¿Por qué sigues viviendo modestamente?

Él señaló su ropa.

—Nada de todo esto habla de austeridad.

—Nunca has hablado de una casa ni has llegado en un carruaje y estoy segura de que mi familia sabría si tuvieras una propiedad rural en algún lugar. Debo suponer que no quieres mostrármelos o no los tienes.

—No me entusiasman las posesiones, es cierto —coincidió.

Otra razón por la que no debería imaginar un futuro específico para ellos.

—¿Desearías que no fuera así? —no pudo más que preguntar.

La mirada de él cobró esa extraña intensidad, la que mostraba cuando se guardaba sus sentimientos. Quizás ella había preguntado demasiado. Ya la había sorprendido con su sinceridad.

—No es necesario que respondas. —Sonrió. —Ya me has dado más respuestas de las que esperaba.

Él encogió los hombros.

—No puedo negarte nada, Rosie. Ya deberías saberlo. —Terminó su cerveza. —Y ciertamente hay algo que desearía poseer.

Los ojos de él se oscurecieron y a Rosamunde se le aceleró la respiración. Su cuerpo ya estaba en sintonía con el de él, seguía tibio y sensible por los besos y las caricias de la noche anterior. Se pasó la lengua por los labios e intentó encontrar una respuesta, pero su cerebro estaba nublado por el deseo. No podía comprender cómo podía sentirse así tras una noche de hacer el amor, pero sospechaba que el deseo jamás se saciaría. Siempre serían capaces de encender el fuego con la chispa más pequeña.

Russell le ahorró la respuesta; se puso de pie tan deprisa que la silla cayó al suelo. La tomó en brazos con un solo movimiento y la llevó a la cama. Se movió sobre ella, devorándola con los ojos.

—Dijiste que eras mía ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Bien.

—¿Pensaste que lo había olvidado?

—Tal vez.

Ella negó con la cabeza. ¿Cómo un hombre como Russell podía parecer tan vulnerable en ocasiones? No lo sabía. Alisó el ceño de él con un dedo.

—Soy tuya, Russell. Para que hagas conmigo lo que quieras.

—Lo mismo digo —murmuró él, antes de besarla—. Lo mismo digo.

Los blancos acantilados de la isla brillaban bajo el sol matinal. El viento amenazaba con arrebatarse el sombrero a Russell, que mantenía una mano sobre él y otra alrededor de la cintura de Rosamunde. A pesar del día despejado, el mar seguía agitado; Russell lamentaba haber ignorado su instinto y permitido al barquero llevarlos mar adentro. Aun así, estaban casi en tierra sanos y salvos. Saltó cuando llegaron a la playa y ayudó al anciano a arrastrar el bote hasta la orilla, luego asistió a Rosamunde para que pisara la suave y húmeda arena.

Con la mano en su sombrero, ella miró los acantilados.

—Aquí no hay nada.

El barquero encogió los hombros.

—Las mareas nos han alejado casi una milla de Fishbourne. No es una caminata demasiado larga. —Señaló hacia el pequeño grupo de edificaciones que se podía ver más en la distancia.

Russell miró la ciudad.

—No nos llevará mucho tiempo —le aseguró.

Ella forzó una sonrisa tomó la mano que él le ofrecía para ayudarla a cruzar la arena hacia un estrecho sendero que se abría paso por la ladera cubierta de hierba. Una sensación de inquietud lo carcomía, pero no podía decir si era porque algo no iba bien o porque el asunto pronto estaría resuelto.

Aunque no ha terminado, se corrigió a sí mismo. Ella había hablado de su incertidumbre acerca del matrimonio, pero aun así ansiaba ser suya. Eso tenía que significar algo, ¿verdad? Soltó un suspiro. Eran aguas inexploradas para él y no recordaba la última vez que había tenido dudas sobre qué hacer a continuación.

—Espero que esté aquí —dijo Rosamunde una vez que se alejaron de la costa desprotegida, señalando en dirección a la ciudad.

—La isla es pequeña. Lo encontraremos —le aseguró Russell.

—No tengo idea de qué hacer si no está aquí.

Russell le apretó la mano y la atrajo hacia él.

—Lo resolveremos juntos.

Su expresión se suavizó un poco y ella asintió.

—Sí, lo haremos.

Así como esperaba que pudieran resolver su futuro juntos. Russell solo tenía que considerar cómo abordar el tema. Pero primero, tenían que encontrar al tío Albert.

Una vez que llegaron a Fishbourne, se dirigieron al muelle, donde se agrupaban la mayoría de las posadas. El olor a pescado impregnaba el aire y la calle principal estaba abarrotada de puestos de mercado y carros llenos de productos. La mayoría de las construcciones estaban

pintadas de blanco; se veían marcos de ventanas ennegrecidos y vigas de madera.

Sin soltar la mano de Rosamunde, Russell se abrió paso por las abarrotadas y angostas calles hasta que emergieron nuevamente cerca del mar. Había varias embarcaciones con mástiles atracadas y la calle principal estaba atestada de cajas y barriles de madera. Russell señaló la primera posada.

—Probemos aquí. El barquero dijo que era la mejor posada de la isla.

Ella asintió.

—Espero que esté aquí —murmuró, mientras él la guiaba hacia el alto edificio blanco.

Se acercó al mostrador principal y tocó la campanilla. Un murmullo de conversaciones en voz baja provenía de la habitación contigua, que él supuso sería el comedor. Su estómago gruñó y Rosamunde se rió.

—¿Tienes hambre de nuevo?

Él le lanzó una mirada.

—Alguien me hizo perderme la comida de la mañana.

—Si te hubieras levantado más temprano, no la habríamos perdido.

Russell se apoyó en el mostrador y volvió a tocar la campana.

—Si alguien no me hubiera mantenido despierto hasta tarde, habría podido levantarme más temprano.

Ella cruzó los brazos.

—¿Te estás quejando?

—Por Dios, no. —Sacudió la cabeza con una sonrisa. —Nunca. —Frunció el ceño y miró a su alrededor. —¿Dónde diablos está todo el mundo?

—Probablemente todavía sirviendo el desayuno. —Rosamunde miró a través de la ventana de cristal de la puerta que daba al comedor. —Vamos a ver.

Empujó la puerta y él la siguió hacia un estrecho comedor que ocupaba gran parte del frente del edificio, aprovechando al máximo la luz matutina. Cerró la puerta detrás de él y casi chocó con Rosamunde cuando ella frenó en seco.

—¿Rosie?

—Tío Albert...

—¿Qué?

—Tío Albert —repitió ella, lo suficientemente alto como para que un caballero levantara la mirada cabeza mientras comía.

—¡Pequeña Rosie! —El hombre agitó la mano vigorosamente.

Rosamunde se acercó al caballero mayor. Russell había visto pinturas en la casa de Albert, pero ese hombre tenía un rostro un poco más rubicundo que en las imágenes y su cabello rojo descolorido estaba levantado en todo tipo de ángulos extraños.

No mostraba signos de haber pasado por un mal trance, sin embargo. Su ropa estaba limpia y pulcra y Russell alcanzó a ver el brillo de una cadena de reloj de bolsillo colgando de su chaleco, por lo que parecía que no lo habían robado. Se acercó a Rosamunde, manteniéndose un poco apartado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el hombre, haciendo un gesto para que Rosamunde se uniera a él. Miró a Russell. —¿Y quién es este joven?

Ella abrió la boca y luego la cerró, observando la abundante comida ante él y lo que parecía ser una botella casi vacía de vino.

—Este es el hombre que contraté para ayudarme a encontrarte. Tío Albert, pensé que estabas en problemas.

Una ceja blanca se alzó.

—¿Problemas? Bueno, en cierto modo, pero eso ya pasó. —Hizo un gesto hacia las sillas. —Siéntate, siéntate. Pareces un poco cansada.

—Es porque te he estado buscando. —Rosamunde arrastró la silla y se sentó; Russell tomó la silla contigua. —No he recibido ninguna noticia tuya, tío. Normalmente habría recibido al menos dos cartas, a estas alturas.

Él hizo una mueca y agitó la mano.

—Lo sé, simplemente no he tenido tiempo. —Se inclinó hacia adelante. —Estuve en Francia —confió.

—¿Y no hay correo allí? —dijo ella.

—No donde yo estaba. —Esbozó una gran sonrisa. —Vine aquí en busca de vino pero los sujetos que lo trajeron se metieron en problemas al esconderse de unos aduaneros. Antes de darme cuenta de lo que sucedía, yo estaba todavía en su barco y se estaban largando. ¡Terminé en Francia, ¿puedes creerlo?

Rosamunde sacudió lentamente la cabeza.

—Estuviste en un barco con contrabandistas?

El tío Albert asintió enérgicamente.

—Fue toda una aventura ¿no lo crees? —Le dio unas palmaditas en la mano. —Te contaré todo cuando vuelva a casa.

—¡Estaba preocupada por ti! —dijo ella—. ¡Pensé que estabas muerto!

—¿Yo? ¿Muerto? —Sirvió otra copa de vino, llenándola a medias y luego miró el fondo de la botella vacía. —Se necesita algo más que un rápido viaje a través del canal para acabar conmigo.

Ella frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿En la isla?

Él presionó un dedo contra los labios.

—Oh, alrededor de dos semanas.

Rosamunde se sonrojó y Russell reconoció la tensión en su cuerpo. Estaba muy molesta y él no envidiaba en absoluto a Albert por estar del lado equivocado de su enojo.

—Entonces has tenido tiempo suficiente para escribirme una carta —dijo ella.

El tío Albert agitó la botella vacía hacia una camarera cercana.

—Bueno, el mar estaba un poco revuelto, así que no estaba seguro de poder enviártela, y para serte franco, me enredé un poco en un nuevo negocio. —Su sonrisa se ensanchó. —He contratado un barco.

—¿Un barco? —repitió Rosamunde.

—Hay gran demanda de vino francés y nadie puede satisfacerla debido a las restricciones que aún están vigentes en el país. —Miró a Russell. —Parece usted un caballero del mundo. ¿Le interesaría una excelente inversión?

—Tío, ¿acaso estás considerando...? —Rosamunde miró a su alrededor. —¿El contrabando? —susurró.

Él encogió los hombros.

—Bueno, pues ya no estamos en guerra con Francia, así que no es el delito terrible que era antes.

Ella se quedó mirándolo durante unos segundos y luego se levantó repentinamente de la mesa.

—Russell, creo que deseo marcharme.

ROSAMUNDE NO ESPERÓ A VER si Russell la seguía fuera de la posada.

Caminó unos pasos y se detuvo junto a un barco de carga, para respirar hondo. Se sentía como una tonta.

Y se sentía como una tonta delante de Russell. Por supuesto que su tío estaba bien. Por supuesto que su familia tenía razón. Era característico de ella dejar que su imaginación volara demasiado y pensar que su tío estaba en problemas cuando simplemente estaba sentado en el comedor de una posada, bebiendo vino y por lo visto, completamente ajeno a su preocupación.

Russell le apoyó una mano en el hombro.

—¿Rosie?

Ella se giró.

—Debes pensar que soy una tonta.

—Nunca.

—No puedo creer que esté aquí. Comiendo y bebiendo sin ninguna preocupación en el mundo.

—Te entiendo.

—Al menos podría haber enviado una carta.

—Sí, podría haberlo hecho.

Ella miró a su alrededor.

—Debería haber escuchado a mi familia. Ahora te he arrastrado hasta aquí, ¿y para qué? ¿Para ver cómo mi tío bebe una botella entera de vino?

Él la cogió de los hombros, obligándola a mirarlo.

—Hiciste lo correcto. Seguiste tu instinto.

—¡Mi instinto estaba equivocado!

Él negó con la cabeza.

—No estabas equivocada, Rosie. Él se había involucrado con contrabandistas. Eso suena peligroso incluso para mí.

Ella se acomodó las gafas en la nariz.

—He escuchado hablar tanto de cómo el tío Albert desaparece y se embarca en aventuras que siempre quise ser parte de eso. Sonaba tan emocionante ¿sabes?

—Lo sé.

—Pero estoy enfadada por lo descuidado que ha sido. Porque no ha tenido en cuenta cómo me sentiría al no tener noticias tuyas. —Hizo una pausa y tomó una larga bocanada de aire. —Y estoy molesta conmigo misma por anhelar lo mismo que él.

—No te equivocas al soñar, Rosie —insistió Russell—. No hay nada de malo en eso.

—Estoy segura de que nunca te has dejado llevar por una fantasía en tu vida.

—He tenido muchas, principalmente sobre una cama caliente y comida abundante.

—Pero no sobre cosas tontas como... como escapar con un arqueólogo y dejarme raptar por un pirata.

Los labios de él se curvaron en una sonrisa.

—Bueno, te dejaste raptar por mí, ¿eso cuenta?

Ella no pudo evitar sonreír.

—Casi. —Apartó un mechón de cabello de su rostro. —Siento haberte hecho perder el tiempo.

Él arqueó una ceja oscura.

—¿Consideras que fue una pérdida de tiempo?

Ella lo miró, vio la vacilación en sus ojos y negó con la cabeza.

—No, en absoluto.

—Bien. —Russell la besó con firmeza. —¿Qué deseas hacer ahora?

Ella aflojó los hombros.

—Creo que quiero volver a casa. No tengo intenciones de quedarme aquí viendo como mi tío se bebe la isla entera.

—Deberías al menos informarle que te marchas.

—Supongo.

—Rosie, si hay algo que sé de ti es que amas a tu familia, pase lo que pase. No dejes que este malentendido afecte tu relación con tu tío. —Soltó una risa entre dientes y sacudió la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Un huérfano dando consejos sobre familia... Me resulta algo irónico.

—No estás equivocado, sin embargo. —Rosamunde suspiró. —Le informaré que nos marchamos.

—Mejor averiguo cuándo sale la próxima embarcación. ¿Nos encontramos aquí?

—Sí. —Ella se giró y luego se detuvo; regresó y rodeó el cuello de él con los brazos para darle un largo beso.

—¿A qué se debe eso?

—A que eres un hombre maravilloso. —Sonrió. —¿Quién habría pensado que terminaríamos así cuando me raptaste?

—Creo que simplemente tuve suerte de salir vivo —respondió él en tono seco—. Tú y ese cuchillo sois una combinación bastante letal.

—Tengo otro —le informó ella.

Russell alzó los ojos al cielo.

—Por supuesto que lo tienes. ¿Alguna vez vas por la vida desarmada?

—Nunca.

Él presionó los labios contra su frente.

—Encontrémonos aquí. No te quedes deambulando. Podría haber sujetos peligrosos en esta zona.

—No lo haré.

Rosamunde lo observó dirigirse nuevamente a la playa y se encogió de hombros. Russell no se equivocaba. Tenía que decirle a su tío Albert que se marchaba, y no podía dejar las cosas así.

Por frustrada que estuviera, no debería haberle resultado una sorpresa. A veces envidiaba intensamente la vida de su tío, pero su irresponsabilidad... nunca antes la había visto destacarse de manera tan evidente. La hacía sentirse aún más agradecida por la estabilidad de su numerosa y bulliciosa familia.

La hacía sentirse agradecida por Russell. Y la hacía desear otras cosas de él.

Una mano le cubrió la boca y otra la aferró de la cintura cuando intentó girarse para volver a la posada, inmovilizándola por completo. Soltó un grito, que quedó amortiguado por la mano que le apretaba la cara.

El olor de la sal marina se mezclaba con el hedor de sudor rancio. Rosamunde gritó y se retorció contra el brazo que le apretaba las costillas. Las gafas resbalaron por su nariz y oyó un crujido cuando cayeron al suelo.

—Llévatela al barco —dijo alguien con voz baja y ronca.

Rosamunde pateó de lleno en una espinilla y escuchó con satisfacción un gruñido.

—¡Me ha golpeado! —dijo su secuestrador.

Otro hombre se movió frente a ella y la tomó de las faldas, sujetándole una pierna y luego la otra. Ella intentó liberarse, pero sin éxito. La llevaron hacia un barco y la subieron por la pasarela, para depositarla finalmente sobre la cubierta. Se quedó quieta por un momento, mirando a su alrededor.

El hombre detrás de ella la sujetó con firmeza mientras el otro la miraba y le amarraba las muñecas con una cuerda. Rosamunde sentía el pulso latiéndole en los oídos y respiraba agitadamente. Por tentador que fuera atacar, necesitaba tratar de mantener la calma y evaluar la situación.

Solo había dos hombres, ambos bastante fuertes, vestidos con ropas andrajosas. El hombre frente a ella tenía la piel tostada y un sombrero grande que no parecía haberlo protegido demasiado del sol.

—La amarraremos —dijo—, y luego informaremos a su tío.

¿Su tío? ¿Qué demonios estaba pasando?

—Á tale las muñecas —dijo el hombre que la sujetaba.

Rosamunde se concentró en respirar con calma, inspirando y exhalando entre las manos del hombre. Los dedos sudorosos de él le apretaban el rostro y casi bloqueaban sus fosas nasales, dejándola aturdida. Por lo visto, solo había dos hombres en el barco y sin duda eran más fuertes que ella, pero si tan solo pudiera alcanzar su cuchillo...

Intentó esquivar al hombre con la cuerda, pero él la cogió de una muñeca y se la ató con fuerza. Rosamunde gritó contra la mano que le cubría la boca cuando la áspera cuerda le raspó la piel.

Luego el hombre cogió la otra muñeca y le ató las manos delante del cuerpo. Ella forcejeó contra el robusto captor y le mordió los dedos; él la soltó con un chillido.

—¡Me mordió! —exclamó.

Rosamunde giró sobre los talones y corrió hacia la pasarela. Estaba a pocos centímetros de escapar cuando un brazo le rodeó la cintura y la aprisionó. Inspiró una bocanada de aire y gritó con todas sus fuerzas. El dorso de una mano dio contra su rostro; sintió el golpe en la mejilla y quedó desorientada.

—Es sobrina de Wood, sin duda —masculló el hombre que la sujetaba—. Es igual de molesta que él.

—¿Qué queréis de mí? —jadeó ella.

Él la soltó y ella cayó pesadamente de espaldas sobre la cubierta, sin poder protegerse con las manos atadas. Sintió un palpitante dolor en la mejilla y el sabor amargo de la sangre. Las siluetas de los dos hombres, recortadas contra el sol, se elevaban sobre ella.

Si pudiera comprender qué querían, tal vez podría negociar y salvarse. Quedaba claro que huir no iba a ser una opción y necesitaba recuperar su presencia de mente. Intentó tragar el nudo que tenía en la garganta y se obligó a hablar con serenidad.

—Lo que sea que queráis, puedo ayudar. Tengo dinero si es lo...

El hombre más pequeño se rió.

—Tenemos dinero. Y tendremos todavía más si su tío saca sus narices de nuestro negocio. —Cruzó los brazos. —Hasta ahora no hemos podido convencerlo, pero ahora que la tenemos a usted, creo que se mostrará dispuesto a abandonar la isla rápidamente.

—No comprendo.

El hombre se agachó para mirarla a los ojos.

—Lo único que tiene que hacer es comportarse, y la liberaremos.

Ella miró primero a uno, luego al otro.

—Puedo hablar con mi tío si lo deseáis. Estoy segura de que puedo persuadirlo para que se

marche.

Él negó con la cabeza.

—A ese hombre no le entran balas. Ninguna amenaza lo afecta. Pero supongo que hará cualquier cosa para salvar a una hermosa mujer como usted. —Acarició su mejilla con un dedo.

Ella se alejó del contacto.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Nada, si se comporta, como dije —respondió él y se enderezó—. No tenemos por costumbre hacerles daño a las mujeres, si podemos evitarlo. Atrae demasiada atención a nuestro... negocio, ¿comprende?

—Sois contrabandistas —afirmó ella.

El hombre sonrió con suficiencia y guiñó un ojo a su compañero.

—Es inteligente, esta.

El otro asintió.

—Si es necesario, la lastimaré, jefe.

A Rosamunde se le cerró el pecho. El hombre que la había capturado tenía un aire despiadado y no tenía motivos para creer que no lo fuera. Necesitaba salir de ese barco, y rápido.

—No deseamos llamar la atención, Bowcher, como ya dije —dijo el hombre, entre dientes—. Juro que tu madre debe de haberte dejado caer de cabeza cuando eras un bebé.

—Por favor, soltadme —suplicó ella—. No deseo que os metáis en problemas.

—No lo haremos —dijo el jefe—. En estas islas aprecian a los hombres como nosotros. Traemos mucho dinero y cuidamos de los nuestros. Solos los malditos aduaneros tienen problemas con nosotros.

—Pero acaba de decir que...

—Oiga —dijo, señalándola con el dedo—. No quiero tener que matar a una dama elegante, pero eso no significa que no podamos hacerle daño, así que sugiero que se comporte... ¿a menos que quiera otra bofetada? —Levantó una mano amenazadora.

Ella se apartó del peligro y negó con la cabeza.

—Excelente —sonrió él, mostrando dientes espaciados—. Lo único que tiene que hacer es comportarse; enviaremos un mensaje a su tío y saldrá libre ¿entendido?

Ella asintió con vehemencia.

El hombre hizo un gesto con la cabeza en dirección a Bowcher.

—Átala bien. No queremos que intente escapar de nuevo. —Le pasó una mano por la cara. —Al menos fue más fácil de capturar que su tío. Ese condenado hombre nunca está solo. —Se rió por lo bajo. —Me temo que estaba usted en el lugar menos indicado en el momento menos indicado —dijo—. Teníamos esperanzas de capturar a su tío y asegurarnos de que... nos escuchara, pero no íbamos a dejar pasar la oportunidad de secuestrar a su sobrina.

Bowcher le sujetó los brazos, hundiendo los dedos en su piel. El corazón de Rosamunde latía con fuerza y sentía náuseas. No podía permitir que la ataran. No.

CUANDO RUSSELL REGRESÓ A LA POSADA, Rosamunde no estaba por ningún lado. Frunció el ceño, molesto, y paseó la mirada por los muelles. Tal vez había decidido reconciliarse con su tío. Entró en la posada y encontró a Albert sentado a la misma mesa, terminando otra copa de vino. Levantó la mirada cuando la sombra de Russell cruzó por encima de la mesa.

—¿Quiere beber algo conmigo? Me gustaría saber cómo conoció a mi sobrina.

—¿Está ella aquí? —preguntó Russell.

—¿Aquí? No, estimado amigo. Rosie es tan obstinada, que tardará bastante más de cinco minutos en perdonarme.

Russell soltó un suspiro. Rosamunde podía tener sus momentos, pero no creía que hubiera decidido marcharse después de haber prometido quedarse allí.

—Ya se le pasará —dijo su tío—. Encuentro que es mejor darle algo de tiempo —confesó.

Russell negó con la cabeza.

—No es característico de ella irse enfurruñada, señor.

Él encogió un hombro.

—Supongo que tiene razón. —Terminó el último sorbo de vino, se limpió la boca con un pañuelo y se puso de pie.

Russell apretó la mandíbula, sintiendo un nudo en el pecho. No le agradaba la situación. Rosamunde estaba sola en una isla famosa por albergar contrabandistas y villanos. Sentía un escozor en las palmas de las manos. Algo no estaba bien.

Salió de la posada, sin prestar atención a las quejas de Albert sobre la velocidad con que caminaba, y volvió a escudriñar los muelles. No se veía ninguna hermosa mujer vestida de azul entre los trabajadores.

—¿Dónde demonios está?

—Tal vez decidió pasear por los muelles y mirar los barcos —sugirió Albert, jadeando—. Le gustan las embarcaciones.

—Tal vez. —Russell siguió andando y pasó junto a un barco; el corazón le latía con fuerza. ¿Por qué demonios se iría sola? Esto no le gustaba nada.

Albert se esforzó por seguirlo mientras Russell pasaba junto a varios botes pesqueros, en dirección a una embarcación de gran tamaño.

—Rosie siempre se metía en problemas —murmuró Albert—. Seguramente esté explorando algún sitio donde no debería estar.

—Conozco sus inclinaciones, pero no es ninguna tonta —respondió Russell, tajante.

—Oh, no, Rosie es la más inteligente de todos nosotros. Pero ya sabe usted cómo son las mujeres. Es por eso que nunca pude llevarla conmigo. No podía permitir que se metiera en problemas. Para empezar, su madre no me lo perdonaría.

Russell se detuvo en seco. Su corazón se aceleró y martilló contra su pecho.

—¿Ha oído eso?

Albert parpadeó.

—¿Qué cosa?

—Un grito.

No esperó a que su tío volviera a responder. Sabía lo que había oído y reconocería el grito de ella en cualquier lado. Bastante la había oído gritar cuando la había raptado.

—Demonios —dijo entre dientes. Echó a andar a paso rápido en dirección al sonido. Se detuvo junto a la pasarela del barco.

—¿Dónde estás, Rosie? —masculló, casi para sí mismo.

Un movimiento le llamó la atención. Levantó la mirada hacia la cubierta y vio un destello de azul. Subió por la pasarela a la carrera y se encontró con Rosamunde en la popa, cerca del agua, enfrentándose a un hombre. Otro hombre estaba tumbado en el suelo, sujetándose la mano. Rosamunde tenía el cuchillo entre las manos atadas.

—Se lo clavaré a usted también —dijo en tono amenazador al hombre que se le acercaba.

Russell corrió hacia ella. Al verlo, sonrió, aliviada.

—¡Russell!

El hombre aprovechó la distracción para quitarle el cuchillo de un manotazo; el arma cayó sobre la cubierta. Russell se abalanzó hacia él, con el puño levantado, pero el golpe la había hecho perder el equilibrio. Rosamunde cayó contra la barandilla lateral del barco y abrió grandes los ojos. Por un instante, el tiempo se detuvo. Se le enredaron las faldas alrededor de las piernas y cayó por encima de la baranda. Russell intentó cogerla del vestido y sus dedos se cerraron por unos segundos sobre la tela. Luego oyó el ruido de la caída al agua.

—No era mi intención hacer eso —dijo su captor, inclinándose por sobre la baranda.

—¡Maldito bastardo! —exclamó Russell. Lo empujó hacia atrás y le propinó un golpe a la mandíbula con tanta fuerza que sus nudillos crujieron.

Se quitó las botas y la chaqueta, sin dejar de mirar el sitio donde había caído Rosamunde, deseando con todas sus fuerzas que emergiera. Tenía las manos atadas y llevaba una gran cantidad de ropa.

—Vamos, Rosie —susurró, mientras arrojaba a un lado su chaqueta.

Sintió que se le cerraba el pecho. Seguramente no podía salir a la superficie. Trepó a la baranda y se zambulló.

El frío le heló la piel y le quitó el aire de los pulmones. Se hundió más, manoteando el agua turbia, buscando a Rosie. No iba a perderla. No ahora. No cuando todavía no le había dicho todo. Demonios, ni siquiera le había dicho que la amaba.

El agua salada le hacía arder los ojos, le llenaba la boca. El movimiento de las embarcaciones removía el lino constantemente, lo que no le permitía ver. Movié los brazos a ciegas, consciente de cada segundo que pasaba. Ella no podría contener la respiración mucho más tiempo.

Pateó con fuerza y sus dedos tocaron la madera del casco del barco; se impulsó lejos de él. Maldición. Este no podía ser el final.

Sus pulmones gritaban, los ojos le ardían. No quería subir a la superficie hasta no encontrarla. Giró en redondo y se inmovilizó. Vio algo azul. Tenía que ser ella. Se impulsó con las piernas, alargando el brazo, y sus dedos tocaron la tela. Se aferró a ella. Esta vez no se le escaparía.

Con la tela dentro del puño, tiró del vestido hacia él. Gracias a Dios. Le pasó un brazo alrededor de la cintura y subió a la superficie. Sacó la cabeza, tragó una bocanada de aire, y sacó a Rosamunde a la superficie. Cuando miró a su alrededor para ubicarse, vio que Albert le hacía señas desde el muelle. Russell nadó rápidamente hasta los escalones más cercanos, respirando agitadamente, consciente de que Rosamunde seguía inerte en sus brazos.

Albert bajó los escalones y lo ayudó a sacar a Rosie del agua. Russell le apartó el cabello de la cara y apretó los dedos contra su cuello, temblando. Vio que tenía los ojos cerrados. Con los dedos entumecidos y temblorosos, no podía discernir si tenía pulso.

—Rosie —suplicó—. No te mueras. Te amo.

Movié las manos sobre la parte delantera del vestido y desgarró la tela. Luego fue el turno del corsé, con el que forcejeó hasta aflojarlo.

—Russell.

Levantó la mirada. Rosamunde sonreía débilmente. Dejó caer la cabeza sobre el pecho de ella y soltó un largo suspiro.

—Gracias a Dios.

Ella le rodeó el cuello con las manos.

—No puedo creerlo —dijo con voz débil.

Él levantó la cabeza.

—¿Qué cosa?

—¡Que he perdido otro cuchillo!

Rosamunde se ajustó la manta alrededor de los hombros y apretó la mandíbula. Un nuevo temblor la sacudió y tuvo que esforzarse para evitar que le castañearan los dientes. Russell le alcanzó un vaso pequeño con un líquido color ámbar y le hizo un gesto para que lo bebiera.

—Te dará calor.

Ella lo tomó de un sorbo y ahogó una exclamación al sentir que le quemaba la garganta y luego bajaba hacia sus extremidades. Le devolvió el vaso a Russell y él se sentó a su lado junto a la chimenea de la posada.

A pesar de que no hacía mucho frío, él había exigido que encendieran el fuego y poco a poco el calor comenzaba a colarse por entre su ropa desgarrada y mojada. Si tan solo no hubieran dejado el equipaje en Portsmouth... Rosamunde no había imaginado que necesitaría un cambio de ropa tras una zambullida en el mar.

Lo miró con los ojos entornados.

—¿Cómo es que no tienes frío?

Él levantó los hombros.

—Estoy acostumbrado al frío.

Rosamunde se ajustó la manta con una mano y Russell le tomó la otra entre sus grandes palmas. Ella suspiró ante el contacto con su piel tibia. A pesar de todo, no podía dejar de apreciar el espectáculo de Russell mojado, con la camisa adherida al cuerpo, el pelo húmedo y ondulado. Si estuviera en mejor estado, tal vez no podría resistirse a la tentación de suplicarle que pidiera una habitación para ellos, pero cada fibra de su cuerpo estaba exhausta y sospechaba que la fatiga la haría caer inconsciente entre las sábanas.

Tensó el cuerpo para evitar otro temblor, esta vez causado no por el frío sino por lo cerca que había estado de ahogarse. En el instante en que cayó al mar helado, su ropa la había arrastrado hacia abajo. Todo se había cerrado a su alrededor y sintió que sus pulmones se encogían. Por más que pateara y arañara, no lograba subir a la superficie. Sin duda, una aventura que habría estado feliz de no tener.

El tío Albert se acercó a la mesa con expresión compungida. Acercó una silla y se sentó.

—Los hombres están en la cárcel local. —Hizo una mueca. —Al parecer, no estaban a gusto con mis inminentes planes de involucrarme en el comercio con Francia. Temían que mi legitimidad fuera a... eh... arruinar sus negocios.

—Es lo que dijeron —coincidió Rosamunde. Russell tensó la mandíbula y ella le apretó la mano. Aunque estaba molesta con su tío, él no podía haber predicho que unos contrabandistas locales fueran a secuestrarla en un intento de persuadirlo de cesar en sus actividades comerciales.

—En fin, de todos modos creo que tal vez pondré mi atención en otra cosa. Ya he contratado

la embarcación y estoy ocupándome de reunir una tripulación, pero pienso que tal vez sea más atractivo fijar rumbo hacia climas más cálidos.

Ella lo miró.

—¿Planeas zarpar también tú?

—¡Hombre, claro! No tiene sentido que me quede sentado aquí. —Se llevó un dedo a los labios. —Estaba pensando en el Caribe. Nunca he estado allí y se pueden obtener buenas ganancias con la caña de azúcar.

—Pero tío Albert, ¡la travesía tomará meses!

—Así es. —Él sonrió. —Será interesante ver si puedo arreglármelas como marino.

Rosamunde sacudió la cabeza y sonrió.

—Siempre y cuando me escribas.

—Puedo hacer algo mejor, mi querida. —La sonrisa de Albert se ensanchó.

—¿A qué te refieres?

Se inclinó hacia ella.

—Te vi esgrimir ese cuchillo. Se lo clavaste en la mano a ese viejo rufián ¿no es así?

—Pues...

—Me has demostrado que eres muy capaz de defenderte sola y bueno, ya eres una mujer adulta. ¿A quién le importa lo que dice el resto de la familia? Además, te debo unas disculpas, por lo visto.

—¿Tío?

—Ven conmigo, Rosie. Únete a la aventura. Sé que es algo que siempre deseaste hacer.

Rosamunde abrió la boca y se quedó mirando a su tío durante varios segundos. Este era el momento. Lo que había estado esperando. Podría viajar por el mundo, explorar tierras exóticas, conocer gente distinta y hacer cosas que jamás podría hacer en Inglaterra. Miró a Russell.

Él esquivó su mirada y se mantuvo rígido. Rosamunde vio que tragaba saliva.

—Tío, yo...

—Deberías ir —se apresuró a decir Russell, mirándola a los ojos.

—Pero... —El corazón le dio un doloroso vuelco.

Russell frunció el entrecejo. Su mirada se oscureció. No había posibilidad de que deseara realmente que ella se marchara, de eso estaba segura. Y a menos que hubiera estado completamente aturdida, podría jurar que en los muelles le había dicho que la amaba.

Russell esbozó una sonrisa tensa.

—Tu tío tiene razón. Lo único que has deseado es vivir aventuras. Y ahora puedes lograrlo.

—Será divertidísimo, Rosie —dijo el tío Albert—. Podremos beber ron en la playa y probar uno de esos... ¿cómo se llaman? ¡Cocos!

Ella miró primero a uno y luego al otro. Sentía dolor en el pecho. Pero no por los motivos que creía. Russell no se equivocaba. Eso era todo lo que siempre había soñado.

Inspiró hondo, tomó la mano de su tío y se la apretó.

—Tío Albert, te agradezco el ofrecimiento, de verdad. Sé que juntos nos lo pasaríamos maravillosamente bien. Pero...

Oyó que Russell contenía el aliento.

—Pero creo que ahora me gustaría embarcarme en otro tipo de aventura.

Su tío frunció el entrecejo.

—¿Qué aventura podría ser mejor que el Caribe?

Ella se volvió hacia Russell y una sonrisa vacilante se dibujó en la comisura de sus labios.

—Quiero vivir una aventura aquí. En Inglaterra. Contigo —dijo en voz baja.

—¿Estás segura? —quiso saber Russell.

—Nunca he estado tan segura en mi vida.

—No puedo ofrecerte más peleas con cuchillos.

Ella negó con la cabeza y se rió.

—Gracias, creo que ya las he superado.

—Siempre deseaste vivir aventuras. No me gustaría que te quedaras aquí sólo por mí.

—Sabes muy bien que no puedes hacerme cambiar de idea. Quiero quedarme.

Él se inclinó hacia adelante y le tomó las manos.

—Te amo.

Rosamunde apoyó la frente contra la de él y cerró los ojos durante unos segundos para absorber las palabras. Cuando los abrió, él la miraba con intensidad.

—Yo también te amo. Mucho, mucho. —Se volvió hacia su tío.

—Lo siento, tío Albert, pero Russell es la única aventura que necesito.

EPÍLOGO

Russell sonrió y sacudió la cabeza, divertido, mientras cabalgaba para alcanzar a Rosamunde. Ella iba muy por delante de él en el camino rural. Llegó a su lado.

—No hay prisa.

Ella se giró para mirarlo.

—¡No podemos dejar que se nos escape el carruaje!

Con la mano que no sujetaba las riendas, Russell sacó su reloj de bolsillo.

—Llegaremos perfectamente a tiempo, te lo aseguro.

—Eso espero. Es mi primera vez. No puede salir mal —dijo ella, remarcando cada palabra.

Russell miró a su mujer con intención.

—¿Acaso has olvidado que he hecho esto en varias oportunidades?

—Sí, y la última vez te fue estrepitosamente mal.

Él se rió.

—No diría eso.

La postura de ella se aflojó ligeramente.

—Perdóname, estoy nerviosa.

—Lo sé.

—Me alegro de que Guy me permitiera acompañarte.

Él asintió.

Guy se había mostrado reacio a permitir que Rosamunde se involucrara, pero no había podido negarse al pedido de su hermano. No podía afirmar que fueran hermanos afectuosísimos, pero ambos estaban acostumbrándose a tener una familia por primera vez en mucho tiempo.

—Tendremos que invitarlo una vez que esté terminada la casa —declaró Rosamunde—. Y también a Nash y Grace, por supuesto.

Él hizo una mueca. Lo complacía, en parte, ser dueño ahora de una casa de campo, pero no se imaginaba tomando té con su hermano en el salón o invitando gente a cenar.

—No hagas esa cara —lo regañó ella—. Será divertido, te lo prometo, y haré que valga la pena.

Russell sacudió la cabeza y sonrió. Adaptarse a la vida de casado le había resultado curiosamente fácil. En gran parte, porque estar con Rosamunde significaba que no había nunca un día aburrido y si en algún momento él sentía la necesidad de aislarse, ella lo comprendía. Y ahora era parte de una familia. No era algo que creyó que disfrutaría, pero la familia de ella lo había acogido con los brazos abiertos. Todavía no sabía bien cómo manejar tanto alboroto y entusiasmo, pero le resultaba divertido quedarse a un lado y observar el cariño que se tenían.

—¿Estás segura de que no deseas cambiarlo todo por el Caribe?

—¿Y perderme esto? —Señaló sus prendas masculinas. —Nunca.

Russell la miró de hito en hito, apreciando cómo los pantalones de montar se ajustaban a sus curvas. El atuendo le recordaba el primer beso. Una vez que terminaran con este asunto, la llevaría a casa y...

—Russell, concéntrate.

—No sé a qué te refieres.

—Puedo ver hacia dónde van tus pensamientos. —Una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Imposible.

—Es sumamente posible, sobre todo porque he estado reprimiendo los mismos pensamientos.

—Descarada —murmuró él. No le estaba poniendo fáciles las cosas pero tampoco se equivocaba: realmente necesitaba concentrarse.

Hizo un gesto hacia el cruce de caminos, donde un grupo de arbustos de zarzamora servirían para ocultarse.

—Allí estará bien. —Condujeron los caballos hacia el costado del camino.

—Cielos, ¡qué nerviosa estoy! —Rosamunde se quitó el sombrero, se llevó unos mechones de cabello hacia atrás y luego volvió a colocárselo.

—Lo harás muy bien, no lo dudo. —La miró. —¿Dónde tienes el cuchillo?

Ella le dirigió una sonrisa.

—En el bolsillo. —Se palmeó la chaqueta. —Cómo envidio a los hombres con tantos bolsillos. Es mucho más fácil que ocultarlo en la liga.

—No apuñales a nadie esta vez —le advirtió él.

—¿Es necesario que te recuerde que el hombre al que le clavé el cuchillo me había capturado?

Él se estremeció.

—En absoluto, y si hubiera sido por mí, él no habría vivido.

—Se pudrirán en la cárcel, estoy segura. Tu vínculo con el conde garantizó que así fuera.

—Estuve a punto de perderte —dijo él, entre dientes—. Merecen pudrirse en el infierno.

Rosamunde movió una mano con displicencia.

—Sabía que me rescatarías.

Él se quedó mirándola por unos segundos. No era de extrañar que la amara más que a nada en el mundo. De algún modo, se las arreglaba para mantenerse positiva ante cualquier circunstancia que la vida les pusiera delante. Aun cuando se habían visto obligados a posponer la boda debido a un incendio en la iglesia, o cuando resultó que había una gotera en el techo de la casa nueva y hubo que reacondicionar varias de las habitaciones de la planta superior. A ella no le importaba. Seguía adelante, sin dejarse amilanar por la vida. Él no terminaba de comprender esa habilidad, pero la admiraba y debía admitir que comenzaba a resultarle contagiosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Rosamunde.

Se había quedado mirándola. Parpadeó.

—¿No tengo permitido contemplar a mi mujer?

—Te doy permiso, pero tienes esa mirada oscura y misteriosa. ¿Sucede algo?

—En absoluto. Solo estaba pensando en lo mucho que te amo. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Oh. —Ella apretó los labios. —No, no lo creo. Tal vez necesite volver a escucharlo.

—Te amo, desquiciada mía.

Ella alzó los ojos al cielo.

—Si yo estoy loca ¿en qué te convierte eso a ti?

—En alguien completamente enajenado. —Se llevó un dedo a los labios. —Creo oír el carruaje. Se inclinó hacia ella y la besó rápidamente en los labios. —¿Estás lista?

—Por supuesto. —Rosamunde se cubrió la boca con un pañuelo, siguiendo el ejemplo de él. —¡Que comience el secuestro!

FIN

ACERCA DEL AUTOR

Samantha Holt, autora superventas de *USA Today*, es conocida por sus novelas de romance histórico llenas de ingenio, humor y pasión a menudo desenfrenada. Lleva más tiempo del que creía posible dedicándose por completo a la escritura, tras estudiar enfermería y arqueología. Afincada en un pueblecito del centro de Inglaterra, es una campeona de las siestas, dueña de un sinfín de animales y madre de gemelos.

Cuando no está escribiendo (o durmiendo la siesta), se dedica a maquinar (¡libros, naturalmente!) con su marido, a tomar café, a subir montes demasiado altos para su estado físico y a visitar casas señoriales fingiendo que es una dama de alto copete.

[Mi sitio web](#)

[Mi página de Amazon](#)